

EDGAR RICE BURROUGHS

EL SEÑOR DE LA GUERRA DE MARTE



Lectulandia

El señor de la Guerra de Marte, tercer título de la serie de John Carter de Marte, nos desvuelve a la acción bruscamente interrumpida en "Dioses de Marte", donde transcurrido un año marciano se espera ansiosamente la apertura de la celda del Templo del Sol. John Carter y sus inseparable Woola volverán a recorrer Barsoom, el Marte imaginado por el autor, desde las llanuras Carmesí del Valle Dor Hasta las tierras de los hombres amarillos.

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

El Señor de la guerra de Marte

Ciclo John Carter 3

ePUB v1.1

NoOneSun 24.03.12

Portada: LANANE

Colaboración: ORKELYON

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I



En el río Iss



Cobijado a la sombra del bosque que bordea la roja llanura, junto al Mar Perdido de Korus, en el valle del Dor, bajo las pálidas lunas de Marte, que recorrían su ruta meteórica, muy próximas al centro del agonizante planeta, me deslicé sigilosamente siguiendo la pista de una forma oscura, que buscaba los sitios más sombríos, con una persistencia que proclamaba la siniestra naturaleza de su misión.

Durante seis largos meses marcianos había permanecido cerca del odioso templo del Sol, bajo cuya flecha giratoria, a gran profundidad de la superficie de Marte, estaba sepultada mi princesa, pero ignoraba si estaría viva o muerta. El fino puñal de Phaidor, ¿había traspasado aquel corazón tan amado? Sólo el tiempo podría revelar la verdad.

Seiscientos ochenta y siete días marcianos tenían que transcurrir antes de que la puerta de la celda se hallase de nuevo frente al extremo del túnel, desde donde, por última vez, había contemplado a mi siempre hermosa Dejah Thoris.

Ya habían pasado la mitad, o habrían pasado mañana y, sin embargo, vívida en mi memoria, borrando todo acontecimiento ocurrido antes o después, permanecía la última escena que precedió a la ráfaga de humo que nubló mis ojos antes de que la estrecha rendija por la cual había podido distinguir el interior de la celda se cerrase entre la princesa de Helium y yo durante un largo año marciano.

Como si fuese ayer, veía aún el hermoso rostro de Phaidor, hija de Matai Shang, descompuesto por los celos y el odio, al precipitarse con el puñal levantado sobre la mujer que yo amaba.

Veía a la muchacha roja, Thuvia de Ptarth, saltar hacia adelante para evitar el odioso crimen.

El humo del ardiente templo, en aquel momento, había venido a borrar la tragedia; pero en mis oídos resonaba el grito lanzado al caer el puñal. Después reinó el silencio, y cuando el humo se desvaneció, el templo giratorio había sepultado toda vista y sonido de la cámara, en la cual las tres hermosas mujeres quedaban prisioneras.

Desde aquel terrible momento, muchos asuntos habían ocupado mi atención; pero ni por un instante se había borrado el recuerdo de este hecho, y todo el tiempo que podía robar a los numerosos deberes que habían caído sobre mí, con la reconstitución

del gobierno del Primer Nacido, desde que nuestra flota victoriosa y nuestras fuerzas de tierra los habían vencido, lo había pasado cerca de la sombría flecha que ocultaba a la madre de mi hijo, Carthoris de Helium.

La raza negra, que durante siglos había adorado a Issus, la falsa deidad de Marte, había quedado sumida en un caos por mi revelación de que sólo era una anciana cruel. En su furor, la habían despedazado.

Desde la cima de su egoísmo, el Primer Nacido había sido arrojado a la más profunda humillación. Su diosa había desaparecido y, con ella, todo el falso edificio de su religión. Su tan alabada Armada había sido derrotada por naves superiores y por los guerreros rojos de Helium.

Fieros guerreros verdes del fondo del mar de Marte exterior habían atravesado los jardines sagrados del templo de Issus, cabalgando sobre sus indómitos thoats, y Tars Tarkas, jeddak de Thark, el más fiero de todos ellos, se había apoderado del trono de Issus y gobernaba al Primer Nacido, mientras los aliados decidían la suerte del reino conquistado.

Eran casi unánimes las peticiones para que yo ocupase el antiguo trono de los hombres negros; hasta los mismos vencidos lo solicitaban; pero yo no quería admitirlo. Mi corazón nunca podría estar con la raza que había cubierto de ultrajes a mi princesa y a mi hijo.

Por indicación mía, Xodar se convirtió en jeddak del Primer Nacido. Había sido un dátor o príncipe, hasta que Issus le había degradado, de modo que su aptitud para el alto cargo que le había conferido no fue impugnada.

Asegurada de este modo la paz del valle del Dor, los guerreros verdes se dispersaron al fondo de sus desolados mares, mientras nosotros, los de Helium, volvimos a nuestra patria.

Aquí se me ofreció de nuevo un trono, no habiéndose sabido nada del desaparecido jeddak de Helium, Tardos Mors, abuelo de Dejah Thoris, o su hijo Mors Kajak, jed de Helium, su padre.

Más de un año había transcurrido desde que salieron a explorar el hemisferio Norte, buscando a Carthoris y, por fin, su desconsolado pueblo había aceptado como ciertos los vagos rumores de su muerte, que habían llegado de las heladas regiones del Polo.

De nuevo rehusé un trono, porque me resistía a creer que el poderoso Tardos Mors o su no menos temible hijo hubiesen muerto.

—Que uno de vuestra propia sangre os gobierne hasta que vuelvan —dije a los nobles de Helium, reunidos, al dirigirme a ellos desde el Pedestal de la Verdad, junto al trono del Derecho, en el templo de la Recompensa, desde el mismo sitio en donde me hallaba un año antes, cuando Zat Arras pronunció mi sentencia de muerte.

Mientras hablaba me adelanté y puse la mano sobre el hombro de Carthoris, que

estaba entre los primeros en el círculo de nobles que me rodeaban.

Todos a una, nobles y plebeyos, prorrumpieron en prolongados vítores de aprobación. Diez mil espadas salieron de otras tantas vainas, y los gloriosos guerreros del antiguo Helium proclamaron a Carthoris jeddak de Helium.

Debía ocupar el trono toda su vida, a no ser que su abuelo o bisabuelo volviesen. Habiendo arreglado, de modo tan satisfactorio, este asunto importantísimo para Helium, salí al día siguiente para el valle del Dor, a fin de permanecer junto al templo del Sol hasta el día decisivo en que presenciase la apertura de la puerta de la celda donde mi perdido amor estaba sepultado.

Hor Vastus y Kantos Kan, con mis otros nobles ayudantes, habían quedado en Helium con Carthoris para que pudiese aprovecharse de su sabiduría, valor y lealtad en el cumplimiento de los arduos deberes que habían caído sobre él. Sólo Woola, mi perro marciano, me acompañaba.

Aquella noche, junto a mis pies, el fiel animal se movía suavemente siguiendo mis pasos. Tan grande como un póny, con una espantosa cabeza y horribles colmillos, tenía en verdad un aspecto horrible al deslizarse sobre sus diez cortas y musculosas patas; pero para mí era la personificación del cariño y la lealtad.

La figura que me precedía era la del negro dátor del Primer Nacido, Thurid, cuya eterna enemistad me había ganado el día que con mis desnudas manos lo derribé en el patio del templo de Issus y lo até con sus propios correajes ante los nobles y las damas, que un momento antes habían estado admirando sus hazañas.

Como muchos de los suyos, había aceptado, en apariencia, el nuevo orden de cosas de buen grado, jurando lealtad a Xodar, su nuevo gobernante; pero yo sabía que le odiaba y estaba seguro de que, en el fondo de su corazón, envidiaba y detestaba a Xodar; así es que había vigilado sus idas y venidas, logrando al fin convencerme de que ocultaba alguna intriga.

Varias veces le había observado salir de la amurallada ciudad del Primer Nacido, después de oscurecer, dirigiéndose al terrible y cruel valle del Dor, adonde ningún asunto honrado puede conducir a hombre alguno.

Aquella noche andaba apresuradamente a lo largo del lindero del bosque, hasta dejar muy atrás la ciudad; después, volviéndose, atravesó el rojo césped, dirigiéndose a la orilla del perdido mar de Korus.

Los rayos de la luna más cercana, oscilando a través del valle, hacían relucir las piedras preciosas que adornaban sus correajes y su brillante y suave piel, negra como el ébano. Por dos veces volvió la cabeza hacia el bosque, como quien teme ser observado, aunque debía creerse libre de persecución alguna.

No me atreví a seguirle hasta allí, bajo los rayos de la luna, puesto que favorecía mis planes el no interrumpir los suyos: quería que llegase a su destino sin sospechar nada para poder averiguar cuál era aquel destino y qué asunto era el que esperaba al

trasnochador.

Así, pues, permanecí escondido hasta después que hubo desaparecido Thurid por encima del borde de la escarpada orilla junto al mar, un cuarto de kilómetro más allá. Entonces, con Woola a mis talones, me apresuré a atravesar la llanura tras el negro dátor.

La quietud del sepulcro envolvía el misterioso valle de la Muerte, agazapado profundamente en el caliente nido del área hundida, en el Polo Sur del moribundo planeta. A lo lejos, los Acantilados Áureos elevaban su poderosa barrera hasta muy cerca de los iluminados cielos, reluciendo los metales y piedras preciosas que los formaban a la brillante luz de las dos espléndidas lunas de Marte.

El bosque quedaba a mi espalda, podado y arreglado como el césped, con la simetría de un parque.

Ante mí se extendía el Mar Perdido de Korus, mientras que más allá distinguía la reluciente cinta del Iss, el río misterioso que nacía por debajo de los Acantilados Áureos, para desembocar en el Korus, al cual, durante innumerables años, habían sido llevados los engañados y desgraciados marcianos del mundo exterior en voluntaria peregrinación a este falso cielo.

Los hombres planta, con sus manos succionadoras de sangre, y los monstruosos monos blancos, que hacían a Dor espantoso de día, estaban de noche escondidos en sus guaridas.

Ya no había un sagrado Thern en la atalaya de los Acantilados Áureos, que daba sobre el Iss, para llamar con su destemplado grito a las víctimas que flotaban hacia sus manos sobre el frío y ancho seno del antiguo Iss.

Las Armadas de Helium y el Primer Nacido habían limpiado las fortalezas y los templos de sus therns, cuando rehusaron rendirse y aceptar el nuevo orden de cosas que desterraba su falsa religión del agonizante Marte.

En algunos países aislados conservaban aún su decadente poder; pero Matai Shang, su hekkador, padre de los therns, había sido expulsado de su templo. Grandes habían sido nuestros esfuerzos para capturarlo; pero había logrado escapar con unos cuantos fieles y estaba escondido ignoramos dónde.

Al acercarme cautelosamente al borde de un pequeño peñasco, que daba sobre el Mar Perdido de Korus, vi a Thurid internándose en las relucientes ondas sobre un pequeño esquife, uno de esos antiquísimos botes de forma muy rara que los sagrados therns y sus sacerdotes, y therns inferiores, solían distribuir a lo largo de las orillas del Iss para facilitar la larga jornada de sus víctimas.

Sobre la playa, que se extendía a mil metros, había varios botes similares, cada uno con su larga pértiga, uno de cuyos extremos tenía un chuzo y el otro un remo. Thurid iba bordeando la playa, y al quedar oculto a mi vista por un promontorio, lancé uno de los botes; llamando a Woola me aparté de la orilla.

La persecución de Thurid me llevó bordeando a lo largo del mar hacia la boca del Iss. La luna más lejana se hallaba junto al horizonte, cubriendo, con profunda sombra, los bajos de los acantilados que franqueaban el agua. Thuvia, la luna más cercana, se había ocultado y no saldría de nuevo hasta dentro de cuatro horas; así es que me hallaba tranquilo respecto a la oscuridad durante al menos todo aquel espacio de tiempo.

El negro guerrero proseguía hacia adelante. Ahora se hallaba frente a la boca del Iss. Sin titubear un instante, se internó por el melancólico río remando fuertemente contra la corriente.

Tras de él íbamos Woola y yo, más cerca ahora porque el hombre estaba demasiado atento en forzar la marcha de su bote por el río como para poder ocuparse de lo que pasaba detrás de él. Lindaba la orilla donde la corriente era menos fuerte.

Poco después llegó al oscuro y cavernoso portal, frente a los Acantilados Áureos, acantilados a través de los cuales pasaba el río, e impulsó su bote hacia la estigia oscuridad que le envolvía.

Parecía imposible intentar seguirle allí sin poder ver a dos dedos de distancia, y estaba ya casi dispuesto a desistir y volverme a la desembocadura del río, para allí esperar su vuelta, cuando de repente, al pasar una curva, distinguí a lo lejos una débil claridad.

Mi presa era de nuevo claramente visible, y a la creciente luz de los grandes parches de roca fosforescente, incrustados en el techo toscamente arqueado de la caverna, no tuve dificultad de seguirle.

Era mi primer viaje por el seno del Iss, y las increíbles escenas que allí presencié vivirán para siempre indeleblemente en mi memoria.

Terribles como eran, no podían compararse a otras aún más horribles, que debieron de ocurrir antes de que Tars Tarkas, el gran guerrero verde, Xodar, el negro dátor, y yo, llevásemos la luz de la verdad al mundo exterior, deteniendo el loco suicidio de millones de seres en la voluntaria peregrinación que creían que conducía a un hermoso valle de paz, felicidad y amor.

Aun entonces, las islas bajas, esparcidas por la ancha corriente, estaban cubiertas con los esqueletos y cadáveres a medio devorar de los que, por temor de un repentino despertar a la verdad, se detenían casi al término de la jornada.

En el terrible hedor de aquellas horribles islas osarios, feroces locos gritaban, chapurraban y luchaban entre los destrozados restos de sus fiestas macabras, mientras que, en las que sólo contenían huecos limpios, batallaban unos contra otros: los más débiles proveyendo alimentos para los más fuertes, o con manos como garras apresaban los hinchados cuerpos que flotaban río abajo.

Thurid no prestaba la menor atención a los desgraciados que prorrumpan en amenazas o súplicas, según les dictaba su estado de ánimo (era evidente que estaba

familiarizado con las horribles visiones que le rodeaban). Continuó río arriba, quizá durante un kilómetro, y después, cruzando a la orilla izquierda, arrastró su esquife sobre un bajo borde que estaba casi al nivel del agua.

No me atreví a seguirle a través de la corriente, porque seguramente me hubiese visto. Me detuve cerca de una muralla que había enfrente, ocultándome debajo de una roca que sobresalía y me cubría con una profunda sombra. Desde allí podía observar a Thurid, sin peligro de ser descubierto.

El negro estaba en pie sobre el borde, junto a su bote, mirando río arriba, como si esperase a alguien que debiera aparecer en aquella dirección.

Mientras permanecía bajo las oscuras rocas noté que la fuerte corriente parecía fluir directamente hacia el centro del río, de modo que me era difícil sujetar mi embarcación. Me interné más en la sombra para poder afianzarme en la orilla; pero, aunque me adelanté varios metros, no di con nada; y después, dándome cuenta que pronto llegaría a un punto desde el cual no podría ver al hombre negro, me vi obligado a permanecer donde estaba, sosteniéndome en mi posición del mejor modo posible, remando fuertemente contra la corriente que fluía bajo la masa de rocas que tenía detrás de mí.

No podía imaginar la causa de aquella fuerte corriente lateral porque el canal principal del río se veía claramente desde donde me hallaba y podía distinguir su unión con la misteriosa corriente que había despertado mi curiosidad.

Mientras especulaba aún sobre la causa del fenómeno, mi atención, de repente, se fijó en Thurid, que había levantado las manos sobre su cabeza con el saludo universal de los marcianos, y un momento después, su kaor, la palabra de saludo de los barsoomianos, me llegó clara e indistintamente.

Volví los ojos río arriba, en la dirección de los suyos, y poco después apareció, ante mi limitado campo de visión, un bote alargado, en el cual había seis hombres. Cinco remaban, mientras el sexto ocupaba el puesto del capitán.

Las pieles blancas, las largas pelucas amarillas que cubrían sus peladas cabezas, y las vistosas diademas montadas sobre anillos de oro que las adornaban, los declaraban como sagrados therns.

Al llegar junto al borde sobre el cual Thurid los esperaba, el que iba en la popa del bote se levantó para desembarcar, y entonces vi que no era otro que Matai Shang, padre de los therns.

La evidente cordialidad, con la cual los dos hombres cambiaron sus saludos me asombró en extremo, porque los hombres negros y blancos de Barsoom eran enemigos hereditarios; no los había visto nunca encontrarse más que en el campo de batalla.

Era evidente que los reveses que recientemente habían sufrido ambos pueblos habían dado por resultado una alianza entre aquellos dos enemigos —por lo menos

contra el común enemigo—, y ahora comprendía por qué Thurid había ido tan a menudo al valle del Dor, de noche; y la naturaleza de su conspiración podía ser tal que afectase muy de cerca a mis amigos o a mí mismo.

Deseaba haber encontrado un sitio más próximo a los dos hombres, desde donde hubiera podido oír su conversación; pero no había que pensar ya en intentar el cruce del río; así es que permanecí muy quieto, observándolos a ellos, que tanto hubieran dado por saber que yo me hallaba tan cerca, y ¡cuán fácilmente hubieran podido vencerme y matarme con su superior número!

Varias veces, Thurid, señaló a través del río, en mi dirección; pero no creí ni por un momento que sus gestos se refiriesen a mí. Poco después, él y Matai Shang entraron en el bote de este último, el cual, virando, se dirigió hacia mí.

Según avanzaban, alejé más y más mi bote por debajo de la muralla colgante; pero por fin resultó evidente que su embarcación seguía el mismo rumbo. Los cinco remeros impulsaban hacia adelante el bote con una rapidez que me costaba gran esfuerzo igualar.

Esperaba sentir la proa de mi bote chocar en cualquier momento contra alguna roca. No se veía ya la claridad del río; pero más adelante se vislumbraba una débil luz, y el agua que ante mí se extendía no presentaba obstáculo alguno.

Por fin la verdad surgió ante mí: seguía un río subterráneo que desembocaba en el Iss, en el mismo sitio en que yo me había escondido. Los remadores se hallaban ya muy cerca de mí. El ruido de sus remos ahogaba el de los míos; pero dentro de un instante la luz creciente me descubriría a su vista.

No había tiempo que perder. Cualquier decisión que debiera tomar tenía que tomarla enseguida. Moviendo la proa de mi bote hacia la derecha busqué el lado rocoso del río, y allí me oculté hasta que Matai Shang y Thurid se acercaron al centro de la corriente; que era mucho más estrecha que el Iss.

Al aproximarse, oí las voces de Thurid y el padre de los thern, que se elevaban en una discusión.

—Te digo, thern —decía el negro dátor—, que sólo deseo vengarme de John Carter, príncipe de Helium. No te conduzco a ninguna trampa. ¿Qué ganaría con entregarte a los que han arruinado mi nación y mi casa?

—Detengámonos aquí un momento para oír tus planes —replicó Matai Shang— y después procederemos, entendiendo mejor nuestros deberes y obligaciones.

Dio a los remeros la orden de que condujeran su bote hacia la orilla, a menos de doce pasos de donde yo me ocultaba.

Si se hubieran detenido detrás de mí seguramente me hubieran descubierto al débil reflejo de la luz que a lo lejos se distinguía; desde donde por fin se detuvieron les era tan imposible descubrirme como si nos separasen leguas.

Las pocas palabras que había oído acuciaron mi curiosidad, y estaba ansioso por

saber qué clase de venganza meditaba Thurid contra mí. No tuve que esperar mucho.

—No hay obligación alguna, padre de los therns —continuó el Primer Nacido—. Thurid, dátor de Issus, no pone precio. Cuando el asunto haya terminado, te agradeceré que te ocupes de que me reciban bien, cual corresponde a mi antiguo linaje y noble estirpe, en alguna Corte que permanezca aún leal a tu antigua fe; porque no puedo volver al valle del Dor, ni a ningún otro lado mientras el poder esté en manos del príncipe de Helium; pero ni siquiera eso pido: será como ordenes.

—Será como tú deseas, dátor —replicó Matai Shang—; y no es esto todo: riquezas y poder serán tuyos si me devuelves a mi hija Phaidor y me entregas a Dejah Thoris, princesa de Helium.

—¡Ah! —continuó con maliciosa dureza—. El hombre de la Tierra ha de padecer por los oprobios con que ha cubierto al sagrado de los sagrados; no habrá infamia bastante para afligir a su princesa. ¡Ojalá pudiera obligarle a presenciar la humillación y degradación de la mujer roja!

—Lograrás lo que deseas antes de que transcurra otro día, Matai Shang —dijo Thurid—, sólo con que pronuncies una palabra.

—He oído hablar del templo del Sol, dátor —replicó Matai Shang—; pero nunca he oído que sus prisioneros pudieran ser libertados antes de pasar el año de su encarcelamiento. ¿Cómo, pues, vas a lograr un imposible?

—Se puede tener acceso a cualquier celda en cualquier tiempo del año —replicó Thurid—. Sólo Issus sabía esto; pero no acostumbraba divulgar sus secretos más de lo estrictamente necesario. Casualmente, después de su muerte, di con un antiguo plano del templo, y allí encontré, claramente escrito, las más minuciosas instrucciones para llegar a las celdas en cualquier momento.

»Y me enteré de más: que muchos hombres habían ido en el pasado, siempre encargados por Issus, en misiones de muerte y tormento para los prisioneros; pero los que sabían el secreto morían misteriosamente poco después de haber vuelto y dado cuenta de su misión a la cruel Issus.

—Procedamos, pues —replicó Matai Shang por fin—. Tengo que fiarme de ti; pero al mismo tiempo tú tienes que confiar en mí, pues somos seis contra uno.

—Yo no te temo —replicó Thurid— ni te necesito. Nuestro odio al común enemigo es lo bastante para asegurar nuestra mutua lealtad, y después de haber deshonrado a la princesa de Helium habrá aún razón mayor para mantener nuestra alianza, a no ser que me equivoque mucho respecto al carácter de su esposo.

Matai Shang dio una orden a los remeros. El bote siguió por el afluente.

Difícilmente pude contenerme y no precipitarme sobre los dos viles conspiradores; pero comprendí la locura de semejante acción, que mataría al único hombre que sabía el camino de la prisión de Dejah Thoris antes de que el largo año marciano hubiera recorrido su interminable círculo.

Si él conducía a Matai Shang a aquel sagrado recinto, también conduciría a John Carter, príncipe de Helium.

Con boga silenciosa seguí lentamente al otro bote.

CAPÍTULO II



Bajo las montañas



Mientras avanzábamos agua arriba del río que serpea bajo los Acantilados Áureos, fuera de las entrañas de las montañas de Otz, hasta mezclar sus oscuras aguas con el sombrío y misterioso Iss, el débil reflejo que apareció ante nosotros se convirtió gradualmente en una radiante luz que todo lo envolvía.

El río se ensanchó hasta presentar el aspecto de un gran lago, cuya abovedada cúpula, iluminada por rocas de fosforescentes reflejos, estaba salpicada con los vivos rayos de diamantes, zafiros, rubíes y las innumerables e incomparables piedras preciosas incrustadas en el oro virgen que forma la mayor parte de estos magníficos acantilados.

Más allá de la iluminada cámara del lago reinaba la más completa oscuridad: lo que había tras aquella oscuridad ni siquiera podía adivinarlo.

El haber seguido la otra embarcación, a través del agua reluciente, hubiese equivalido a ser inmediatamente descubierto. Así, pues, aunque reacio a perder de vista ni un solo instante a Thurid, me vi obligado a esperar en la sombra, hasta que desapareció el otro bote, al extremo opuesto del lago.

Entonces remé por la brillante superficie, en la misma dirección que habían seguido los otros.

Cuando después de lo que me pareció una eternidad llegué a la penumbra del extremo superior del lago, encontré que el río salía por una baja abertura, para pasar la cual era necesario que obligase a Woola a que se echase en el fondo del bote; yo mismo necesité doblarme en dos para que una bóveda tan baja no me diese en la cabeza.

Inmediatamente el techo se elevó de nuevo en el otro lado: pero el camino ya no estaba brillantemente iluminado. En su lugar, sólo un débil fulgor emanaba de los pequeños y esparcidos parches de roca fosforescente del muro y la bóveda.

Directamente, ante mí, el río corría por aquella cámara más pequeña, a través de tres arcos separados.

Thurid y los therns no se veían por ninguna parte. ¿Por cuál de las tres aberturas habían desaparecido? No había medio de averiguarlo: así pues, escogí la abertura del centro, que ofrecía la misma probabilidad que las otras de ser la ruta verdadera.

El camino estaba sumido en la mayor oscuridad. La corriente era estrecha, tan

estrecha, que en la oscuridad me estaba constantemente dando golpes con una y otra pared de rocas, según el río serpeaba a lo largo de su pedregoso lecho.

Poco después oí a lo lejos un profundo y ronco rugido, que aumentaba de volumen según avanzaba, y después rompió en mis oídos, con toda la intensidad de su loca furia, al dar la vuelta a una curva pronunciada, en una extensión de agua débilmente iluminada. Directamente ante mí, el río atronaba, precipitándose desde arriba formando una violenta cascada, y llenaba por completo la estrecha garganta, elevándose por encima de mi cabeza varios cientos de metros; el espectáculo más magnífico que jamás había presenciado.

Pero ¿y aquel terrible ensordecedor estruendo de aguas que se precipitaban encerradas en la rocosa bóveda subterránea? Si la cascada no hubiese cortado por completo mi camino, mostrándome que me había equivocado de ruta, creo que hubiese huido a cualquier sitio ante aquel estrépito ensordecedor.

Thurid y los therns no podían haber pasado por allí. Siguiendo el camino equivocado, habían perdido la pista y se habrían adelantado tanto que podía ser que ya no pudiese encontrarlos hasta que fuese demasiado tarde, si lograba dar con ellos.

Me había llevado varias horas el abrirme paso hasta la cascada, batallando con la fuerte corriente, y otras horas se necesitarían para volver, aunque la velocidad fuese mucho mayor. Dando un suspiro, volví la proa de mi embarcación corriente abajo, y con poderosos golpes de remo me apresuré, con temeraria velocidad, a través del oscuro y tortuoso canal, hasta que de nuevo llegue a la cámara a la cual aflúan los tres brazos del río.

Dos canales inexplorados me quedaban aún para escoger: no había medio alguno para juzgar cuál de ellos era el que me conduciría a los conspiradores.

No recuerdo haber sufrido en mi vida tal agonía de indecisión. ¡Tanto dependía de la debida elección!

Las horas que yo había perdido podían sellar la suerte de la incomparable Dejah Thoris, si ya no había muerto; sacrificar otras horas y quizá días en la exploración infructuosa de otro camino equivocado, resultaría, sin duda alguna, fatal.

Intenté varias veces la entrada de la derecha, sólo para volverme como guiado por alguna intuición de que no era aquél el camino. Por fin, convencido por el repetido fenómeno, me decidí por el de la izquierda; sin embargo, con un resto de duda, llegué a echar una última mirada a las sombrías aguas que corrían oscuras y amenazadoras por el bajo arco de la derecha.

Y, mientras miraba, vino flotando sobre la corriente de la oscuridad estigia del interior la cáscara de una de las grandes y succulentas frutas del árbol sorapo.

Apenas pude reprimir un grito de alegría cuando este silencioso e insensible mensajero pasó junto a mí hacia el Iss y Korus, porque me dijo que los marcianos me precedían en aquella dirección.

Habían comido aquella fruta maravillosa que la Naturaleza reconcentra dentro de la dura cáscara de la nuez de sorapo, y habiéndola comido habían tirado la cáscara. No podían ser más que los que yo buscaba. Rápidamente abandoné todo pensamiento acerca del paso de la izquierda, y un momento después me interné por el de la derecha. La corriente pronto se ensanchó, y de cuando en cuando áreas de rocas fosforescentes alumbraban mi camino.

Me apresuré cuanto pude; pero estaba seguro de haberme retrasado un día de los que perseguía. Ni Woola ni yo habíamos comido nada desde el día anterior; pero en lo que a aquél se refería poco importaba, puesto que prácticamente todos los animales de los muertos fondos del mar de Marte pueden pasar increíbles períodos de tiempo sin alimento.

Tampoco yo sufría. El agua del río era dulce y fresca, porque no estaba contaminada con los cadáveres —como el Iss—; en cuanto al alimento, sólo el pensamiento de que me acercaba a mi amada princesa me elevaba por encima de mis necesidades materiales.

Según discurría, el río se estrechaba y la corriente era cada vez más rápida y turbulenta; tan rápida, en efecto, que con dificultad podía hacer avanzar mi embarcación. No podía llevar más velocidad que cien por hora, cuando al dar una vuelta me vi frente a una serie de rápidos, a través de los cuales el río espumaba y hervía de un modo terrorífico.

Mi corazón se paralizó. La cáscara de sorapo había resultado un falso profeta, y después de todo, mi intuición me había engañado, pues era el canal de la izquierda el que debí haber seguido.

De ser mujer, hubiese llorado. A mi derecha había un remolino grande y lento, que daba vueltas muy por bajo de un peñasco que sobresalía, y para dar descanso a mis fatigados músculos, antes de volverme, dejé que mi bote flotase en sus brazos.

Estaba casi rendido de preocupación. Significaba la pérdida de otro medio día el retroceder y tomar de nuevo el único camino que quedaba por explorar. ¿Qué suerte infernal me había hecho elegir entre tres caminos los dos equivocados?

Conforme la perezosa corriente del remolino me conducía lentamente alrededor de la periferia del círculo de agua, mi bote tocó dos veces el lado rocoso del río en los oscuros repliegues bajo el acantilado. Por tercera vez chocó con él, tan suavemente como antes; pero del golpe resultó un sonido distinto, el sonido de la madera dando contra madera.

En un instante estuve alerta, porque no podía haber madera dentro de aquel enterrado río que no hubiese sido llevada por mano de hombre. Coincidiendo casi con mi primera apreciación del ruido, mi mano salió del bote, y un segundo después, mis dedos agarraban la borda de la otra embarcación.

Como si me hubiese convertido en piedra, permanecí sentado, en rígido y forzado

silencio, esforzando mi vista en la oscuridad para descubrir si el bote estaba ocupado.

Era muy posible que hubiera en él hombres que aún ignoraban mi presencia, porque el bote rozaba con suavidad la pared de roca, de tal modo que el ligero contacto del mío podía haber pasado inadvertido.

Por más que me esforzaba no podía penetrar la oscuridad, y me puse a escuchar cuidadosamente para percibir el rumor de las respiraciones; pero, exceptuando el ruido de los rápidos, el suave frote de los botes y el murmullo del agua a su lado, no podía distinguir ruido alguno. Como de costumbre, pensé rápidamente.

En el fondo de mi embarcación había una cuerda enrollada. Muy suavemente la recogí, y atando un extremo al anillo de bronce de la proa abordé con precaución la otra embarcación. En una mano llevaba la cuerda y en la otra mi largo y afilado sable.

Durante un minuto quizá permanecí inmóvil dentro del bote. Se había balanceado algo con mi peso, pero era el roce contra mi bote lo que más debía haber alarmado a sus ocupantes, si había alguno.

Pero no se produjo sonido alguno que respondiese, y un momento después había averiguado, palpando de popa a proa, que el bote estaba vacío.

Palpando con las manos, a lo largo de la superficie de las rocas, a las cuales estaba sujeto el bote, descubrí un pequeño borde, el cual comprendí era el camino tomado por mis predecesores; de que no podían ser más que Thurid y sus compañeros quedé convencido por el tamaño y forma de la embarcación.

Llamando a Woola, desembarque en el borde. El gran y fiero animal, ágil como un gato, se deslizó detrás de mí.

Al pasar por el bote que habían ocupado Thurid y los therns lanzó un solo y bajo gruñido, y cuando se halló a mi lado, en el borde, y mi mano descansó sobre su cuello, sentí que se estremecía de rabia. Creo que sentía telepáticamente la reciente presencia del enemigo, porque yo no me había esforzado en comunicarle la naturaleza de nuestras pesquisas ni el linaje de los que perseguíamos.

Me apresuré a corregir esta omisión y, según acostumbra los verdes marcianos con sus animales, le comuniqué, parte con la extraña telepatía de Barsoom y parte de palabra, que seguíamos la pista de los que recientemente habían ocupado la embarcación cerca de la cual acabábamos de pasar.

Un suave runrún, parecido al de un gato grande, me indicó que Woola comprendía, y entonces, ordenándole que me siguiese, me volví hacia la derecha; pero apenas lo había dicho, sentí sus poderosos colmillos tirando de mi correa.

Al volverme para averiguar la causa de aquello, continuó tirándome hacia la dirección opuesta, no desistiendo hasta que me volví, indicando de este modo que le siguiera.

Nunca he sabido que se equivocase siguiendo una pista; así, pues, seguí con seguridad completa al enorme animal. A través de la oscuridad se adelantó a lo largo

del borde, junto a los hirvientes rápidos.

Según avanzábamos, el camino conducía desde debajo de los colgantes acantilados hasta una débil claridad, y entonces fue cuando descubrí que la pista había sido cortada en la roca viva y que iba a lo largo del río, más allá de los rápidos.

Durante horas seguimos el oscuro y sombrío río, internándonos más y más en las entrañas de Marte. Por la dirección y distancia, sabía que estábamos muy debajo del valle del Dor y probablemente también debajo del mar de Omean. No podía yo estar muy lejos del templo del Sol.

Acababa de cruzar este pensamiento por mi mente cuando Woola se detuvo de repente ante una estrecha y arqueada abertura; una puerta incrustada en el peñasco, junto a la pista. Rápidamente se agazapó alejándose de la entrada, volviendo al mismo tiempo sus ojos hacia mí.

Con palabras no hubiera podido hacerme comprender más claramente que había cerca algún peligro; así pues, me apresuré a cobijarme a su lado y miré por la abertura que había a nuestra derecha.

Ante mí se abría una hermosa habitación que, por sus detalles, comprendí que había sido en algún tiempo cuerpo de guardia. Había panoplias y plataformas poco elevadas para las mantas de seda y pieles de los guerreros; pero ahora sus únicos ocupantes eran dos de los therns que habían acompañado a Matai Shang y Thurid.

Los hombres hablaban seriamente, y por su tono de voz era evidente que ignoraban que había quien los escuchase.

—Te digo —decía uno de ellos— que no me fío del negro. No había necesidad alguna de dejarnos aquí guardando el camino. ¿Me quieres decir de quién tenemos que guardar este olvidado camino del abismo? No ha sido más que un ardid para dividir las fuerzas.

»Cogerá a Matai Shang, dejará a los otros en otro lado con un pretexto cualquiera y, por fin, caerá sobre nosotros con sus aliados y nos matarán a todos.

—Te creo, Lakor —replicó el otro—; sólo puede existir odio mortal entre el thern y el Primer Nacido. ¿Y qué te parece el ridículo asunto de la luz? «Dejad lucir la luz con la intensidad de tres unidades de radio durante cincuenta tais, y durante un xat que brille con la intensidad de una unidad de radio, y después, durante veinticinco tais, con nueve unidades.» Éstas fueron sus palabras. ¡Y pensar que el sabio Matai Shang prestase oídos a semejantes tonterías!

—Cierto que es muy tonto —replicó Lakor—. No conducirá a nada más que a una pronta muerte para todos nosotros. Tuvo que contestar algo cuando Matai Shang le preguntó claramente lo que haría al llegar al templo del Sol, y así, pues, imaginó rápidamente esta contestación: «Apostaría una diadema de hekkador que no se lo podría repetir a sí mismo.»

—No permanezcamos más tiempo aquí, Lakor —dijo el otro thern—. Quizá, si

nos apresuramos a seguirles, lleguemos a tiempo de salvar a Matai Shang y lograr vengarnos del negro. ¿Qué te parece?

—Nunca, y mi vida es larga, he desobedecido una orden del padre de los therns. Permaneceré aquí hasta que me pudra, si no vuelve.

El compañero de Lakor movió la cabeza.

—Eres mi superior —dijo—. Sólo puedo obedecerte, aunque sigo creyendo que es una tontería permanecer aquí.

A mí también me parecía una tontería que permaneciesen allí, porque comprendí, por los movimientos de Woola, que la pista atravesaba la habitación que los dos therns guardaban. No tenía razón alguna de sentir ningún gran afecto hacia aquella raza de demonios endiosados en sí mismos; sin embargo, hubiera deseado pasar sin molestarles.

De todos modos valía la pena intentarlo, porque una lucha podría entretenernos considerablemente o quizá terminar por completo mis pesquisas; hombres mejores que yo han caído vencidos por hombres inferiores a aquellos fieros guerreros thern.

Haciendo señas a Woola de que me siguiese, me presenté de repente ante los dos hombres. Al verme, sus largas espadas salieron de las vainas; pero yo levanté las manos para detenerlos.

—Busco a Thurid, el dador negro —dije—. Mi contienda es con él, no con vosotros. Dejadme pasar en paz, porque, si no me equivoco, es tan enemigo vuestro como mío y no tenéis motivo para protegerle.

Bajaron los sables, y Lakor dijo:

—No sé quién puedes ser con la piel blanca de un thern y el cabello negro de un hombre rojo; pero si sólo se tratase de la seguridad de Thurid, te dejaríamos pasar con gusto en cuanto a nosotros se refiere. Dinos quién eres y qué misión te trae a este mundo desconocido, de bajo del valle del Dor, y entonces quizá podremos dejarte pasar a cumplir la misión que nos gustaría llevar a cabo si nos lo permitiese la obediencia.

Me sorprendió que ninguno de los dos me reconociese, porque creía ser bastante conocido, tanto personalmente como de oídas, a todos los therns de Barsoom para que mi identidad fuese inmediatamente aparente en cualquier parte del planeta. En efecto: era en Marte el único hombre blanco, de cabello negro y ojos grises, exceptuando a mi hijo Carthoris.

Revelar mi identidad hubiera equivalido a precipitar el ataque, porque todos los therns de Barsoom sabían que era yo la causa de la caída de su antigua supremacía espiritual. Por otra parte, mi reputación como guerrero podría bastar para que me dejaran libre el paso si no tenía arrestos suficientes para entablar un combate a muerte.

Sinceramente debo confesar que no intenté engañarme con semejante sofisma,

puesto que bien sé que en el guerrero y batallador Marte hay pocos cobardes, y que todo hombre, sea príncipe, sacerdote o aldeano, se gloria en luchar a muerte. Así, pues, agarré bien mi sable, mientras replicaba a Lakor:

—Creo que harías bien en dejarme libre el paso, porque de nada te serviría morir inútilmente en las rocosas entrañas de Barsoom, solo por proteger a un enemigo hereditario, como Thurid, dátor del Primer Nacido. Que morirás si te opones a mi paso lo atestiguan los corrompidos cuerpos de todos los grandes guerreros de Barsoom que han caído bajo mi espada. ¡Soy John Carter, príncipe de Helium!

Durante un momento, aquel nombre pareció paralizar a los dos guerreros, pero sólo durante un momento, y después, el más joven, con un insulto en los labios, se precipitó sobre mí, espada en mano.

Durante nuestro parlamento había estado algo detrás de su compañero Lakor, y entonces, antes de que pudiera tocarme, éste le agarró y tiró hacia atrás.

—¡Detente! —ordenó Lakor—. Habrá tiempo de sobra para luchar, si nos parece prudente hacerlo. Sobran razones para que todos los therns de Barsoom deseen derramar la sangre del blasfemo y sacrílego; pero combinemos la prudencia con nuestro justo odio. El príncipe de Helium quiere hacer lo que nosotros mismos hace un momento queríamos hacer. Que vaya, pues, a matar al negro. Cuando vuelva, aún estaremos aquí para cortarle el paso al mundo exterior, y de este modo nos habremos librado de dos enemigos, sin haber incurrido en el desagrado del padre de los therns.

Mientras hablaba no podía por menos de notar el malicioso relampagueo de sus ojos, y mientras apreciaba la aparente lógica de su razonamiento, sentía, inconscientemente quizá, que sus palabras ocultaban algún siniestro propósito. El otro thern se volvió evidentemente sorprendido; pero cuando Lakor le hubo murmurado unas palabras al oído, retrocedió, aceptando la indicación de su superior.

—Prosigue, pues, tu camino, John Carter —dijo Lakor—; pero ten en cuenta que si no mueres a mano de Thurid, aquí te esperamos y no consentiremos en que vuelvas a ver la luz del mundo superior. ¡Ve!

Durante nuestra conversación, Woola había estado gruñendo y estremeciéndose junto a mí. De cuando en cuando me miraba, lanzando al mismo tiempo un ahogado y suplicante gemido, como pidiéndome permiso para lanzarse a las gargantas de los therns. Él también sentía la traición que ocultaban aquellas falsas palabras.

Detrás de los therns había varias puertas, y Lakor señaló a la más alejada del lado derecho.

—Por ahí marchó Thurid —dijo.

Pero cuando quise llamar a Woola para que me siguiese, la fiera, gimiendo, retrocedió y, por fin, echó a correr hacia la primera puerta de la izquierda, donde permaneció emitiendo su ladrido, semejante a una tos, como invitándome a que le siguiese por el buen camino.

Me volví hacia Lakor, dirigiéndole una mirada interrogativa.

—La fiera se equivoca raras veces —dije—, y aunque no dudo de tu inteligencia superior, thern, me parece que haré bien en seguir la voz del instinto secundada por el cariño y la lealtad.

Mientras hablaba sonreía sombríamente para que, sin necesidad de palabras, comprendiese que desconfiaba de él.

—Como gustes —contestó, encogiéndose de hombros—. Al final, el resultado será el mismo.

Me volví y seguí a Woola por el pasillo de la izquierda, y aunque estaba de espaldas a mis enemigos, mis oídos estaban alerta; sin embargo, no oí la menor señal de que me siguiesen. El pasillo estaba débilmente iluminado por bombillas de radio, colocadas de trecho en trecho, el único medio de iluminación de Barsoom.

Estas mismas lámparas quizá llevaban alumbrando siglos y siglos aquellas cámaras subterráneas, puesto que no requieren cuidado alguno y están compuestas para gastar la mínima cantidad de su sustancia en el transcurso de años de luminosidad.

Sólo habíamos recorrido una corta distancia, cuando empezamos a pasar las bocas de diversos corredores; pero ni una sola vez titubeó Woola. Fue en la entrada de uno de aquellos corredores, a mi derecha, donde poco después oí un sonido que hablaba más claramente a John Carter, luchador, que las palabras de mi idioma nativo: fue el chasquido del metal, el metal de la armadura de un guerrero, y procedía del corredor a mi derecha.

Woola también lo oyó, y como un relámpago se volvió, poniéndose frente al peligro que nos amenazaba, su melena erizada y las hileras de sus brillantes colmillos al descubierto de sus labios, que se entreabrían gruñendo. Le hice callar con un gesto y los dos nos metimos en otro corredor, unos pasos más allá.

Allí esperamos, y no tuvimos que esperar mucho, porque poco después vimos las sombras de dos hombres proyectarse en el suelo del corredor principal a través de la abertura de nuestro escondite. Andaban ahora con gran precaución, no repitiéndose el chasquido que me había alarmado.

Poco después llegaron frente a nosotros y no me sorprendió ver que eran Lakor y su compañero, los del cuerpo de guardia.

Andaban con gran sigilo, y cada uno llevaba en la mano la espada desnuda. Se detuvieron cerca de la entrada de nuestro escondite, murmurando entre sí.

—¿Es posible que le hayamos ya dejado atrás? —dijo Lakor.

—Así debe de ser, o bien la fiera ha extraviado al hombre —replicó el otro— porque el camino que hemos tomado es más corto para llegar aquí para el que lo conoce. John Carter hubiera encontrado que le conducía prontamente a la muerte si lo hubiera seguido, como tú le indicaste.

—Sí —dijo Lakor—; por grande que fuese su habilidad en la lucha, no hubiese podido librarse de la piedra giratoria. Seguramente la habría pisado, y ahora, a estas horas, si el foso que existe debajo tiene fondo, cosa que niega Thurid, estaría ya muy cerca de él. ¡Maldito sea ese chucho suyo que le ha conducido al pasillo más seguro!

—Otros peligros le esperan, sin embargo —dijo Lakor—, de los cuales no escapará fácilmente, si logra escapar de nuestras espadas. Considera, por ejemplo, qué suerte le espera al entrar inesperadamente dentro de la cámara.

Mucho hubiera dado por oír el resto de la conversación, que me hubiese avisado de los peligros que me esperaban; pero el Destino intervino, y justo en el peor de todos los momentos que hubiese elegido para ello, estornudé.

CAPÍTULO III



No había ya más remedio que luchar; ni tuve ventaja alguna al saltar, espada en mano, en el corredor, ante los dos therns, porque mi intempestivo estornudo les había advertido de mi presencia y me esperaban.

No se pronunció palabra alguna; hubiese sido perder aliento inútilmente. La presencia misma de los dos therns proclamaba su traición. Que me seguían para cogerme desprevenido era evidente, y ellos, por supuesto, debieron de conocer que yo conocía su plan.

En un instante me hallé luchando con los dos, y aunque aborrezco hasta el nombre de thern, debo en justicia confesar que son grandes espadachines, y estos dos no eran excepción a esta regla, a no ser que fuesen aún más hábiles y valientes que la generalidad de su raza.

Mientras duró, fue el más reñido encuentro que he tenido. Dos veces, por lo menos, escapé de una herida mortal en el pecho, sólo por la maravillosa agilidad de que están dotados mis músculos terrenales bajo las condiciones de gravedad menor y menor presión de aire de Marte.

Pero aun así, aquel día me encontré muy cerca de la muerte en el sombrío corredor debajo del Polo Sur de Marte, porque Lakor me hizo una jugarreta que, con toda mi experiencia de combate sobre los dos planetas, nunca había presenciado otra anteriormente.

El otro thern me atacaba y yo le obligué a retroceder, tocándole en distintos sitios con la punta de mi espada hasta hacerle sangrar por una docena de heridas, sin poder, sin embargo, penetrar su maravillosa defensa para llegar a un punto vulnerable durante el breve espacio que me hubiera bastado para mandarle con sus antepasados.

Fue entonces cuando Lakor se soltó el cinturón, y al retroceder yo para parar un mal golpe, rodeó con uno de sus extremos uno de mis tobillos, mientras que, tirando con fuerza del otro extremo, logró dar conmigo en tierra, donde caí pesadamente de espaldas.

Después, los therns saltaron como panteras sobre mí; pero no habían contado con Woola, y antes de que pudiesen herirme, una rugiente personificación de mil demonios se precipitó sobre mi postrado cuerpo y mi leal perro marciano cargaba sobre ellos. Imaginaos, si podéis, un inmenso oso con diez patas, armado de

poderosos espolones, con enorme boca de rana, que partía su cabeza de oreja a oreja, dejando ver tres hileras de largos y blancos colmillos. Después, dotad a esta criatura de vuestra imaginación con la agilidad y ferocidad de un tigre de Bengala, hambriento y la fuerza de un par de toros bravos, y tendréis una ligera idea de lo que era Woola en acción.

Antes de que pudiese impedirlo, había hecho una gelatina de Lakor, con sólo un golpe de una de sus poderosas patas, y materialmente destrozado al otro; sin embargo: cuando le llamé con dureza, se agazapó humildemente como si hubiera hecho algo digno de censura y castigo.

Nunca he tenido valor para castigar a Woola durante los largos años que han transcurrido desde aquel primer día sobre Marte, cuando el verde jed de los tharks le había encargado de mi defensa y yo había logrado su cariño y lealtad, a despecho de sus antiguos y descastados amos; sin embargo, creo que se hubiese sometido a cualquier crueldad que hubiera podido infligirle: tan maravilloso es su cariño hacia mí.

La diadema en el centro del círculo de oro que llevaba Lakor sobre la frente le proclama thern sagrado, mientras su compañero, que no llevaba este adorno, era thern menor, aunque por su armadura deduje que había llegado al Cielo Noveno, que es inferior tan sólo a thern sagrado. Mientras contemplaba el espantoso estrago causado por Woola, recordé aquella otra ocasión en que me había disfrazado con la peluca, diadema y armadura de Sator Throg, el thern sagrado a quien Thuvia de Ptarth mató, y se me ocurrió que valía la pena utilizar los de Lakor con el mismo fin.

Un momento después había arrancado la peluca amarilla de su cabeza calva y la había transferido, con sus correajes, a mi propia persona.

Woola no aprobó la metamorfosis. Me olfateó, gruñendo muchísimo; pero cuando le hablé y acaricié su enorme cabeza, por fin se reconcilió con el cambio y, obediente, trotó tras de mí por el corredor en la dirección que seguíamos cuando nuestro paso fue cortado por los therns. Avanzábamos ahora cautelosamente, advertidos por el fragmento de conversación que había sorprendido; yo iba al lado de Woola para tener el beneficio de nuestros cuatro ojos, por lo que de repente pudiese aparecer, amenazándonos, y bien nos vino el estar prevenidos.

Al final de un tramo de estrechos escalones, el corredor retrocedía repentinamente en la misma dirección, de modo que en aquel punto formaba una S perfecta, al extremo superior de la cual desembocaba en una gran habitación, mal alumbrada, cuyo piso estaba completamente cubierto de serpientes venenosas y asquerosos reptiles. Haber intentado cruzarla equivaldría a precipitarse a la muerte, y durante un segundo quedé completamente desanimado. Después comprendí que Thurid y Matai Shang, con sus acompañantes, debían de haberla atravesado de alguna manera y, por tanto, existía un camino.

A no ser por el afortunado incidente que me permitió oír una pequeña parte de la conversación de los therns, nos hubiésemos metido de lleno entre aquella serpeante masa destructiva, y un solo paso hubiera bastado para sellar allí mismo nuestra muerte.

Aquéllos eran los únicos reptiles que había visto en Barsoom; pero los conocí por su semejanza a los restos fósiles de especies que se suponían extinguidas y que había visto en los museos de Helium, los cuales comprendían muchos de los conocidos y prehistóricos reptiles, lo mismo que otros no descubiertos.

Jamás había aparecido a mi vista una colección de más espantosos monstruos. Sería inútil tratar de describirlos a los hombres de la Tierra, puesto que la sustancia es lo único que poseen en común con ninguna criatura, del pasado ni del presente, con lo cual os halléis familiarizados; hasta su veneno es de una virulencia tanto o más fuerte que la terrestre, que, por comparación, la cobra real parecería tan inofensiva como un gusanillo.

Al descubrirme, los que estaban más cerca de la puerta quisieron precipitarse fuera; pero una hilera de bombillas de radio, colocada en la entrada, los obligó a detenerse; era evidente que no se atrevían a cruzar aquella línea de luces.

Yo estaba seguro de que no se atreverían a salir de la habitación, aunque sin saber lo que se lo impedía. El mero hecho de no haber encontrado reptiles en el corredor que acabábamos de recorrer era seguridad bastante de que no se aventuraban por allí.

Separé a Woola del peligro y me puse a observar cuidadosamente cuanto de la cámara de los reptiles podía ver desde donde me hallaba. Según mis ojos se iban acostumbrando a la débil luz de su interior, divisé gradualmente una galería al extremo opuesto de la habitación, a la cual daban varias puertas.

Acercándome a la entrada lo más que pude, seguí con la vista la galería, descubriendo que rodeaba la habitación hasta donde alcanzaba mi vista. Después miré hacia arriba, a lo largo del borde superior de la entrada, y allí, con gran alegría, vi un extremo de la galería, a menos de un metro de altura sobre mi cabeza. En un instante había saltado a ella, llamando a Woola para que me siguiese.

Allí no había reptiles; el paso estaba libre hasta el extremo opuesto de aquella horrible cámara, y un momento después Woola y yo salimos sanos y salvos a otro corredor.

Diez minutos después llegamos a una gran sala circular de mármol blanco, cuyas paredes estaban revestidas de oro con los extraños jeroglíficos del Primer Nacido.

Desde la alta cúpula de esta soberbia habitación, una enorme columna circular bajaba hasta el suelo y, al observarla, vi que giraba lentamente. ¡Había llegado a la base del templo del Sol!

Arriba, en alguna parte, se hallaba Dejah Thoris, y con ella, Phaidor, hija de Matai Shang y Thuvia de Ptarth. Pero cómo llegar a ellas, ahora que había encontrado

el único sitio vulnerable de su poderosa prisión, era un enigma indescifrable.

Lentamente di la vuelta a la gran columna buscando un medio de penetrar en ella. Encontré un pequeñísimo encendedor de radio, y al examinarlo con algo de curiosidad por hallarse allí, en aquel casi inaccesible y desconocido lugar, de repente vi las armas de la casa de Thurid incrustadas.

«Estoy sobre la pista», pensé, deslizando el encendedor en la bolsa de mi corraje. Después seguí buscando la entrada que sabía debía existir. No tuve que buscar mucho tiempo, porque casi inmediatamente después di con una puertecilla tan curiosamente tallada en la base de la columna, que hubiese pasado inadvertida para un observador menos cuidadoso o perspicaz. Allí estaba la puerta que me conduciría a la prisión; pero ¿cómo abrirla? No se veía pestillo ni cerradura. De nuevo la recorrí cuidadosamente, pulgada por pulgada; pero sólo pude encontrar un agujerito en el centro, hacia la derecha, un agujero como el de un alfiler, que parecía únicamente un defecto de construcción o del material.

Intenté mirar por aquella pequeñísima abertura; pero no pude averiguar su profundidad ni si atravesaba toda la puerta; por lo menos, no se veía luz por él. Acerqué el oído y escuché; pero de nuevo mis esfuerzos resultaron inútiles.

Durante mis experimentos, Woola había estado a mi lado, mirando fijamente la puerta, y al mirarle se me ocurrió comprobar lo correcto de mi hipótesis de que aquella puerta había sido utilizada por Thurid, el negro dátor, y Matai Shang, padre de los therns, para penetrar en el templo.

Volviéndome rápidamente, le llamé. Durante un momento permaneció indeciso: después saltó tras de mí, gimiendo y tirándome del corraje para detenerme.

Seguí, sin embargo, alejándome de la puerta, antes de ceder, para ver con exactitud lo que iba a hacer. Después le permití llevarme donde quiso.

Me condujo directamente a la puerta impenetrable, poniéndose de nuevo frente a la desconcertante piedra, mirando de frente su reluciente superficie. Durante una hora traté de solucionar el misterio de la combinación que me dejaría el paso libre.

Recordé cuidadosamente todas las circunstancias de mi persecución de Thurid, y deduje la misma conclusión que mi opinión original: que Thurid había seguido aquel camino sin más ayuda que su propio conocimiento y había pasado por la puerta que me cerraba el paso sin ayuda del interior. Pero ¿cómo lo había realizado?

Recordé el incidente de la cámara misteriosa en los Acantilados Áureos cuando liberé a Thuvia de Ptarth del calabozo de los therns y ella cogió una delgada llave, semejante a una aguja, del llavero de su guardián muerto, para abrir la puerta que conducía a la cámara misteriosa, donde Tars Tarkas luchaba a muerte con los grandes banths. Un agujero tan pequeño como aquel que ahora me desafiaba había abierto la intrincada cerradura de aquella otra puerta.

Apresuradamente vacié en el suelo el contenido de mi bolsa. Si sólo pudiera

encontrar un delgado trozo de acero, podría hacer una llave que me diese paso a la prisión del templo.

Mientras examinaba la colección heterogénea de toda clase de objetos que se hallan siempre en la bolsa de un guerrero marciano, mis dedos tropezaron con el adornado encendedor de radio del negro dátor.

Cuando iba a dejarlo a un lado como algo inútil para sacarme del actual apuro, mis ojos dieron en unos extraños caracteres, ruda y recientemente arañados, sobre el suave dorado del estuche.

La curiosidad me movió a descifrarlos; pero lo que leí no tenía sentido alguno para mi entendimiento. Había tres juegos de caracteres, unos debajo de otros:

3 _____	50 T
1 _____	1 X
9 _____	25 T

Sólo un instante me picó la curiosidad, y después coloqué de nuevo el encendedor en mi bolsillo; pero aún no lo había soltado cuando acudió a mi mente el recuerdo de la conversación sostenida entre Lakor y su compañero, cuando el thern menor había citado las palabras de Thurid, burlándose de ellas: «¿Y qué te parece el ridículo asunto de la luz? Que brille con la intensidad de tres unidades de radio durante cincuenta tais». ¡Ah!, allí estaba la primera línea de los caracteres sobre el estuche del encendedor, 3-50 T, «y durante un xat, que brille con la intensidad de una unidad de radio», aquélla era la segunda línea, «y después, durante veinticinco tais, con nueve unidades».

La fórmula estaba completa; pero ¿qué significaba?

Creí saberlo, y cogiendo una poderosa lente de aumento entre las baratijas de mi bolsa, me apliqué a examinar cuidadosamente el mármol que rodeaba el agujerillo de la puerta. De buena gana hubiera prorrumpido en gritos de júbilo cuando mi investigación me descubrió la casi invisible incrustación de partículas de electrones carbonizados que despiden aquellos encendedores marcianos. Era evidente que durante innumerables siglos encendedores de radio habían sido aplicados al agujerito, y para aquello sólo existía una aplicación: el mecanismo de la cerradura estaba movido por los rayos de luz, y yo, John Carter, príncipe de Helium, tenía en mi mano la combinación arañada por la mano de mi enemigo sobre el estuche de su propio encendedor.

En un brazalete circular de oro, que llevaba en la muñeca, estaba mi cronómetro de Barsoom, un instrumento que marcaba los tais y xats y zods del tiempo marciano, presentándolos a la vista bajo un fuerte cristal, de modo muy parecido al de un cronómetro terrestre.

Calculando cuidadosamente mi operación, acerqué el encendedor a la pequeña

abertura, regulando la intensidad de la luz por medio de la palanca colocada a un lado del estuche.

Durante cincuenta tais dejó brillar tres unidades de luz en el agujero; después, una unidad, durante un xat, y nueve unidades, durante veinticinco tais. Aquellos últimos veinticinco tais fueron los veinticinco segundos más largos de mi vida. ¿Cedería la cerradura al final de aquellos segundos que a mí se me hacían interminables? ¡Veintitrés! ¡Veinticuatro! ¡Veinticinco! Corre la luz de golpe. Durante siete tais esperé; no había podido apreciar efecto alguno en la cerradura. ¿Sería que mi teoría estaba completamente equivocada?

¡Detente! ¡Espera! ¿Mi tensión nerviosa había tenido por resultado una alucinación, o la puerta se movía realmente? Lentamente, la sólida piedra se hundió silenciosamente hacia atrás: no existía alucinación alguna.

Retrocedió diez metros, hasta dejar descubierta a su derecha una estrecha puertecilla que daba a un pasillo oscuro, paralelo al muro exterior. Apenas quedó franca la entrada, Woola y yo nos precipitamos por ella, y la puerta se deslizó silenciosamente de nuevo a su sitio.

A alguna distancia, en el corredor, se veía el débil reflejo de una luz, y hacia ella nos dirigimos. La luz se hallaba en una cerrada revuelta, y un poco más allá se veía una habitación brillantemente iluminada.

Allí descubrimos una escalera de caracol que partía del centro de la habitación circular.

Comprendí inmediatamente que habíamos llegado al centro de la base del templo del Sol; la escalera conducía a la parte superior, pasando por los muros inferiores de las celdas. En alguna parte de los pisos superiores estaba Dejah Thoris, a no ser que Thurid y Matai Shang hubiesen ya logrado raptarla.

Apenas habíamos empezado a subir la escalera, cuando Woola, de repente, fue presa de gran excitación. Saltaba hacia adelante y hacia atrás mordiéndome las piernas y los arreos, hasta el punto de hacerme creer que estaba loco, y cuando por fin le empujé y empecé de nuevo a subir, me agarró por el brazo derecho, obligándome a retroceder.

Fue inútil reñirle ni pegarle para que me soltase, y estaba enteramente a merced de su fuerza bruta, a no ser que me defendiese con el puñal en la mano izquierda; pero, loco o cuerdo, no tuve valor para hundir la afilada hoja en aquel cuerpo tan fiel.

Me arrastró a la cámara y, a través de ella, hacia la parte opuesta a la puerta por la cual habíamos entrado. Allí había otra puerta dando paso a un corredor que descendía en pendiente rápida. Sin titubear, Woola me empujó por aquel pasillo.

De repente se detuvo y me soltó, poniéndose entre mí y el camino por donde habíamos venido, mirándome como para preguntarme si ya le seguiría de mi propia voluntad o si tendría todavía que emplear la fuerza.

Mirando con preocupación las señales de sus grandes dientes sobre mi brazo desnudo decidí complacerlo. Después de todo, su extraño instinto era más de fiar que mi defectuoso juicio humano.

Y bien me vino haberme visto obligado a seguirle. A poca distancia de la cámara circular nos encontramos de repente en un laberinto de cristal brillantemente iluminado.

Al principio creí que era una amplia habitación sin división alguna: tan claras y transparentes eran las paredes de los serpeantes pasillos; pero, después de haber estado varias veces a punto de romperme la cabeza, al esforzarme en pasar a través de las sólidas murallas de vidrio, anduve con más cuidado.

Sólo habríamos recorrido unas yardas del corredor que nos había dado paso a este extraño laberinto, cuando Woola lanzó un espantoso rugido y, al mismo tiempo, se precipitó sobre el cristal de nuestra izquierda.

Aún resonaban a través de las cámaras subterráneas los ecos de aquel terrible rugido, cuando vi lo que lo había arrancado de la garganta del fiel animal.

A lo lejos discerní vagamente las figuras de ocho personas: tres mujeres y cinco hombres, los cuales, vistos a través de los muchos cristales que nos separaban y parecían envolverlos en una nube, asemejaban seres fantásticos de otro mundo.

En el mismo instante, evidentemente asustados por el fiero rugido de Woola, se detuvieron y miraron a su alrededor. Entonces, de repente, uno de ellos, una mujer, tendió sus brazos hacia mí, y aun a tan gran distancia pude ver que sus labios se movían; era Dejah Thoris, mi siempre hermosa y siempre joven princesa de Helium.

Con ella estaba Thuvia de Ptarth; Phaidor, hija de Matai Shang; Thurid, el padre de los therns, y los tres therns menores que los habían acompañado.

Thurid me amenazó con el puño, y dos de los therns agarraron con rudeza de los brazos a Dejah Thoris y Thuvia, obligándolas a apretar el paso. Un momento después habían desaparecido por un corredor de piedra, más allá del laberinto de cristal.

Dicen que el amor es ciego; pero un amor tan grande como el de Dejah Thoris, que me conoció hasta disfrazado de thern y a través del laberinto de cristal, debe ciertamente de estar muy lejos de ser ciego.

CAPÍTULO IV



La torre secreta



No tengo valor para relatar los monótonos acontecimientos de los tediosos días que Woola y yo pasamos averiguando nuestro camino a través del laberinto de cristal y atravesando éste por las oscuras y torcidas sendas que nos condujeron por debajo del valle del Dor y los Acanilados Áureos hasta las montañas de Otz, justamente encima del valle de las Almas Perdidas, aquel lamentable purgatorio habitado por los pobres desgraciados que no se atreven a continuar su abandonada peregrinación al Dor ni volverse a los varios países del mundo exterior, de donde han venido.

Allí la pista de los raptos de Dejah Thoris nos conducía a un lago de la base de la montaña, a través de pendientes y ásperos barrancos, junto a imponentes precipicios y, a veces, por el valle, donde tuvimos que luchar frecuentemente con miembros de varias tribus salvajes que forman la población de aquel extraño valle de desesperación.

Pero logramos atravesarlo todo y llegar a un camino que conducía a una estrecha garganta que, a cada paso, se hacía más impracticable, hasta que apareció a nuestra vista una poderosa fortaleza enterrada al pie de una montaña que la cobijaba.

Aquél era el escondite secreto de Matai Shang, padre de los therns. Allí, rodeado de unos cuantos fieles, el hekkador de la antigua fe, que antes había tenido a sus órdenes millones de vasallos y subordinados, dispensaba la espiritual doctrina entre la media docena de naciones de Barsoom que aún se aferraban tenazmente a su falsa y desacreditada religión.

Estaba oscureciendo cuando apercibimos los muros, al parecer inaccesibles, de aquella montañosa fortaleza, y para no ser vistos me retiré con Woola detrás de un promontorio de granito en medio de un grupo del duro y morado césped que crece en los estériles terrenos de Otz.

Allí permanecimos hasta que la rápida transición de día a noche se hubo efectuado. Después me deslicé hacia los muros de la fortaleza, buscando el medio de penetrar en ella.

Bien fuese por descuido o por demasiada confianza en la supuesta inaccesibilidad de su escondite, la verja estaba abierta de par en par. Al otro lado había unos cuantos guerreros, riendo y comentando uno de sus incomprensibles juegos barsoomianos.

Observé que entre ellos no estaba ninguno de los que habían acompañado a

Thurid y Matai Shang y así, confiado en mi disfraz, franquéé valerosamente la entrada y me acerqué a ellos.

Los hombres interrumpieron su juego y me miraron, pero no manifestaron sospecha alguna. Del mismo, modo miraron a Woola, que me seguía gruñendo.

—¡Kaor! —dije, saludando en verdadero estilo marciano, y los guerreros suspendieron su juego y se levantaron para saludarme—. Acabo de hallar el camino desde los Acantilados Dorados —proseguí— y deseo que me dé audiencia el hekkador Matai Shang, padre de los therns. ¿Dónde podré hallarlo?

—Sígueme —dijo uno de los guerreros y, volviéndose, me llevó, cruzando el patio exterior, hacia un segundo muro apuntalado.

Ignoro cómo no me inspiró sospecha la aparente facilidad con que al parecer les engañaba, a no ser por el hecho de estar mi mente tan embebida con aquella rápida visión de mi amada princesa, para no quedar en ella lugar para nada más. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que yo seguía alegremente a mi guía directamente a las garras de la muerte.

Supe después que therns espías habían anunciado mi llegada horas antes de haber llegado yo a la oculta fortaleza.

La verja había quedado abierta, a propósito, para tentarme. Los guardias, bien adiestrados en su conspiración, y yo, más parecido a un colegial que a un maduro guerrero, corrí apresuradamente a meterme en la trampa.

Al extremo del patio exterior una puertecilla daba entrada al ángulo formado por uno de los puntales en el muro. Allí mi conductor sacó una llave y abrió la puerta; después, retrocediendo, me hizo seña de que entrase.

—Matai Shang está en el patio del templo, al otro lado —dijo, y al pasar Woola y yo cerró rápidamente la puerta.

La odiosa carcajada que llegó a mis oídos, a través de la fuerte puerta, después de haber oído dar la vuelta a la llave, fue mi primera sospecha de que todo no marchaba tan bien como me figuraba.

Me encontré en una pequeña cámara circular abierta dentro del puntal. Ante mí había una puerta que conducía probablemente al patio interior del otro lado. Antes de franquearla, titubeé un momento. Entonces se confirmaron todas mis sospechas, si bien algo tarde. Enseguida, encogiéndome de hombros, abrí la puerta y salí al patio interior, alumbrado por antorchas.

Directamente, enfrente de mí, se levantaba una pesada torre de unos trescientos metros de altura. Era del estilo extrañamente hermoso de la arquitectura moderna barsoomiana; toda su superficie estaba tallada en atrevidos relieves, con dibujos intrincados y fantásticos. A una altura de treinta metros sobre el patio, y dominándolo, había un ancho balcón, y allí, por cierto, estaba Matai Shang, y a su lado Thurid, Phaidor, Thuvia y Dejah Thoris, estas últimas cargadas de cadenas.

Detrás de ellos se encontraban varios guerreros.

Al entrar yo en el patio todas las miradas se dirigieron hacia mí.

Una siniestra sonrisa entreabrió los crueles labios de Matai Shang. Thurid me lanzó un insulto, y con gesto familiar puso una mano sobre el hombro de mi princesa. Ésta, como una pantera, se volvió hacia él y le dio un fuerte golpe con las esposas que rodeaban sus muñecas.

Thurid, de no haberse interpuesto Matai Shang, hubiera devuelto el golpe, y pude entonces observar que los dos hombres no parecían mantener cordiales relaciones, porque los therns eran arrogantes y dominantes, como si quisieran hacer claramente ver al Primer Nacido que la princesa de Helium era propiedad del padre de los therns. Y la actitud de Thurid, respecto al anciano hekkador, no demostraba la menor simpatía ni respeto.

Cuando cesó el altercado, Matai Shang se volvió hacia mí.

—¡Hombre de la Tierra —exclamó—, mereces una muerte mucho más innoble de la que nuestro debilitado poder nos permite darte! Pero para que la muerte que te espera esta noche te sea doblemente amarga, has de saber que, en cuanto mueras, tu viuda será la esposa de Matai Shang, hekkador de los sagrados therns, durante un año marciano. Al final de ese tiempo, como sabes, será abandonada, según nuestra ley; pero no, como es costumbre, para llevar una vida tranquila y honrada, respetada como alta sacerdotisa de algún venerado santuario. En vez de ello, Dejah Thoris, princesa de Helium, será el juguete de mis ayudantes, quizá hasta de tu más odiado enemigo: Thurid, el negro dátor.

Cuando cesó de hablar esperó en silencio, evidentemente, algún desahogo de rabia de mi parte, algo que hubiese aumentado el deleite de su venganza. Pero no le di la satisfacción que deseaba.

En vez de ello, hice lo que más podía aumentar su rabia y su odio hacia mí y porque sabía que, muerto, Dejah Thoris hallaría también el medio de morir antes de que pudiesen acumular sobre ella más ultrajes y tormentos.

De todos los sagrados de sagrados que veneran y adoran los therns, ninguno más reverenciado que la peluca amarilla que cubre sus peladas cabezas, y después de éstas, el círculo de oro y la gran diadema, cuyos brillantes rayos marcan la llegada al Décimo Cielo.

Y sabiendo esto, me quité la peluca y el círculo y los tiré despreciativamente sobre las piedras del patio. Después me limpié los pies con los rizos rubios, y mientras del balcón se levantaba un rugido de rabia, escupí sobre la sagrada diadema.

Matai Shang se puso lívido de rabia; pero sobre los labios de Thurid pude ver una horrible y burlona sonrisa, porque él no tenía aquellas cosas por sagradas; así, pues, para que mi acción no le resultase demasiado divertida, grité: «Y lo mismo hice con los atributos sagrados de Issus, diosa de la Vida Eterna, antes de entregarla a las

turbas que la habían adorado anteriormente, para ser por ellas despedazada en su propio templo.»

Esto puso término a la sonrisa de Thurid, porque había gozado de gran favor cerca de Issus.

—¡Pongamos fin a todas estas blasfemias! —exclamó, volviéndose al padre de los therns.

Matai Shang se levantó e, inclinándose sobre el balcón, lanzó la salvaje llamada que yo había oído de labios de los sacerdotes desde el pequeño balcón, frente a los Acantilados Áureos, que domina el valle del Dor, cuando en pasados tiempos llamaron a los feroces monos blancos y los espantosos hombres planta para que se deleitasen con las víctimas que a menudo flotaban sobre el ancho seno del misterioso Iss, hacia las infectadas aguas del Mar Perdido de Korus.

—¡Liberad la muerte! —gritó, e inmediatamente una docena de puertas, en la base de la torre, se abrieron y una docena de horribles banths saltaron a la arena.

No era aquélla la primera vez que me había encontrado frente a los feroces banths de Barsoom; pero nunca me había hallado desarmado frente a una docena de ellos. Aun ayudado por el fiero Woola, no podía aquel combate tan desigual tener más que un desenlace.

Durante un instante, las fieras titubearon bajo la brillante luz de las antorchas; pero enseguida, acostumbrándose sus ojos a ellas, se dirigieron a nosotros y avanzaron con las melenas erizadas, azotándose los lados con sus poderosas colas y lanzando profundos rugidos.

En el breve intervalo de vida que me quedaba lancé una última mirada de despedida a mi Dejah Thoris. Su hermoso rostro expresaba horror profundo, y al encontrarse mis ojos con los suyos extendió hacia mí sus brazos, luchando con los guardianes que ahora la retenían, tratando de tirarse por el balcón al patio para poder compartir conmigo la muerte. Después, al ver que los banths me rodeaban, se volvió y escondió su querido rostro entre las manos.

De repente, mi atención fue atraída hacia Thuvia de Ptarth. La hermosa muchacha estaba muy inclinada sobre el balcón y con los ojos brillantes de emoción.

Los banths iban a caer sobre mí; pero no podía apartar mi mirada de las facciones de la muchacha roja, porque comprendía que su expresión significaba todo menos regocijo por la feroz diversión que le proporcionaba la terrible tragedia que pronto iba a desarrollarse ante sus ojos. Allí había algo profundamente oculto, y yo trataba de averiguar lo que era.

Durante un momento, confiado en mis músculos y agilidad terrenales, pensé escapar de los banths y llegar al balcón, lo que podía haber hecho fácilmente: pero no tuve valor para abandonar a mi fiel Woola y dejarle morir solo bajo los crueles colmillos de los hambrientos banths; no era esto costumbre de Barsoom ni tampoco

de John Carter.

Después, el secreto de la emoción de Thuvia se hizo aparente al salir de sus labios un suave maullido, que ya había oído otra vez, cuando, bajo los Acantilados Áureos, llamó a los feroces banths y les condujo como una pastora conduciría a sus inocentes y mansos corderos.

A la primera nota de aquel sonido calmante, los banths se detuvieron, y cada fiera cabeza se levantó como buscando la procedencia de la llamada familiar. Poco después descubrieron a la muchacha roja en el balcón y, volviéndose, demostraron que la reconocían, lanzando ruidos de bienvenida.

Los guardias se precipitaron para llevársela, pero antes de conseguirlo, ella había dado sus órdenes a las fieras que la escuchaban, y todos a una se volvieron y se dirigieron a sus antros.

—¡No tienes que temerlas, John Carter —gritó Thuvia antes de que pudieran hacerla callar—. Esos banths no te harán ya daño nunca, ni a Woola tampoco.

Era lo único que me importaba saber. Ya no había nada que me separase del balcón. Así, pues, dando un gran salto, me agarré a él.

En un instante todo fue confusión. Matai Shang retrocedió. Thurid dio un salto hacia adelante con la espada desenvainada para traspasarme.

De nuevo, Dejah Thoris descargó sus pesados hierros sobre el negro, obligándole a retroceder. Después, Matai Shang la agarró por la cintura y la arrastró hacia una puerta que conducía al interior.

Durante un instante, Thurid titubeó, y después, como temiendo que el padre de los therns se escapase con la princesa de Helium, también salió tras ellos precipitadamente del balcón.

Phaidor fue la única que conservó su tranquilidad. Ordenó a dos de los guardias que se llevasen a Thuvia de Ptarth; a los otros, que se quedasen y me impidiesen seguirla. Después se volvió hacia mí.

—John Carter —exclamó—, por última vez te ofrezco el amor de Phaidor, hija del sagrado hekkador. Acéptalo, y tu princesa será devuelta a la Corte de su abuelo, y tú vivirás dichoso y feliz. Rehúsalo, y la suerte con que la ha amenazado mi padre caerá sobre Dejah Thoris.

»Ahora ya no puedes salvarla, porque ya se hallarán en un sitio donde ni tú siquiera podrías seguirles. Rehúsa, y nada podrá salvarte, porque, aunque se te facilitó el camino de la fortaleza de los Sagrados Therns, la salida se te ha hecho imposible. ¿Qué dices?

—Antes de hacerme la pregunta sabías la contestación, Phaidor —exclamé—. ¡Dejadme pasar! —grité a los guardias—, porque John Carter, príncipe de Helium, pasará.

Diciendo esto salté la balastrada que rodeaba el balcón, y con desnuda espada

hice frente a mis enemigos.

Eran tres; pero Phaidor debió de adivinar el resultado de la lucha, porque, volviéndose, huyó del balcón en cuanto vio que yo no aceptaba su proposición.

Los tres guerreros no esperaron mi ataque; se precipitaron simultáneamente sobre mí, y fue esto lo que me dio ventaja, porque se estorbaban unos a otros en el reducido recinto del balcón, de modo que el más adelantado cayó sobre la hoja de mi acero al primer ataque.

La mancha roja que había en su punta exasperó la antigua sed de sangre del luchador que siempre ha existido con tanta fuerza dentro de mi pecho; así fue que mi hoja cortaba el aire con una ligereza y mortal exactitud, que sumió a los otros dos therns en profunda desesperación.

Cuando por fin mi afilado acero dio en el corazón de uno de ellos, el otro echó a correr, y adivinando que seguiría el mismo camino que los que tanto me importaba encontrar, le dejé alejarse lo suficiente para que pudiera creerse a salvo.

Recorrió precipitadamente varias habitaciones interiores hasta llegar a una escalera de caracol. Se precipitó por ella y yo tras él. Al extremo superior llegamos a una pequeña cámara, en la que sólo había una ventana que dominaba las colinas de Otz y el valle de las Almas Perdidas, que se extendía al otro lado.

El guerrero se precipitó sobre lo que parecía un trozo de pared, frente a la ventana. Enseguida adiviné que era una salida secreta de la habitación y me detuve para darle tiempo de abrirla, porque a mí no me importaba nada la vida de aquel pobre servidor; lo único que deseaba era tener franco el paso tras Dejah Thoris, mi perdida princesa.

Pero, por más que hizo, la pared no cedió ni a la astucia ni a la fuerza; así es que, desistiendo, se volvió a hacerme frente.

—Sigue tu camino, thern —le dije señalando hacia la escalera por la cual acabábamos de subir—. No tengo nada contra ti ni quiero quitarte la vida. ¡Ve!

Su contestación fue precipitarse sobre mí, espada en mano, tan de repente, que estuve a punto de caer al primer envite. Así, pues, no tuve más remedio que darle lo que pedía, y lo más rápidamente posible para no detenerme demasiado en aquella cámara, mientras Matai Shang y Thurid se llevaban a Dejah Thoris y Thuvia de Ptarth.

El guerrero era hábil, lleno de recursos y sumamente tramposo. En efecto: parecía ignorar por completo que existiese un código de honor, porque constantemente faltaba a una docena de costumbres guerreras barsoomianas, a las cuales un hombre honrado antes moriría que faltar.

Hasta llegó a arrancarse su santa peluca y tirármela a la cara para cegarme durante un momento, mientras acometía a mi pecho descubierto.

Sin embargo, al acometerme, esquivé el golpe, porque había peleado otras veces

con los therns, y aunque ninguno había recurrido precisamente al mismo truco, sabía que eran los menos honorables y los más traicioneros combatientes de Marte, y así, pues, estaba siempre alerta a cualquier nuevo y endiablado subterfugio cuando combatía con uno de su raza.

Pero por fin se pasó de raya, porque sacando el puñal lo tiró como una flecha sobre mi cuerpo, al mismo tiempo que se precipitaba sobre mí con la espada. Un solo círculo envolvente de mi propio acero cogió el arma volante y la precipitó con estrépito contra la pared, y después, al evitar el impetuoso ataque de mi antagonista, se metió él mismo la punta de mi acero en el estómago al echarse sobre mí.

Se la hundió hasta el puño y, con un grito horrible, cayó al suelo, muerto.

Deteniéndome sólo el instante necesario para sacar mi espada del cuerpo de mi enemigo, me precipité sobre el trozo de pared que había frente a la ventana y que el thern había tratado de abrir. Allí busqué la cerradura secreta sin resultado alguno.

Desesperado, traté de abrirme paso a la fuerza; pero la fría y resistente piedra podía haberse reído de mis esfuerzos fútiles y mezquinos. En efecto; hubiese jurado que percibía, al otro lado de la impenetrable pared, el rumor de una risa provocativa.

Disgustado, desistí de mis inútiles esfuerzos y me dirigí a la única ventana de la cámara.

Las colinas de Otz y el distante valle de las Almas Perdidas no tenían nada que pudiera interesarme; pero muy por encima de mi cabeza, el muro tallado de la torre fijó mi atención.

En alguna parte de aquella torre estaba Dejah Thoris. Veía ventanas sobre mi cabeza. Es posible que aquel fuese el único camino por donde podría llegar a ella. El riesgo era grande; pero nada era capaz de detenerme tratándose de la suerte de una de las mujeres más maravillosas del mundo.

Miré hacia abajo. A unos cien metros de profundidad había unos acantilados de granito que bordeaban un espantoso precipicio sobre el cual estaba la torre, y si no sobre los acantilados, en el fondo del abismo aguardaba la muerte si un pie se deslizaba o los dedos se aflojaban la fracción de un segundo.

Pero no había otro camino y, encogiéndome de hombros, lo cual, debo confesar, era debido en parte a un estremecimiento de horror, subí al alféizar de la ventana y empecé mi peligrosa ascensión.

Con gran terror encontré que, distinta a la ornamentación de casi todos los edificios de Helium, el borde de las tallas estaba generalmente redondeado; de modo que, como mucho, apenas me podía sostener en un precario equilibrio.

A cincuenta metros sobre mí empezaban una serie de piedras cilíndricas que sobresalían unos diez centímetros. Éstas, por lo visto, rodeaban la torre a intervalos de seis metros en trozos de otros seis metros de separación, y como cada piedra sobresalía ocho o diez centímetros de la superficie de la ornamentación, ofrecían un

modo de subir comparativamente fácil si se lograba llegar a ellas.

Laboriosamente fui trepando, ayudándome con las ventanas que iba dejando debajo, porque esperaba encontrar entrada en la torre a través de una de ellas y de allí un camino más fácil para proseguir mis pesquisas.

A veces era tan frágil mi asidero, que un estornudo, un golpe de tos, la más ligera ráfaga de aire hubiese bastado para precipitarme al abismo que se abría a mis pies.

Pero por fin llegué a un punto donde mis dedos pudieron agarrar el alféizar de la ventana más baja, e iba a soltar un suspiro de satisfacción, cuando un rumor de voces llegó a mis oídos desde arriba, por la abierta ventana.

—Nunca podrá resolver el secreto de la cerradura.

La voz era la de Matai Shang.

—Sigamos arriba al hangar para habernos alejado bien hacia el Sur antes de que encuentre otro camino..., si eso fuera posible.

—Todo parece posible tratándose de ese perro vil —replicó otra voz, que reconocí por la de Thurid.

—Entonces démonos prisa —dijo Matai Shang—; pero para asegurarnos más voy a dejar a dos para que vigilen en la escalera. Más tarde pueden seguirnos en otra aeronave, alcanzándonos en Kaol.

Mis dedos, extendidos, no llegaron nunca al borde de la ventana. Al primer rumor de las voces retiré la mano, agarrándome a mi peligroso asidero achatado contra el muro perpendicular y atreviéndome apenas a respirar.

¡Qué horrible posición, por cierto, para ser descubierto por Thurid! Sólo tenía que apoyarse en la ventana para mandarme con la punta de su espada a la eternidad.

Poco después, el rumor de voces se fue desvaneciendo, y de nuevo reanudé mi peligrosa ascensión, más difícil ahora, puesto que era más circular, porque tenía que rodear para evitar las ventanas.

La alusión de Matai Shang al hangar y las aeronaves indicaba que mi destino era nada menos que al techo de la torre, y hacia aquella distante meta me dirigí.

La parte más peligrosa y dificultosa de la jornada se terminó, por fin, y fue enorme el descanso que sentí al agarrar la última piedra cilíndrica.

Es verdad que estas proyecciones estaban demasiado separadas para hacer de la ascensión nada parecido a una canonjía; pero, por lo menos, siempre tenía a mi alcance un punto de apoyo al cual podía agarrarme en caso de algún accidente.

Unos diez pasos debajo del techo el muro se inclinaba ligeramente hacia dentro, quizá un pie en los últimos diez metros, y allí el trepar era ciertamente inconmensurablemente más fácil, de modo que mis dedos pronto agarraron el alero del tejado.

Al dirigir mi vista sobre el nivel del extremo de la torre vi una aeronave dispuesta a emprender el vuelo.

Sobre su cubierta estaban Matai Shang, Phaidor, Dejah Thoris, Thuvia de Ptarth y algunos guerreros therns, mientras que a su lado se hallaba también Thurid dispuesto a subir a bordo.

No le separaban de mí ni diez pasos; me daba la espalda y no puedo ni siquiera adivinar qué cruel capricho del Destino le impulsó a volverse cuando mi cabeza aparecía por el tejado.

Pero se volvió, y cuando sus ojos se encontraron con los míos, su rostro se iluminó con malévolas sonrisas mientras se precipitaba sobre mí, que me apresuraba a llegar al tejado.

Dejah Thoris debió de verme al mismo instante, porque lanzó un grito para avisarme, cuando el pie de Thurid, con una gran patada, me dio en el rostro. Vacilé como buey acogotado y caí hacia atrás, por un lado de la torre.

CAPÍTULO V



Si existe un Destino que a veces me es funesto, seguramente hay una bondadosa y misericordiosa Providencia que me protege.

Al caer de la torre al horrible abismo que se abría a mil metros, me daba yo por muerto, y Thurid también debió de creerlo así, porque evidentemente no se molestó en averiguarlo, sino que, volviéndose, se marchó enseguida en la aeronave.

Pero sólo caí diez metros, quedando enganchado por el correaje en una de las proyecciones cilíndricas de la superficie de piedra, que me sostuvo. Aun cuando me sentí sujeto, no podía creer en el milagro que me libraba de una muerte instantánea, y durante un momento permanecí inmóvil, cubierto de pies a cabeza de un sudor frío.

Pero cuando por fin logré afirmar mi posición, no me decidía a subir, puesto que no podía entonces saber que Thurid no estuviese esperándome arriba. Sin embargo, poco después llegaron a mis oídos el ruido de los propulsores de la aeronave, y según iba alejándose ésta me fui dando cuenta de que se dirigían hacia el Sur sin preocuparse más de mí.

Cautelosamente volví a trepar hasta el tejado, y debo confesar que no fue una sensación agradable la que sentí al levantar de nuevo los ojos por el alero; pero afortunadamente no se veía a nadie, y un momento después me encontré sano y salvo sobre la ancha superficie.

El llegar al hangar y sacar la única aeronave que había fue cuestión de un segundo, y justamente, cuando los dos guerreros que Matai Shang había dejado en prevención de este incidente aparecían en el tejado, me elevaba yo sobre sus cabezas lanzando una carcajada provocativa.

Después bajé rápidamente al patio interior, donde había dejado a Woola, y para mi tranquilidad encontré allí al fiel animal.

Los doce grandes banths estaban delante de las puertas de sus guaridas mirándole y rugiendo de un modo amenazador; pero no habían desobedecido el mandato de Thuvia, y di gracias al Destino, que la había hecho su guardiana en los Acantilados Áureos, y la había dotado con una naturaleza bondadosa y simpática que le había captado la lealtad y el efecto de aquellas fieras.

Woola saltó con frenética alegría cuando me vio, y al tocar la aeronave el pavimento del patio durante un segundo, de un salto se colocó a mi lado, y con las

manifestaciones de su exuberante felicidad, casi me hizo destrozar el aparato contra el muro de piedra del patio.

Entre los furiosos gritos de los therns nos elevamos muy por encima de la última fortaleza de los Sagrados Therns y corrimos directamente hacia el Noroeste y Kaol, dirección que había oído de labios de Matai Shang.

Ya avanzada la tarde, divisé a lo lejos una pequeña mancha que debía de ser la otra aeronave, pues sólo podía ser la que conducía a mi perdido amor y a mis enemigos.

Al cerrar la noche me había aproximado mucho a él, y después, comprendiendo que debían haberme visto y no encenderían luces, me guíé por mi brújula, aquel maravilloso mecanismo marciano, que, una vez afinado al objeto de su destino, señala su dirección, indiferente a todo cambio de situación.

Toda aquella noche corrimos a través del vacío barsoomiano, pasando sobre las colinas, fondos de mares muertos, ciudades desiertas hacía mucho tiempo, centros populosos habitados por rojos marcianos, y cintas de terrenos cultivados que bordean los tersos canales que rodean el globo y que los hombres de la Tierra llaman canales de Marte.

La aurora me hizo ver que me había acercado mucho a la otra aeronave. Era un aparato mayor que el mío y menos rápido; pero aun así había recorrido una distancia inmensa desde que emprendió su vuelo.

El cambio de vegetación me demostró que nos aproximábamos rápidamente al Ecuador. Me hallaba lo suficientemente cerca de mi presa para haber podido hacer uso de mi cañón de pequeño calibre; pero aun cuando podía ver que Dejah Thoris no estaba sobre cubierta, temía disparar sobre el aparato que la conducía.

A Thurid no le detenían semejantes escrúpulos, y aunque debió de costarle trabajo creer que era realmente yo el que les seguía, no podía dudar del testimonio de sus propios ojos, y dirigió sobre mí, con sus propias manos, su cañón de popa, y un instante después un proyectil explosivo de radio silbó peligrosamente cerca de mi cabeza.

El siguiente disparo del negro fue más exacto, dando a mi aparato de lleno en la proa y estallando inmediatamente al contacto, abriendo de par en par los tanques y estropeando la máquina.

El aparato cayó tan rápidamente después del disparo, que tuve apenas tiempo de atar a Woola y sujetar mi propio correa a un anillo de la borda antes de que el aparato colgase, con la popa hacia arriba, dirigiéndose por última vez lentamente hacia tierra.

Sus tanques de flotación de popa impidieron que descendiese velozmente; pero Thurid ahora disparaba con gran rapidez intentando que reventasen éstos de modo que yo fuese precipitado a una muerte inmediata en la rápida caída que

instantáneamente seguiría a un acertado disparo.

Proyectil tras proyectil nos dio o nos pasó rozando, pero, por milagro, sin herirnos ni tocar los tanques de atrás. Esta buena suerte no podía durar indefinidamente, y seguro de que Thurid no me dejaría de nuevo con vida, esperé el estallido de un nuevo proyectil, y después, levantando las manos sobre la cabeza, me dejé caer blando e inerte cual si fuera cadáver y sostenido por mi correa.

La estratagema dio resultado y Thurid no disparó más. Poco después oí que disminuía el ruido de los propulsores y me di cuenta enseguida de que de nuevo estaba a salvo.

Lentamente la aeronave tomó tierra, y cuando hube soltado a Woola, logré salir con él de los restos del aparato, encontrándome al borde de un bosque natural, cosa tan rara en el seno del agonizante Marte que, aparte del bosque del valle del Dor, junto al Mar Perdido de Korus, nunca había visto otro semejante en el planeta. Había aprendido de libros y viajeros algo sobre la desconocida tierra de Kaol, que se extiende a lo largo del Ecuador, casi a mitad del camino del planeta, hacia el este de Helium.

Comprende un área sumergida de calor extremadamente tropical y está habitada por una raza de hombres rojos, muy parecidos en costumbres, modales y aspecto a la mayoría de los hombres rojos de Barsoom.

Sabía que pertenecían al mundo exterior, que aún permanecía tenazmente fiel a la desacreditada religión de los Sagrados Therns, y que Matai Shang encontraría un recibimiento entusiasta y se hallaría a salvo entre ellos, mientras John Carter sólo podía esperar una muerte ignominiosa a sus manos.

El aislamiento de los kaolianos es casi completo por el hecho de que ninguna vía de agua une su territorio con ninguna otra nación, ni tampoco la necesitan, puesto que la baja tierra pantanosa que comprende el área entera de sus dominios es suficiente para fecundar sus abundantes cosechas tropicales.

En todas direcciones, incultas colinas y áridas extensiones de fondos de mares muertos dificultan toda comunicación, y puesto que prácticamente no existe el comercio exterior en el guerrero Barsoom, donde cada nación se basta a sí misma, poco se ha sabido siempre relativo a la corte del jeddak de Kaol y los numerosos y extraños, pero a la vez interesantes, pueblos a quienes gobierna.

A veces han llegado cazadores a este punto olvidado del globo; pero la hostilidad de los naturales casi siempre les ha resultado funesta, de modo que hasta el deporte de cazar los extraños y salvajes animales que habitan las selvas de Kaol, en los últimos años, ha resultado poco atrayente para los más intrépidos guerreros.

Reconocí hallarme en el límite de la tierra de Kaol, pero sin tener la menor idea de cuál era la dirección en que debía buscar a Dejah Thoris, ni hasta qué punto tendría que internarme en el bosque. No así Woola.

Apenas le hube soltado, levantó la cabeza, olfateando, y empezó a recorrer el lindero del bosque. Poco después se detuvo y, volviéndose a ver si le seguía, se dirigió al laberinto de árboles, en la dirección que llevábamos antes de que los disparos de Thurid hubiesen destrozado nuestro aparato.

Le seguí lo mejor que pude por una brusca pendiente que comenzaba en el lindero del bosque.

Árboles inmensos elevaban sus poderosas copas muy por encima de nosotros ocultando su tupido follaje el menor rayo de sol. Era fácil comprender por qué los kaolianos no necesitaban aviación: sus ciudades, ocultas en medio de aquel bosque, debían de ser completamente invisibles desde arriba, ni tampoco podría llevarse a cabo ningún aterrizaje más que con aparatos muy pequeños, y aun así, corriendo grandes riesgos.

No podría imaginarse cómo podrían aterrizar Thurid y Matai Shang, aunque luego supe que al nivel de lo más hondo del bosque se eleva en cada ciudad de Kaol una esbelta torre, que guarda a los kaolianos día y noche contra la secreta aproximación de una flota hostil. A una de éstas, el hekkador de los Sagrados Therns no encontró dificultad en acercarse y por su medio bajaron a tierra sin novedad.

Al aproximarnos Woola y yo al fondo del declive, el terreno se hizo blando y pantanoso, de modo que fue con la mayor dificultad como pudimos proseguir nuestro camino.

Esbeltas hierbas moradas, cuyos extremos eran rojos y amarillos, crecían con fuerza a nuestro alrededor, a una altura de varios metros sobre mi cabeza.

Millares de enredaderas pendían en graciosos festones, de árbol a árbol, y entre ellas había muchas variedades del hombre-flor marciano, cuyos brotes tienen ojos y manos para ver y coger los insectos de que se alimentan.

También estaba muy a la vista el repulsivo árbol calot. Es una planta carnívora del tamaño de un matorral de salvia, como los que crecen en nuestras llanuras occidentales. Cada rama termina en unas fuertes quijadas que devoran a grandes y formidables fieras.

Tanto Woola como yo escapamos varias veces milagrosamente de aquellos glotones árboles monstruos.

De cuando en cuando, áreas de terreno firme nos proporcionaban intervalos de descanso en el árido trabajo de atravesar aquel vistoso pantano ensombrecido, y en una de ellas, finalmente, decidí acampar durante la noche, que mi cronómetro me avisó se acercaba.

A nuestro alrededor crecían numerosas variedades de frutas, y como los calots marcianos son omnívoros, Woola no encontró dificultad en hacer una buena comida después que le hube bajado las viandas. Después, habiendo comido yo también, me acosté con la espalda pegada al lomo de mi fiel perro y me dormí profundamente.

El bosque estaba sumido en oscuridad impenetrable, cuando un gruñido de Woola me despertó.

A nuestro alrededor podía oír pisadas furtivas y, de cuando en cuando, el centelleo de malévolos ojos verdes que nos miraban. Levantándome, desenvainé la espada y esperé.

De repente, un horrendo y profundo rugido salió de alguna salvaje garganta casi a mi lado. ¡Qué tonto había sido al no buscar un refugio más seguro, para Woola y para mí, entre las ramas de uno de los innumerables árboles que en aquella espesura nos rodeaban!

De día hubiese sido relativamente fácil haber subido a Woola de un modo u otro; pero ahora era demasiado tarde. No se podía hacer más que defender nuestro terreno y pasar el mal trago, aunque, por la horrenda barahúnda que llegaba a nuestros oídos y para la cual parecía haber sido la señal el rugido primero, juzgué que debíamos hallarnos en medio de cientos, quizá miles, de las fieras bestias caníbales de la selva kaoliana.

Durante toda la noche sostuvieron un infernal alboroto; pero no pude averiguar por qué no nos atacaban, ni aun ahora lo sé de seguro, a no ser que ninguno de ellos se atreviera a pisar los trozos de césped rojo que salpicaban el pantano.

Cuando amaneció estaban aún allí, andando a nuestro alrededor, pero siempre del otro lado del césped.

Con dificultad podría imaginarse una reunión más terrorífica de monstruos fieros y sanguinarios.

Solos y por parejas empezaron a internarse en la selva poco después de salir el sol, y cuando desapareció el último, Woola y yo reanudamos nuestra marcha.

De cuando en cuando, durante el día, veíamos horribles fieras; pero, afortunadamente, no nos alejamos nunca de una isla de césped, y cuando nos veían, su persecución terminaba siempre en el borde de la tierra firme.

Hacia mediodía dimos con un buen camino que iba en la dirección que recorriamos. Todo en aquel camino denotaba el trabajo de hábiles ingenieros, y confiaba, tanto por la antigüedad que denotaba como por las señales evidentes de seguir siendo transitado diariamente, que a buen seguro debía de conducir a una de las principales ciudades de Kaol.

Al entrar en él por un lado, un monstruo inmenso salió por el otro de la selva y, al vernos, atacó con furia en nuestra dirección.

Imaginaos, si podéis, un tábano de la Tierra, del tamaño de un toro de Hereford, bien desarrollado, y tendréis una ligera idea del feroz y horrendo aspecto del monstruo alado que cargó sobre mí.

Terribles quijadas delante y poderoso y envenenado aguijón detrás hacían que mi relativamente mezquina espada pareciese una lamentable arma de defensa. Tampoco

podía esperar escapar a sus movimientos, rápidos como el relámpago, ni esconderme de aquella mirada, cuyos ojos, que cubrían las tres cuartas partes de su horrenda cabeza, le permitían ver al mismo tiempo en todas direcciones.

Hasta mi poderoso y feroz Woola resultaba tan indefenso como un patito recién nacido ante aquel ser terrible y feroz. Pero era inútil huir, aun cuando hubiera sido aficionado a ello; así, pues, guardé mi terreno, con Woola, gruñendo a mi lado, siendo mi única esperanza morir, como siempre había vivido, peleando. La fiera estaba ya sobre nosotros, y en aquel instante me pareció entrever una ligera esperanza de victoria. Si pudiese evitar la terrible amenaza de muerte cierta, escondida en los sacos de veneno que alimentaban el aguijón, la lucha sería menos desigual.

Al pensarlo, llamé a Woola para que saltase sobre la cabeza del animal, y mientras sus poderosas fauces se cerraban sobre la diabólica cabeza y sus brillantes colmillos se enterraban en el hueso y cartílago de la parte inferior de uno de los enormes ojos de la fiera, me metí debajo del inmenso cuerpo, al levantarse éste arrastrando a Woola del suelo, para poder sacar el aguijón y atravesar con él lo que pendía de su cabeza.

Ponerme en el camino de aquella lanza cargada de veneno era correr a una muerte cierta; pero no podía hacer otra cosa, y mientras la fiera se precipitaba con la velocidad del relámpago hacia mí, con mi larga espada di un terrible tajo que separó el mortífero miembro del horrendo cuerpo.

Después, cual si fuese un mazo, una de las poderosas patas traseras me dio de lleno en el pecho y me envió rodando, medio atontado y sin aliento, a través del camino y debajo de los matorrales que lo bordeaban.

Afortunadamente pasé entre los huecos de los árboles, pues si hubiese dado contra uno de ellos hubiese sido malherido, si no muerto: tan rápidamente había sido impulsado por aquella enorme pata trasera.

Deslumbrado como estaba, me puse en pie y volví en auxilio de Woola para encontrar a su salvaje antagonista dando vueltas a diez metros del suelo, pegando desesperantemente al calot, que se agarraba a él con sus seis poderosas patas. Aun durante mi repentino vuelo por el aire no había soltado la espada, y ahora me precipité debajo de los dos monstruos luchadores, hiriendo repetidas veces a aquel horror con su afilada punta.

El monstruo podía fácilmente haberse puesto fuera de mi alcance; pero evidentemente sabía tan poco de retiradas ante el peligro como Woola y yo, porque cayó rápidamente sobre mí, y antes de que pudiese escapar me agarró el hombro con sus poderosas fauces.

Una y otra vez, el ahora inútil tronco de su gigante aguijón dio fútilmente contra mi cuerpo; pero los golpes solos eran de tanto efecto como las coces de un caballo; así es que, al decir fútilmente, sólo me refiero a la función natural del inutilizado

miembro; eventualmente podía haberme pulverizado.

No le quedaba mucho que hacer para lograrlo, cuando ocurrió algo que terminó para siempre sus hostilidades.

Desde donde yo colgaba, unos metros sobre el camino, podía ver unos cientos de metros de la carretera de Kaol hasta donde se volvía hacia el Este y, justamente cuando había perdido toda esperanza de escapar de la peligrosa situación en que me encontraba, vi aparecer a un guerrero rojo por el recodo.

Montaba un espléndido thout, uno de las especies más pequeñas usadas por los hombres rojos, y llevaba en la mano una lanza ligera extraordinariamente larga.

Su cabalgadura marchaba lentamente cuando le distinguí; pero en el momento en que el hombre rojo nos vio, una palabra a su thout hizo cargar a éste rápidamente sobre nosotros. El guerrero, con su larga lanza se precipitó sobre la fiera, y mientras su thout y su jinete se arrojaban debajo, la punta de la lanza atravesó el cuerpo de nuestro antagonista.

Con un estremecimiento convulsivo, el monstruo se endureció; las fauces se aflojaron, soltándose, y después, estremeciéndose en el aire, la fiera cayó de cabeza en el camino, sobre Woola, que aún seguía agarrándose tenazmente a su ensangrentada cabeza.

Cuando logré ponerme en pie, el hombre rojo se había vuelto y se hallaba a nuestro lado. Woola, viendo a su enemigo inerte y sin vida, soltó su presa cuando se lo ordené, y se escurrió debajo del cuerpo que le cubría, y los dos hicimos frente al guerrero, que nos contemplaba.

Empecé a darle las gracias; pero me interrumpió perentoriamente, diciendo:

—¿Quién sois para atreveos a penetrar en la tierra de Kaol y cazar en el bosque real del jeddak?

Después, al observar mi piel blanca, a través de la mugre y sangre que me cubría, sus ojos se abrieron de par en par, y en tono alterado me preguntó:

—¿Es posible que seáis un sagrado Thern?

Podía haberle engañado durante algún tiempo, como había engañado a otros; pero habiendo tirado la peluca amarilla y la diadema sagrada en la presencia de Matai Shang sabía que no tardaría mucho mi nuevo amigo en descubrir que no era ningún thern.

—No soy thern —reliqué, y después, echando toda precaución a los vientos, añadí—: Soy John Carter, príncipe de Helium, cuyo nombre puede que no os sea desconocido.

Si sus ojos se habían abierto cuando me tomó por un sagrado Thern, ahora, que sabía quién era, materialmente se le salían de la cara. Agarré mi larga espada con más firmeza, mientras pronunciaba las palabras que sabía habían de precipitar el ataque; pero, con gran sorpresa mía, no precipitaron nada.

—¡John Carter, príncipe de Helium! —repitió lentamente. Como si no pudiese darse cuenta de la verdad que encerraban aquellas palabras—. ¡John Carter, el más poderoso guerrero de Barsoom!

Y después, echando pie a tierra, puso la mano sobre mi hombro, según se acostumbra al hacer el saludo más amistoso de Marte.

—Es mi deber y debiera ser mi gusto mataros, John Carter; pero siempre, en lo más profundo de mi corazón, he admirado vuestras proezas y he creído en vuestra buena fe, mientras he dudado y desconfiado de los therns y su religión. Para mí significaría la muerte instantánea si mi herejía se sospechase en la Corte de Kulan Tith; pero, si puedo servirlos, príncipe, no tenéis más que mandar a Torkar Bar, dwar del camino de Kaol.

La verdad y la honradez resplandecían en el noble rostro del guerrero, de modo que no podía menos que confiar en él, aun cuando debiera ser mi enemigo. Su título de capitán del camino de Kaol me explicaba su oportuna aparición en el seno de la profunda selva, porque todos los caminos de Barsoom están recorridos por patrullas de nobles guerreros, ni hay servicio más honroso que aquél, tan peligroso y solitario, que se realiza por las menos frecuentadas secciones de los dominios de los hombres rojos de Barsoom.

—Torkar Bar ha colocado ya sobre mis hombros una gran deuda de gratitud —repliqué, señalando el cuerpo del animal monstruoso, de cuyo corazón estaba sacando su larga lanza.

El hombre rojo sonrió.

—Fue una suerte que llegase tan a tiempo —dijo—. Sólo esta lanza envenenada, atravesando el corazón mismo de un sith; puede rematarlo con la rapidez suficiente para salvar su presa. En esta sección de Kaol todos vamos armados con una larga lanza para siths, cuya punta está impregnada con su veneno, pues ningún otro virus obra tan rápidamente sobre la fiera como el suyo propio.

—Mirad —continuó, sacando su puñal y haciendo una incisión en el cuerpo a un pie sobre el tronco del aguijón, del cual después sacó dos sacos, cada uno de los cuales contenía gran cantidad del mortífero líquido—. De este modo mantenemos nuestro depósito, aunque si no fuese por ciertos usos comerciales, a los cuales se destina el virus, sería apenas necesario aumentar nuestra provisión, puesto que los siths están casi por completo exterminados. Sólo de cuando en cuando damos con alguno. Antiguamente, sin embargo, Kaol estaba lleno de los terribles monstruos, que a menudo aparecían en rebaños de veinte o treinta, precipitándose en nuestras ciudades y llevándose mujeres, niños y hasta guerreros.

Mientras hablaba, había estado yo meditando cuándo podría prudentemente comunicarle la misión que a aquella tierra me traía; pero sus siguientes palabras impidieron que yo hiciese alusión al asunto y diese interiormente gracias de no haber

hablado demasiado pronto.

—Y en cuanto a ti, John Carter —dijo—, no te preguntaré lo que te trae aquí ni deseo saberlo. Tengo ojos, oídos y una inteligencia corriente, y ayer por la mañana vi una partida que llegó del Norte a la ciudad de Kaol en un pequeño aparato. Pero una cosa te pido, y es la palabra de honor de John Carter de que no intentará nada contra la nación de Kaol ni su gobernante.

—Te doy mi palabra respecto a ello, Torkar Bar —repliqué.

—Me dirijo por el camino de Kaol, alejándome de la ciudad —prosiguió—. No he visto a nadie, y menos aún a John Carter. Tampoco tú has visto a Torkar Bar ni oído nunca su nombre. ¿Comprendes?

—Perfectamente —repliqué. Puso de nuevo la mano sobre mi hombro.

—Este camino conduce directamente a Kaol —dijo—. Buena suerte —y saltando sobre su thoat emprendió el trote, sin volverse siquiera una vez a mirarme.

Fue al oscurecer cuando Woola y yo distinguimos, a través de la espesura del bosque, la gran muralla que rodea la ciudad de Kaol.

Habíamos recorrido todo el camino sin aventura ni contratiempo alguno, y aunque las pocas personas que habíamos encontrado habían mirado con extrañeza al colot, nadie había penetrado el pigmento rojo con el cual yo había ligeramente untado todo mi cuerpo.

Pero el atravesar la comarca que nos rodeaba y entrar en la guardada ciudad de Kulan Tith, jeddak de Kaol, eran cosas distintas. No hay hombre que entre en ninguna ciudad marciana sin dar toda clase de detalles y cuenta satisfactoria de sí mismo, ni me ilusionaba en la esperanza de que podría ni siquiera por un momento engañar a los oficiales de guardia, ante los cuales me llevarían en el momento en que me presentase en cualquiera de las puertas. Mi única esperanza era entrar en la ciudad protegido por las sombras de la noche, y una vez en ella, confiar en mi ingenio para ocultarme en algún barrio populoso, donde fuese menos probable que me detuviesen. Con esta idea presente, rodeé la gran muralla, quedándome dentro del borde del bosque, que está separado de la muralla, todo alrededor de la ciudad, para que ningún enemigo pueda utilizar los árboles como medio de penetrar en ella.

Varias veces intenté escalar la barrera en diferentes partes; pero ni aun mis músculos terrenos podían dominar aquel parapeto hábilmente construido. A una altura de treinta metros la muralla se combaba hacia afuera, y después, durante otros treinta, se elevaba perpendicularmente, volviendo a combarse otros quince metros, y así hasta el fin.

¡Y resbaladiza...! No lo sería más el cristal pulido. Finalmente, tuve que admitir que por fin había descubierto una fortificación barsoomiana que no podía penetrar. Descorazonado me retiré al bosque, junto a un ancho camino que conducía a la ciudad por el Este, y con Woola a mi lado me dormí profundamente.

CAPÍTULO VI



Un héroe en Kaol



Era ya de día cuando me despertó un movimiento cauteloso cerca de mí.

Al abrir los ojos vi que Woola también se movía y, sentándose, con todo el pelo erizado, miraba a través de los matorrales hacia el camino.

Al principio nada pude ver; pero después distinguí algo verde y suave que se deslizaba por entre la vegetación morada, amarilla y encarnada.

Haciendo señas a Woola para que permaneciese quieto donde se hallaba, me dirigí hacia afuera para investigar, y escondido tras el tronco de un gran árbol vi una larga fila de los odiosos guerreros verdes de los fondos de los mares muertos, ocultos en la espesa selva, junto al camino.

Hasta donde podía ver, la silenciosa fila de destrucción y muerte se extendía fuera de la ciudad de Kaol. Sólo existía una explicación. Los hombres verdes esperaban la salida de un cuerpo de ejército rojo por la puerta más próxima, y estaban emboscados para saltar sobre ellos.

No debía lealtad alguna al jeddak de Kaol; pero era de la misma raza de nobles hombres rojos que mi princesa y no podía presenciar tranquilamente el degüello de sus guerreros por los crueles demonios sin corazón de los lugares desolados de Barsoom.

Cautelosamente retrocedí hasta donde había dejado a Woola, y avisándole de que no hiciese ruido alguno, le hice seña de que me siguiese. Dando un gran rodeo, para evitar caer en manos de los hombres verdes, pude llegar, por fin, a la gran muralla.

A unas cien yardas a mi derecha estaba la puerta por donde evidentemente esperaban que saliese la tropa; pero para llegar a ella tenía que pasar el flanco de los guerreros verdes, cerca de su alcance, y temiendo que mi plan de avisar a los kaolianos pudiera de este modo ser impedido decidí apresurarme a llegar a otra puerta, distante un kilómetro, que me daría entrada en la ciudad.

Sabía que mi misión me proporcionaría un magnífico pasaporte para Kaol, y debo confesar que mi aviso obedecía más a mi ardiente deseo de entrar en la ciudad que al de evitar un combate con los hombres verdes. Por mucho que me guste luchar, no puedo siempre darme ese gusto, y en aquel momento tenía cosas de más importancia pendientes que derramar la sangre de guerreros extraños.

Si lograra encontrarme dentro de la muralla de la ciudad, podría ofrecérseme la

oportunidad, con la confusión y emoción que seguramente seguirían a mi anuncio, de penetrar en el palacio del jeddak, donde seguramente estarían hospedados Matai Shang y sus acompañantes.

Pero apenas había dado cien pasos en la dirección de la puerta más alejada, cuando el rumor de las tropas en marcha, el ruido de armas y los relinchos de los thoats, dentro de la ciudad, me dieron a entender que los kaolianos se dirigían ya a la otra salida.

No había tiempo que perder. Un momento más y la puerta se abriría, saliendo la cabeza de la columna al camino, donde le esperaba la muerte.

Volviendo a la maldita puerta, corrí rápidamente a lo largo del borde de la muralla, dando los grandes saltos que al principio me hicieron famoso en Barsoom. Saltos de treinta, cincuenta, cien metros, no son nada para los músculos de un hombre de la Tierra en Marte.

Al pasar cerca de los hombres verdes, éstos me vieron y, en un instante, sabiendo que su secreto estaba descubierto, los que se hallaban más cerca de mí se pusieron en pie de un salto, esforzándose por evitar que llegase a la puerta.

Al mismo instante, ésta se abrió de par en par, dando paso a la cabeza de la columna kaoliana. Una docena de guerreros verdes habían logrado interponerse entre la puerta y yo, pero no tenían la menor idea de quién era aquel a quien intentaban detener.

No amainé mi paso en lo más mínimo al precipitarme entre ellos, y según caían ante mi espada acudían a mi mente los agradables recuerdos de aquellas otras luchas, en que Tars Tarkas, jeddak de Thark, el más poderoso de los hombres verdes, me había animado en los largos y ardorosos días marcianos, cuando juntos segábamos a nuestros enemigos hasta hacer que el montón de sus cadáveres se elevase por encima de la cabeza de un hombre de extraordinaria estatura.

Cuando entre varios guerreros me acosaron estrechamente, allí delante de la tallada puerta de Kaol, salté por encima de sus cabezas y, a semejanza de los horrendos hombres planta del Dor, golpeé en las cabezas de mis enemigos al pasar sobre ellas.

Desde la ciudad, los guerreros rojos se precipitaban sobre nosotros, y desde la selva, la horda salvaje de los hombres verdes salía a su encuentro. En un momento me hallé en el centro de la más fiera y sangrienta batalla en que hubiera nunca tomado parte.

Aquellos kaolianos eran de los más nobles luchadores; aunque no son los guerreros verdes del Ecuador un átomo menos marciales en el combate que sus fríos y crueles primos de la zona templada. Muchas veces hubo ocasión para que cualquiera de los dos bandos pudiera retirarse sin deshonor, terminando de este modo las hostilidades; pero por el loco ímpetu con el que invariablemente cada lado

renovaba las hostilidades, pronto comprendí que lo que únicamente debía ser una ligera escaramuza terminaría sólo con el completo exterminio de uno u otro bando guerrero.

Despertada en mí la alegría de la lucha, disfruté mucho con la batalla, y que mi modo de combatir fue notado por los kaolianos lo demostraron los vítores que a menudo me dirigieron.

Si a veces parezco enorgullecerme demasiado de mi habilidad guerrera, hay que recordar que el guerrear es mi vocación. Si vuestra vocación fuese de zapatero o pintor y pudieseis ejercitar una u otra mejor que vuestros camaradas, tontos seríais si no os enorgullecieseis de vuestra habilidad. Así, pues, me siento muy orgulloso de que sobre los dos planetas no haya existido nunca mejor guerrero que John Carter, príncipe de Helium.

Y aquel día me excedí para convencer a los naturales de Kaol de que deseaba ganar sus corazones y abrirme paso en su ciudad. No había de quedar frustrado mi deseo.

Peleamos todo el día, hasta que el camino quedó rojo de sangre y sembrado de cadáveres.

Avanzaba y retrocedía la marea de la batalla, por el resbaladizo camino; pero ni una sola vez estuvo realmente la puerta de Kaol en peligro.

Hubo intervalos de descanso en los cuales pude conversar con los hombres rojos que me rodeaban, y en uno de ellos, el mismo jeddak, Kulan Tith, puso su mano sobre mi hombro y me preguntó cómo me llamaba.

—Soy Dotar Sojat —repliqué, recordando un nombre que hacía años me habían llamado los tharks, tomado, según acostumbran, de los dos primeros guerreros suyos que había yo matado.

—Eres un gran guerrero, Dotar Sojat —replicó—, y cuando termine el día te hablaré de nuevo en la gran sala de audiencia.

Y después la batalla siguió de nuevo, separándonos; pero había logrado el deseo de mi corazón, y con renovado vigor y alegría esgrimí mi espada hasta que el último de los hombres verdes quedó satisfecho y se retiró hacia su distante fondo de mar.

Hasta que terminó la batalla no me enteré del motivo por el cual el ejército de hombres rojos salía ese día. Al parecer, Kulan Tith esperaba la visita de un poderoso jeddak del Norte, poderoso y único aliado de los kaolianos, y deseaba ir a recibirlo a un día de camino de Kaol.

Pero ahora la salida para recibir al huésped quedó retrasada hasta la siguiente mañana, en que las tropas salieron de nuevo de Kaol. No me habían llevado a presencia de Kulan Tith después de la batalla; pero había enviado a un oficial para que me llevase a habitaciones cómodas en la parte del palacio destinada a los oficiales de la guardia real. Allí, con Woola, había pasado una buena noche y me

había levantado muy descansado después de los arduos trabajos de los pasados días. Woola había combatido conmigo durante toda la batalla del día anterior, fiel a los instintos y entrenamientos de un perro de guerra marciano, gran número de los cuales se encontraban con las hordas salvajes en el fondo de los mares muertos.

Ninguno de los dos habíamos salido ilesos del combate; pero las maravillosas plantas curativas de Barsoom bastaron para ponerme como nuevo en una sola noche.

Almorcé con varios oficiales kaolianos que encontré, tan corteses y encantadores como los nobles de Helium, renombrados por su excelente educación y finos modales. Apenas concluida la comida, llegó un mensajero de Kulan Tith, llamándome a su presencia.

Al presentarme ante él, el jeddak se levantó y, bajándose del estrado que sostenía su magnífico trono, se adelantó a recibirme; marca de distinción que no suele concederse más que a los gobernantes.

—¡Kaor, Dotar Sojat! Te he llamado para transmitirte el agradecimiento del pueblo de Kaol, porque de no ser por tu heroico valor al desafiar al Destino para avisarnos de la emboscada, seguramente hubiésemos caído en la bien preparada trampa. Háblame de ti mismo; de qué país has venido y qué misión te trae a la Corte de Kulan Tith.

—Soy de Hastor —dije, porque realmente tenía un pequeño palacio en aquella ciudad del Sur, que pertenece a los lejanos dominios de la nación heliumética—. Mi presencia en la tierra de Kaol es debida, en parte, a un accidente, habiendo sido destrozado mi aparato sobre el lindero sur de vuestro gran bosque. Fue al buscar la entrada de la ciudad de Kaol cuando descubrí la horda verde que acechaba vuestras tropas.

Si Kulan Tith no se explicaba qué asunto podía traerme en una aeronave hasta el límite de sus dominios fue lo bastante bondadoso para no insistir más en pedirme explicaciones, que ciertamente me hubiese sido difícil dar.

Durante mi audiencia con el jeddak, otras personas habían entrado en la cámara, de modo que no las vi hasta que Kulan Tith pasó, delante de mí, para saludarlas, ordenándome que le siguiese, a fin de presentarme.

Al volverme hacia ellos tuve que esforzarme en dominar la expresión de mi rostro, porque allí, escuchando los elogios de Kulan Tith, estaban mis enemigos: Thurid y Matai Shang.

—Sagrado hekkador de los Sagrados Therns —decía el jeddak—, derrama tus bendiciones sobre Dotar Sojat, el valeroso extranjero del distante Hastor, cuyo maravilloso heroísmo y maravillosa ferocidad logró ayer la victoria para Kaol.

Matai Shang se adelantó y puso su mano sobre mi hombro. Su rostro no expresó la menor indicación de que me reconociese; mi disfraz era evidentemente completo.

Me habló con bondad, y después me presentó a Thurid. El negro, también, por lo

visto, quedó completamente engañado. Después, Kulan Tith los obsequió, para mi gran diversión, con detalles de mis proezas sobre el campo de batalla.

Lo que más parecía haberle impresionado era mi extraordinaria agilidad. Describió el modo maravilloso en que había saltado por encima de un enemigo, abriéndole el cráneo con mi espada al pasarle por la cabeza.

Me pareció que los ojos de Thurid se abrían un tanto durante la narración, y varias veces le sorprendí mirándome fijamente a través de sus párpados entreabiertos. ¿Empezaba a sospechar? Y cuando Kulan Tith habló del calot salvaje que luchaba a mi lado vi relucir la sospecha en los ojos de Matai Shang. ¿O acaso es que lo imaginé?

Al terminar la audiencia, Kulan Tith anunció que deseaba que le acompañase en el trayecto para recibir a su regio huésped, y al despedirme para salir acompañado por un oficial que debía proveerme de un uniforme adecuado y una montura, tanto Matai Shang como Thurid parecían sinceros al profesar el placer que habían sentido de conocerme. Dando un suspiro de satisfacción, salí de la cámara, convencido de que sólo mi conciencia intranquila me había hecho creer que mis enemigos sospechaban mi identidad.

Media hora después salí por la puerta de la ciudad, con la columna que acompañaba a Kulan Tith, por el camino donde debía éste encontrar a su amigo y aliado. Aunque mis ojos y oídos habían estado muy alerta durante la audiencia con el jeddak y mis varios paseos por palacio, no había visto ni oído nada de Dejah Thoris ni Thuvia de Ptarth. Estaba seguro de que debían estar en alguna parte del irregular edificio; y mucho hubiera dado por encontrar un medio de quedarme en él durante la ausencia de Kulan Tith para poderlas buscar.

Hacia el mediodía entramos en contacto con la cabeza de la columna a cuyo encuentro íbamos.

Era un espléndido séquito el que acompañaba al jeddak, y se extendía durante millas a lo largo del blanco camino, hacia Kaol. Jinetes cuyos correajes de cuero, incrustados de piedras y metales preciosos, relucían al sol, formaban la vanguardia del cuerpo de ejército, y después venían millares de vistosas carrozas, tiradas por inmensos zitidars. Aquellos bajos y cómodos vagones iban de dos en fondo, y a cada lado de ellos marchaban largas filas de guerreros sobre thoats, porque en las carrozas iban las mujeres y niños de la Casa Real. Sobre cada zitidar monstruoso iba montado un joven marciano, y toda la escena me remontaba a mis primeros días de Barsoom, hacía veintidós años, cuando por primera vez había presenciado el vistoso espectáculo de una caravana de la horda verde de los tharks.

Nunca, hasta aquel día, había visto zitidars al servicio de los hombres rojos. Aquellos brutos son enormes mastodontes, de una alzada inmensa, aun al lado de los hombres verdes gigantes y sus gigantescas monturas; pero cuando los comparaba a

los relativamente pequeños hombres rojos y su cría de thoats, asumían proporciones colosales, que resultan verdaderamente asombrosas.

Las bestias llevaban arneses cubiertos de joyas y mantas de silla de alegres sedas, fantásticos dibujos bordados con diamantes, perlas, rubíes, esmeraldas y las innumerables piedras preciosas de Marte, mientras que de cada carroza salían docenas de estandartes, de los cuales pendían flámulas, banderas y pendones que flotaban con la brisa.

Delante de las carrozas iba el jeddak solo, montado en un thout blanco, cosa nunca vista en Barsoom y después venían interminables filas de lanceros montados, fusileros y guerreros. Era, en verdad, un espectáculo imponente. Excepto por el ruido de las armas, más el casual relincho de un irritado thout o el bajo y gutural de algún zítidar, el paso de la cabalgata era casi silencioso, porque ni el thout ni el zítidar tienen pezuñas, y las cinchas de las carrozas son de composición elástica, que no hace ruido alguno.

De cuando en cuando se oía la alegre risa de una mujer o la charla de los niños, porque los marcianos rojos son gente sociable, amiga de diversiones, en completa antítesis de la fría y mórbida raza de los hombres verdes. Las ceremonias y fórmulas relacionadas con el encuentro de los dos jeddaks duró una hora, y después nos volvimos, dirigiendo ya nuestros pasos hacia la ciudad de Kaol, a la que llegó la cabeza de la columna antes de anochecer, aunque debió de ser la madrugada, cuando la retaguardia traspasó la puerta.

Afortunadamente, me encontraba cerca de la cabeza de la columna, y después del gran banquete, al que asistí con los oficiales de la guardia real, me vi libre. Hubo tanta actividad y jaleo en todo el palacio durante toda la noche, con la constante llegada de los oficiales nobles del séquito del jeddak, que no me atreví a intentar un reconocimiento, y en cuanto pude me volví a mi habitación.

Al pasar por los corredores, entre la sala del banquete y las habitaciones que me habían destinado, tuve de repente la impresión de que me espían y, volviéndome rápidamente, descubrí una figura que se adentraba apresuradamente por una puerta abierta en el instante en que me volvía.

Aunque corrí al sitio en que la sombra había desaparecido, no pude encontrar rastro alguno; sin embargo, podía haber jurado que había visto un rostro blanco coronado de rubios cabellos.

El incidente proporcionó alimento suficiente a mi imaginación, puesto que, si no me había equivocado en mis conjeturas, Matai Shang y Thurid debían de sospechar mi identidad, y si eso fuese así, ni siquiera el servicio que había prestado a Kulan Tith podría salvarme de su fanatismo religioso.

Pero nunca las vagas conjeturas ni los inútiles temores del futuro pesaron bastante en mi mente para quitarme el descanso, y así pues, aquella noche me eché sobre las

sedas y pieles que cubrían mi lecho y me sumí en un tranquilo sueño.

Los calots no podían entrar en las habitaciones de palacio, y tuve que relegar a mi pobre Woola a las cuadras donde estaban los thoats reales. Tenía allí una habitación cómoda y hasta lujosa; pero mucho hubiera dado por tenerle a mi lado, y si hubiese estado, lo que ocurrió aquella noche no hubiera tenido lugar.

No habría dormido más de un cuarto de hora cuando me despertó de repente el pasar por mi frente algo frío y viscoso. Al instante me puse en pie, agarrando lo que tenía encima. Durante un segundo, mi mano tocó carne humana, y después, al precipitarme de cabeza para agarrar a mi visitante nocturno, se me enredó un pie en la cubierta de seda, y del lecho caí al suelo.

Cuando logré ponerme de nuevo en pie y encontrar la llave de la luz, mi visitante había desaparecido. Un cuidadoso reconocimiento del cuarto no me reveló nada que pudiese explicar, ni la identidad ni el asunto de la persona que de aquel modo secreto me había buscado en el silencio de la noche.

No podía creer que fuese su intención robarme, puesto que no se conocen ladrones en Barsoom.

El asesinato, sin embargo, es frecuente: pero tampoco éste podía haber sido el móvil de mi furtivo visitante, porque podía haberme matado fácilmente si hubiese querido.

Había casi desistido de averiguarlo, y estaba a punto de volver a dormirme, cuando una docena de guardias kaolianos entraron en mi habitación.

El oficial que los mandaba era uno de los amables comensales de la mañana; pero ahora su rostro no expresaba la menor simpatía.

—Kulam Tith os manda comparecer ante su presencia. ¡Venid!.

CAPÍTULO VII



Nuevos aliados



Rodeado por los guardias, recorrí los corredores del palacio de Kulan Tith, jeddak de Kaol, hasta la sala de audiencia, situada en el centro del sólido edificio.

Al entrar en la sala, brillantemente iluminada, llena de nobles de Kaol y oficiales del jeddak recién llegado, todos los ojos se volvieron hacia mí. Sobre el gran estrado, al extremo de la cámara, había tres tronos, en los que estaban sentados Kulan Tith y sus huéspedes, Matai Shang y el otro jeddak.

Y silenciosamente nos dirigimos por el centro de la habitación hasta el pie de los tronos, donde nos detuvimos.

—Manifiesta tu cargo —dijo Kulan Tith dirigiéndose a alguien que se hallaba entre los nobles que había a su derecha: y entonces Thurid, el negro dátor del Primer Nacido, se adelantó y me confrontó:

—Nobilísimo jeddak —dijo, dirigiéndose a Kulan Tith— desde el primer momento me infundió sospechas este extranjero en tu palacio. La descripción que habéis hecho de sus endiabladas hazañas venía bien con las del mayor enemigo de Barsoom. Pero para que no hubiese equivocación, envié un sacerdote de nuestro sagrado culto para hacer la prueba que descubriría su disfraz y revelaría la verdad. ¡He aquí el resultado! —y Thurid, con dedo rígido, señaló a mi cabeza.

Todos los ojos siguieron la dirección de aquel dedo acusador; yo solo parecía ignorar la señal fatal que circundaba mi frente.

El oficial que estaba a mi lado adivinó mi perplejidad, y mientras Kulan Tith fruncía amenazadoramente el ceño al mirarme, el noble sacó de su bolso un espejito, que colocó ante mí. Una sola mirada fue suficiente. De mi frente, la mano traidora del thern, a favor de las tinieblas de mi dormitorio, había limpiado una porción del pigmento rojo que me desfiguraba, dejando ver mi piel blanca, tostada por el sol.

Durante un momento Thurid calló: sospecho que para que fuese mayor el efecto dramático de su revelación. Después prosiguió:

—Aquí tienes, ¡oh Kulan Tith! al que ha profanado los templos de los dioses de Marte, al que ha violado las personas de los sagrados Therns y vuelto al mundo contra su antigua religión. Ante ti, en tu poder, jeddak de Kaol, defensor del Sagrario, está John Carter, príncipe de Helium.

Kulan Tith dirigió una mirada a Matai Shang como pidiendo que corroborase

aquellas acusaciones. El sagrado Thern movió afirmativamente la cabeza.

—Es, en efecto, el gran blasfemo —dijo—. Ahora mismo me ha seguido hasta el centro de tu palacio, Kulan Tith, con el solo objeto de asesinarme. Él...

—¡Miente! —exclamé—. Kulan Tith, escucha para que sepas la verdad. Escucha mientras te digo porqué John Carter ha seguido a Matai Shang hasta vuestro palacio. Escúchame lo mismo que a ellos, y después juzga si mis actos no están más de acuerdo con la caballeridad y el honor barsoomiano que los de aquellos beatos vengativos de fe espuria, de cuyos crueles lazos he libertado a vuestro planeta.

—¡Silencio! —rugió el jeddak, poniéndose en pie de un salto y agarrando el puño de su espada—. ¡Silencio, blasfemo! Kulan Tith no puede permitir que el aire de su cámara sea corrompido por las herejías que salen de tu inmunda garganta para juzgarle. Estás ya condenado. Sólo queda determinar cómo has de morir. Hasta el servicio que hiciste al ejército de Kaol no ha de servirte de nada; fue un vil subterfugio para lograr mi favor y acercarte a este sagrado hombre contra cuya vida atentabas. ¡A los pozos con él! —concluyó, dirigiéndose al oficial que me custodiaba.

¡Era una bonita situación, por cierto! ¿Qué esperanza podía ya quedarme teniendo toda una nación en contra? ¿Qué esperanza de perdón a manos del fanático Kulan Tith, y con consejeros tales como Matai Shang y Thurid? El negro se echó a reír maliciosamente en mis narices.

—No te escaparás esta vez, hombre de la Tierra —dijo burlescamente. Los guardias me cercaron. Una nube roja nubló mi vista. La sangre batalladora de mis antepasados ardía en mis venas. El ansia de la lucha con toda su loca fiereza se había apoderado de mí.

Dando un salto me coloqué junto a Thurid, y antes de que la endiablada sonrisa hubiese desaparecido de su hermoso rostro, le había dado de lleno en la boca con mi puño cerrado, y según descargaba el buen y antiguo golpe americano, el negro dador retrocedió unos pasos y cayó hecho un guiñapo a dos metros del trono de Kulan Tith, escupiendo sangre y huesos por su malherida boca.

Después, desenvainando la espada, me puse en guardia para hacer frente a una nación entera.

En un instante, los que me rodeaban cayeron sobre mí; pero antes de haber podido descargar el primer golpe, por encima del griterío de los guerreros, se elevó una poderosa voz, y una figura gigantesca saltó súbitamente del estrado, con espada desenvainada, y se plantó ante mis adversarios.

Era el jeddak, huésped de Kulan Tith.

—¡Deteneos! —exclamó—. Si estimas en algo mi amistad, Kulan Tith, y la antiquísima paz que ha existido entre nuestros pueblos, llama a tus guerreros, porque siempre, y fuere quien fuere con quien luche John Carter, estará a su lado, luchando hasta la muerte, Thuvan Dihn, jeddak de Ptarth.

Cesaron los gritos, y las puntas amenazadoras se bajaron, y millares de ojos se volvieron: primero, hacia Thuvan Dihn, sorprendidos, y después, hacia Kulan Tith, interrogadores. Al principio, el jeddak de Kaol palideció de rabia; pero antes de hablar se había dominado, de modo que su tono era tranquilo, como correspondía a una conversación sostenida entre dos jeddaks.

—Thuvan Dihn —dijo lentamente— debe de tener grandes motivos para renegar de este modo de los antiguos usos que inspiran la conducta de un huésped dentro del palacio de su amigo. Para no olvidarlo yo también prefiero callar hasta que el jeddak de Ptarth haya merecido mi aprobación por su modo de proceder, relatando las causas que le han movido a ello.

Veía claramente que el jeddak de Ptarth se sentía impulsado a tirarle a la cara a Kulan Tith su escudo: pero también se dominó y dijo con tranquilidad aparente:

—Nadie mejor que Thuvan Dihn conoce las leyes que dirigen los actos de los hombres en los dominios de sus vecinos; pero Thuvan Dihn debe acatamiento a una ley aún más alta: la ley de la gratitud. Y a ningún hombre de Barsoom debe mayor deuda de gratitud que a John Carter, príncipe de Helium. Hace años, Kulan Tith —continuó—, cuando me visitaste por última vez, te impresionaron las gracias y encantos de mi única hija, Thuvia. Viste cómo la adoraba, y más tarde supiste que, inspirada por un incomprensible capricho, había emprendido la última, larga y voluntariosa peregrinación sobre el frío seno del misterioso Iss, dejándome desolado. Hace algunos meses oí por primera vez hablar de la expedición que John Carter había dirigido contra Issus y los sagrados Therns. Débiles rumores de las atrocidades que habían sido cometidas por los Therns, con los que durante innumerables años habían flotado por el poderoso Iss, llegaron a mis oídos. Supe que millares de prisioneros habían sido libertados, pocos de los cuales se habían atrevido a volver a sus propios países, debido a la terrible sentencia de muerte que incluye a todos los que vuelven del valle del Dor. Durante algún tiempo no pude creer las herejías que me contaban, y rogaba que mi hija Thuvia hubiese muerto antes de que cometiese el sacrilegio de volver al mundo exterior. Pero después, el amor paternal recobró sus derechos y confesó que preferiría la condenación eterna a seguir separado de ella, si aún existía. Envié, pues, emisarios a Helium y a la Corte del Xodar, jeddak del Primer Nacido y al que ahora gobierna a aquellos de la nación de los therns que han renegado de su religión, y de todos y cada uno oí la misma relación de crueldades sin nombre y atrocidades cometidas por los sagrados therns con las pobres indefensas víctimas de su religión. Había entre ellos muchos que conocían o habían visto a mi hija, y por therns que habían estado cerca de Matai Shang supe las indignidades con que él personalmente la había cubierto, y me alegré, cuando vine aquí, de encontrarme con Matai Shang, porque lo hubiese buscado hasta dar con él aunque fuese durante toda la vida. Oí más también, y fue la bondadosa caballerosidad con que John Carter había

tratado a mi hija. Me contaron cómo había luchado por ella y la había salvado, y cómo había despreciado el escaparse de los salvajes warhoons del Sur, enviando a Thuvia hacia la libertad, montada en su propio thout y permaneciendo él a pie para hacer frente a los guerreros verdes. ¿Puede extrañarte, Kulan Tith, que esté dispuesto a arriesgar mi vida, la paz de mi nación y hasta tu amistad, que aprecio más que nada, para defender al príncipe de Helium?

Durante un instante, Kulan Tith permaneció silencioso. Podía ver, por la expresión de su rostro, que se hallaba sumamente perplejo. Después dijo:

—Thuvan Dihn —y su entonación, aunque triste, era amistosa—, ¿quién soy yo para juzgar a mi prójimo? A mis ojos, el padre de los Therns es aún sagrado, y la religión que enseña, la única verdadera; pero si me encontrase frente al mismo problema que se te presenta, no dudo que pensaría y obraría lo mismo que tú. En cuanto al príncipe de Helium se refiere, puedo intervenir; pero entre tú y Matai Shang, mi única misión es la de conciliación. El príncipe de Helium será escoltado hasta la frontera antes de que se ponga el sol, quedando en libertad de dirigirse a donde le plazca; pero, bajo pena de muerte, no deberá entrar más en tierra de Kaol. Si has de reñir con el padre de los Therns, no necesito decirte que te ruego lo suspendas hasta que los dos hayáis salido de mis dominios. ¿Estás satisfecho, Thuvan Dihn?

El jeddak de Ptarth movió afirmativamente la cabeza; pero el feo ceño con que miró a Matai Shang auguraba mal para aquella cara de torta.

—El príncipe de Helium está lejos de estar satisfecho —exclamé, interrumpiendo bruscamente los preliminares de paz— al precio señalado. He escapado a la muerte más de doce veces por seguir a Matai Shang y alcanzarle, y no pienso ser conducido como un thout decrepito al matadero desde la meta que he alcanzado con mis proezas y el poder de mis músculos. Ni tampoco quedará satisfecho Thuvan Dihn, jeddak de Ptarth, cuando me haya escuchado hasta el final. ¿Sabéis por qué he seguido a Matai Shang y Thurid, el negro dátor, desde los bosques del valle del Dor, cruzando medio mundo y venciendo dificultades insuperables? ¿Creéis que John Carter, príncipe de Helium, había de rebajarse hasta el asesinato? ¿Puede ser tan necio Kulan Tith que crea las mentiras que le dicen Matai Shang y el dátor Thurid? No persigo a Matai Shang para matarle, aunque el Dios de mi planeta es testigo de que mis manos ansían ahogarle. Le sigo, Thuvan Dihn, porque con él van dos prisioneras: mi esposa, Dejah Thoris, princesa de Helium, y tu hija Thuvia de Ptarth. ¿Creéis ahora que he de permitir que me pongan en la frontera, a no ser que la madre de mi hijo me acompañe y tu hija te sea devuelta?

Thuvan Dihn se volvió a Kulan Tith. Sus ojos centelleaban de ira; pero por el poder de su fuerza de voluntad no se alteró.

—¿Sabías esto, Kulan Tith? —preguntó—. ¿Sabías que mi hija estaba prisionera en tu propio palacio?

—No podía saberlo —interrumpió Matai Shang, palideciendo, a mi parecer, más de miedo que de rabia—. No podía saberlo porque es una mentira.

Esta frase le hubiese costado la vida a no ser porque en el momento en que saltaba sobre él, Thuvan Dihn dejó caer pesadamente su mano sobre mi hombro.

—Aguarda —me dijo, y después, dirigiéndose a Kulan Tith, añadió—: No es mentira. Sé positivamente que el príncipe de Helium no miente. Contéstame, Kulan Tith; te he hecho una pregunta.

—Con el padre de los Therns vinieron tres mujeres —replicó Kulan Tith—: Phaidor, su hija, y dos que dicen son sus esclavas. Si éstas son Thuvia de Ptarth y Dejah Thoris de Helium, lo ignoro; no he visto, a ninguna de las dos. Pero, si son ellas, te las devolverán mañana.

Mientras hablaba miraba fijamente a Matai Shang, no como debiera mirar un devoto a un sagrado sacerdote, sino como un gobernante mira a uno de sus súbditos al darles una orden.

El padre de los Therns debió de ver tan claramente como yo que las recientes revelaciones de su verdadero carácter habían contribuido mucho a debilitar la fe de Kulan Tith, y que poco más bastaría para convertir al poderoso jeddak en un enemigo; pero tanta fuerza tienen las raíces de la superstición, que hasta el gran kaoliano titubeaba en cortar el hilo final que le ligaba a su antigua religión.

Matai Shang fue lo suficientemente prudente para aparentar obediencia al mandato de su superior, y prometió traer las dos esclavas a la sala de audiencia al día siguiente.

—Ya casi está amaneciendo —dijo— y no me gustaría interrumpir el sueño de mi hija; de lo contrario, mandaré ahora mismo a buscarlas para que vieseis que el príncipe de Helium está equivocado.

Y apoyó sobre la última palabra, esforzándose por ofenderme de un modo tan sutil que no pudiese darme por ofendido. Iba a oponerme a toda dilación y pedir que la princesa de Helium se me trajese enseguida, cuando Thuvan hizo tal insistencia innecesaria.

—Deseo ver a mi hija enseguida —dijo—; pero si Kulan Tith me asegura que no se permitirá a nadie salir de palacio esta noche y que no ocurrirá nada, ni a Dejah Thoris ni a Thuvia de Ptarth, desde este momento, hasta que las conduzcan a nuestra presencia a esta cámara, al amanecer, no insistiré en ello.

—Nadie saldrá de palacio esta noche —replicó el jeddak de Kaol—. Y Matai Shang, ¿nos dará palabra de que no ocurrirá mal alguno a las damas?

El thern movió la cabeza en señal afirmativa. Unos momentos después, Kulan Tith indicó que la audiencia había terminado, e invitado por Thuvan Dihn, acompañé al jeddak de Ptarth a sus habitaciones, donde estuvimos hasta el amanecer, relatándole mis aventuras sobre su planeta y todo lo que había ocurrido a su hija

durante todo el tiempo que habíamos estado reunidos.

Encontré al padre de Thuvia un hombre, según mi corazón, y aquella noche empezó una amistad que ha llegado a ser inferior tan sólo a la que me une con Tars Tarkas, el jeddak verde de Tark.

Con el primer destello de la repentina aurora marciana llegaron mensajeros de Kulan Tith, llamándonos a la sala de audiencia donde Thuvan Dihn debía recibir a su hija después de tantos años de separación, y yo debía reunirme con la gloriosa hija de Helium, después de una casi no interrumpida separación de doce años.

El corazón me latía con tal violencia, que miré azorado a mi alrededor, creyendo que los demás debían de percibir sus latidos. Mis brazos ansiaban estrechar de nuevo la divina forma de aquella cuya eterna juventud y belleza eran sólo las manifestaciones exteriores de un alma perfecta.

Por fin volvió el mensajero enviado a buscar a Matai Shang. Me empujé cuanto pude para distinguir a los que debían acompañarle, pero el mensajero volvía solo.

Deteniéndose ante el trono, se dirigió a su jeddak en voz que claramente se oía desde toda la sala.

—¡Oh Kulan Tith, el más poderoso de los jeddaks! —exclamó según costumbre en la Corte—. Vuestro mensajero vuelve solo, porque cuando llegó a las habitaciones del padre de los therns las encontró vacías, lo mismo que las que ocupaba su séquito.

Kulan Tith palideció.

Un grito ahogado salió de los labios de Thuvan Dihn, que estaba a mi lado, no habiendo subido al trono que le esperaba al lado de su amigo. Durante un momento un silencio de muerte reinó en la gran sala de audiencia de Kulan Tith, jeddak de Kaol. Fue éste el que rompió el encanto.

Levantándose de su trono se acercó a Thuvan Dihn. Las lágrimas oscurecían sus ojos mientras apoyaba las manos en los hombros de su amigo.

—¡Oh Thuvan Dihn —exclamó—, que haya ocurrido esto en el palacio de tu mejor amigo! Con mis propias manos hubiera ahogado a Matai Shang si hubiese adivinado los siniestros designios que albergaba en su pecho. Anoche quedó la fe de toda mi vida debilitada; esta mañana ha sido aniquilada, pero demasiado tarde, demasiado tarde. Para libertar a tu hija y a la esposa de este gran guerrero de las garras de esos archidemonios, tienes a tu disposición todos los recursos de una poderosa nación, porque Kaol entero está a tus órdenes. ¿Qué puede hacerse? ¡Dilo!

—Lo primero —indiqué yo— es averiguar quiénes son los responsables de la fuga de Matai Shang y sus acompañantes. Sin ayuda de dentro no ha sido posible. Buscad a los culpables y obligadles a que expliquen cómo se fueron y qué dirección tomaron.

Antes de que Kulan Tith pudiera dar las órdenes necesarias para ello, un joven y arrogante oficial se adelantó y, dirigiéndose al jeddak, dijo:

—¡Oh Kulan Tith, el más poderoso de los jeddaks! Yo solo soy responsable de este grave error. Anoche era yo el que mandaba la guardia de palacio. Estaba en mi puesto, fuera de la sala, durante la audiencia de la madrugada e ignoraba lo que en ella ocurrió; de modo que cuando el padre de los Therns me llamó para explicarme que deseabais que saliese cuanto antes con su séquito de la ciudad, a causa de la presencia de un enemigo mortal que atentaba contra la vida del sagrado hekkador, hice lo que durante toda mi vida me han enseñado como mi deber: obedecer a aquel que creía nos gobernaba a todos, más poderoso aún que vos, el más poderoso de los jeddaks. Yo solo soy culpable y, por tanto, sobre mí deben recaer las consecuencias y el castigo. Los demás de la guardia de palacio que asistieron en la huida lo hicieron por orden mía.

Kulan Tith me miró y luego miró a Thuvan Dihn como preguntándonos nuestra opinión sobre aquello; pero el error era evidentemente tan excusable, que ninguno de los dos quisimos que el joven oficial sufriese por una equivocación que cualquier otro hubiese tenido.

—¿Cómo se fueron —preguntó Thuvan Dihn— y qué dirección tomaron?

—Se fueron como vinieron —replicó el oficial—: en su aeronave. Durante algún tiempo, después de haberse marchado, estuve mirando las luces del aparato, que, por fin, desaparecieron hacia el Norte.

—¿En qué parte del Norte podrá Matai Shang encontrar asilo? —preguntó Thuvan Dihn a Kulan Tith.

Durante algún tiempo el jeddak de Kaol permaneció con la cabeza baja, al parecer sumido en profunda meditación. De repente, su rostro se iluminó y exclamó:

—¡Ya lo sé! Ayer mismo, Matai Shang dejó escapar una indicación de su destino, hablándome de una raza muy distinta a la nuestra, que habita en el Norte. Dijo que siempre habían conocido a los Sagrados Therns y eran fieles y devotos adeptos del antiguo culto. Entre ellos encontraría siempre un puerto de refugio donde no podría penetrar «ningún hereje mentiroso». Ahí es donde se ha dirigido Matai Shang.

—¿Y no habrá en Kaol ningún aparato para poder seguirle? —exclamé.

—Sólo en Ptarth —replicó Thuvan Dihn.

—Esperad —exclamé—. Detrás del lindero Sur de este gran bosque están los restos del aparato que me trajo aquí. Si me dejáis unos hombres para ir a buscarlo y operarios para ayudarme, lo podré arreglar en dos días, Kulan Tith.

Había sospechado mucho de la aparente sinceridad de la repentina apostasía del jeddak kaoliano; pero la viveza con la cual acogió mi indicación y la premura con que mandó ponerse a mis órdenes a varios oficiales, desvanecieron por completo todas mis dudas.

Dos días después el aparato descansaba sobre la torre vigía dispuesto a emprender el vuelo. Thuvan Dihn y Kulan Tith me habían ofrecido todos los recursos de dos

naciones...; millones de combatientes se hallaban a mí disposición; pero mi aparato no podía admitir más que a Woola y a mí.

Al entrar en él vi que Thuvan Dihn se colocaba a mi lado. Le dirigí una mirada de interrogativa sorpresa. Dirigiéndose a uno de sus más elevados oficiales que le había acompañado a Kaol, dijo:

—Te encomiendo la vuelta de mi séquito a Ptarth. Allí gobierna mi hijo sabiamente durante mi ausencia. El príncipe de Helium no irá solo al país de sus enemigos. He dicho. Adiós.

CAPÍTULO VIII



A través de las Cavernas de la Carroña

Día y noche nos dirigía nuestra brújula directamente hacia el Norte tras el otro aparato.

Al anoecer del segundo día notamos el aire mucho más frío, y dada la dirección del Ecuador, de la que veníamos, esto nos aseguraba que nos acercábamos rápidamente a las regiones árticas.

Mi conocimiento de los esfuerzos realizados por innumerables expediciones para explorar aquel territorio desconocido me hacía ir con precaución, pues nunca había vuelto ningún aparato de los que atravesaban una distancia considerable de la poderosa barrera de hielo que separa el borde sur de los helados territorios. Lo que fue de ellos nadie lo supo... Únicamente que habían pasado para siempre de la vista del hombre en aquella triste y misteriosa comarca del Polo.

La distancia de la barrera al Polo no era mayor de la que un rápido aparato podía recorrer en unas horas; por tanto, se daba por cierto que alguna terrible catástrofe esperaba a los que llegaban a la «tierra prohibida», como había llegado a ser llamada por los marcianos del mundo exterior.

Así, pues, aflojé la marcha al aproximarnos a la barrera, pues pensaba proceder con cautela por el hielo para descubrir, antes de caer en algún lazo, si realmente había un territorio habitado en el Polo Norte, porque sólo allí podía imaginar un sitio en que Matai Shang se creyese a salvo de John Carter, príncipe de Helium.

Volábamos muy lentamente, casi al nivel del suelo... materialmente palpando nuestro camino entre las tinieblas, porque las dos lunas se habían ocultado y la noche estaba oscurecida por las nubes, que sólo se encuentran en las dos extremidades de Marte.

De repente, un enorme muro blanco se levantó directamente en nuestro camino, y aunque eché el freno y giré nuestro vehículo, no pude evitar el choque.

Con un agonizante estrépito dimos en el gran obstáculo que aparecía ante nosotros.

El aparato vaciló, la máquina se detuvo y uno de los tanques recién arreglados estalló, y nos precipitamos de cabeza al suelo a veinte metros de altura.

Afortunadamente, no nos hicimos daño, y cuando logramos salir de los restos del aparato la luna menor había salido de nuevo por debajo del horizonte, y pudimos ver

que nos encontrábamos al pie de una enorme barrera de hielo, de la cual salían grandes colinas de granito que le impedían seguir flotando hacia el Sur.

¡Qué mala suerte! Con el viaje casi terminado, quedarse en la parte exterior de aquella muralla de piedra y hielo imposible de escalar.

Miré a Thuvan Dihn, que se limitaba a mover desconsoladamente la cabeza.

El resto de la noche la pasamos estremeciéndonos de frío con nuestros poco adecuados trajes de seda y lana sobre la nieve que cubre el pie de la barrera de hielo.

Con la luz del día, mi espíritu recobró algo de su acostumbrado optimismo, aunque debo confesar que había bien poco que lo alimentase.

—¿Qué haremos?... —me preguntó Thuvan Dihn—. ¿Cómo atravesar lo que es infranqueable?

—Primero tenemos que probar que lo es —repliqué—. No admitiré que lo sea antes de haber recorrido el círculo entero y hallarme de nuevo derrotado en este sitio. Cuanto antes empecemos, mejor, porque no veo otro camino, y nos llevará más de un mes el recorrer los cansados y helados kilómetros que se extienden ante nosotros.

Durante cinco días de frío, sufrimientos y privaciones, recorrimos el rudo y helado camino que se extiende al pie de la barrera de hielo. Muchos animales cubiertos de pieles nos atacaban de día y de noche. Ni por un momento estuvimos a salvo del repentino ataque de algún demonio del Norte.

El apt era nuestro más fuerte y peligroso enemigo.

Es un animal enorme, de piel blanca; tiene seis miembros, cuatro de los cuales, cortos y pesados, le llevan rápidamente a través de la nieve y el hielo, mientras que los otros dos, que le salen del lomo a cada lado de su poderoso cuello, terminan en blancas manos sin piel, con las cuales coge y agarra su presa.

Su cabeza y boca son más parecidas a las del hipopótamo que a ningún otro animal de la Tierra, exceptuando que de los lados de las mandíbulas inferiores salen dos poderosos cuernos que se curvan ligeramente hacia la frente.

Sus dos enormes ojos me inspiraron gran curiosidad. Se extienden en dos grandes manchas ovaladas, desde el centro de la parte superior del cráneo, a cada lado de la cabeza, hasta más abajo de las raíces de los cuernos, de modo que estas defensas realmente salen de la parte inferior de los ojos, que están compuestos de varios miles de ocelos cada uno.

Esta estructura de ojo parecía notable en un animal cuyas guaridas se hallaban en un deslumbrador campo de hielo y nieve, y aunque al examinar cuidadosamente a varios que matamos vimos que cada ocelo tiene su propio párpado y que el animal puede cerrar cuantas facetas de sus enormes ojos quiera, sin embargo, yo estaba seguro de que la Naturaleza así le había provisto porque gran parte de su vida había de pasarse en oscuros y subterráneos recintos.

Poco después de esto encontramos el más enorme apt que hemos visto nunca. El

animal medía de alzada ocho metros largos, y estaba tan cuidado, limpio y brillante, que hubiese jurado que lo acababan de cepillar.

Nos miraba, al acercarnos, porque habíamos averiguado que era perder el tiempo intentar escapar a la furia que parece apoderarse de aquellos animales diabólicos, que vagan por el triste Norte, atacando a todo ser viviente que perciben con sus ojos de largo alcance.

Aunque no tengan hambre y no puedan comer más, matan solamente por el placer que sienten en quitar la vida; así es que cuando aquel ejemplar no nos atacó y, en vez de esto, dio media vuelta y empezó a trotar, al acercarnos a él, hubiese quedado sorprendido al no ver, como vi, un collar de oro alrededor de su cuello; también Thuvan Dihn lo vio, y para los dos fue esto un mensaje de esperanza. Sólo el hombre podía haber colocado el collar, y como ninguna raza de marcianos que conozcamos, ha intentado domesticar al feroz apt, debía de pertenecer a gente del Norte, cuya existencia ignorábamos, quizá los fabulosos hombres amarillos de Barsoom, aquella antiguamente poderosa raza que se suponía extinguida, aunque a veces los teóricos creían existía en el helado Norte.

Simultáneamente seguimos la pista del enorme animal. Hicimos prontamente comprender a Woola nuestro deseo, de modo que fue innecesario no perder de vista a la bestia, cuya rápida huida sobre la tosca tierra le hizo pronto desaparecer a nuestros ojos.

Durante más de dos horas, la pista corrió paralela a la barrera, y después, de repente, se volvió hacia ella a través del más áspero y, al parecer, impracticable camino que había visto nunca.

Enormes peñas de granito nos cerraban el paso por todas partes; profundas grietas en el hielo amenazaban tragarnos al menor paso dado en falso y una ligera brisa que soplaba del Norte nos traía un hedor insoportable que casi nos asfixiaba.

Tardamos dos horas más en atravesar unos cientos de metros del pie de la barrera.

Después, dando vueltas a lo que parecía un muro de granito, llegamos a un área plana de dos acres delante de la base del enorme montón de hielo y roca que nos había despistado durante dos días, y vimos ante nosotros la oscura y cavernosa boca de una cueva. Por la abertura repelente emanaba el terrible hedor, y Thuvan Dihn, al examinar el sitio, exclamó con profunda sorpresa:

—¡Por todos mis antecesores! ¡Que haya yo llegado a ser testigo de la realidad de las fabulosas Cavernas de la Carroña! Si, en efecto, son éstas, hemos hallado el camino para atravesar la barrera.

La antigua crónica de los primeros historiadores de Barsoom, tan antigua que durante siglos se ha tenido por mitológica, recuerda la huida de los hombres amarillos ante las devastaciones de las hordas verdes que invadieron a Barsoom, cuando, al secarse los grandes océanos, se vieron precisadas a salir de ellos las razas dominantes

de que los habitaban.

Relatan los restos de esta una vez poderosa raza, cómo vagaban, acosados a cada paso, hasta que, al fin, encontraron un camino a través de la barrera de hielo del Norte, que los condujo a un fértil valle del Polo. Ante la abertura del pasaje subterráneo, que conducía a su puerto de refugio, fue librada una gran batalla, de la que salieron victoriosos los hombres amarillos, y dentro de las cuevas que daban paso a su nueva patria amontonaron los cuerpos de los muertos de uno y otro bando para que el hedor hiciese desistir a sus enemigos de su persecución.

Y desde aquel lejano día los muertos de esta tierra fabulosa han sido llevados a las Cavernas de la Carroña para que, aunque en muerte y corrupción, puedan servir a los suyos y apartar a los invasores. Aquí también traen, según cuenta la fábula, todos los desperdicios de la nación, todo cuanto es corruptible y puede añadirse al hedor que ofende a nuestro olfato.

Y la muerte acecha a cada paso entre la podredumbre, porque aquí tienen sus guaridas los fieros apts, añadiendo a la acumulación de la podredumbre los restos de sus presas que no pueden acabar de devorar. Es un horrible camino que conduce a nuestro destino, pero no hay otro.

—¿Estás, pues, seguro de que hemos encontrado el camino que conduce a la tierra de los hombres amarillos? —exclamé.

—Tan seguro como puedo estarlo —replicó—, teniendo sólo como base de mi afirmación una antigua leyenda. Pero mira cómo hasta aquí cada detalle concuerda con la antiquísima historia de la hégira de la raza amarilla. Sí, estoy seguro de que hemos descubierto el camino de su antiguo escondite.

—Si es así, y pidamos que sea verdad —dije—, entonces podremos aquí resolver el misterio de la desaparición de Tardos Mors, jeddak de Helium, y Mors Kajak, su hijo, porque no ha quedado otro sitio por explorar en todo Barsoom por las muchas expediciones e innumerables espías que los han estado buscando cerca de dos años. La última noticia que de ellos tuvimos es que buscaban a Carthoris, mi valiente hijo, más allá de la barrera de hielo.

Mientras hablábamos nos habíamos ido acercando a la entrada de la cueva y, al cruzarla, dejé de sorprenderme de que los antiguos enemigos verdes de los hombres amarillos se hubiesen detenido ante los horrores de aquel espantoso camino.

Los huesos de los muertos estaban reunidos en grandes montones, en la primera cueva, y sobre toda ella había un puré pútrido de carne corrompida, a través del cual los apts habían trazado una hedionda pista que conducía a la entrada de la segunda cueva. El techo de la primera habitación era bajo, como todos los que atravesamos después, de modo que los malos olores estaban condensados y confinados hasta tal punto que parecían de una sustancia tangible. Se sentía uno casi tentado a desenvainar la espada y abrirse camino a través buscando aire puro.

—¿Puede un hombre respirar este aire pútrido sin morir? —preguntó Thuvan Dihn, ahogándose.

—Me figuro que no mucho tiempo —repliqué—. Así es que debemos apresurarnos. Yo iré delante, ven detrás, y que Woola vaya en medio. Ven.

Y, diciendo estas palabras, me precipité a través de la fétida masa de putrefacción.

Sólo después de haber atravesado siete cuevas de diferentes tamaños y variando poco el poder y calidad de sus hedores, encontramos oposición material. Después, dentro de la octava cueva, dimos con una guarida de apes. Más de veinte terribles fieras se hallaban en la cueva. Algunas dormían, mientras otras destrozaban presas recientes o combatían entre sí.

Allí, en la penumbra de su casa subterránea, se apreciaba la utilidad de sus grandes ojos, porque aquellas cuevas interiores están sumidas en sombra perpetua, que es poco menos que completas tinieblas.

El intentar pasar por en medio de aquel fiero rebaño, hasta a mí me parecía la mayor locura; así es que propuse a Thuvan Dihn que se volviese al mundo exterior con Woola, para que los dos pudiesen encontrar el camino que los condujese de nuevo a la civilización y volver con fuerzas suficientes para vencer, no sólo a los apes, sino cualquier otro obstáculo que pudiese hallarse entre nosotros y nuestro objeto.

—Mientras tanto —continué—, puede ser que descubra algún medio de penetrar en la tierra de los hombres amarillos; pero si no lo logro, sólo se habrá sacrificado una vida. Si todos pereciésemos, no podrá nadie conducir una partida de rescate a Dejah Thoris y tu hija.

—No me volveré dejándote aquí solo, John Carter —replicó Thuvan Dihn, y agregó—: A donde vayas, sea a la victoria o a la muerte, el jeddak de Ptarth irá contigo. He dicho.

Supe por su tono que era inútil tratar de convencerle; así es que transigí, mandando a Woola que se volviese. Con una nota, apresuradamente escrita, metida en una cajita de metal y colgada al cuello, ordené al fiel animal que buscase a Carthoris en Helium, y aunque medio mundo e innumerables peligros nos separaban, sabía que, si podía hacerse, Woola lo haría.

Armado como estaba por la Naturaleza con rapidez y resistencia maravillosas y con la terrible ferocidad que le hacían igual a cualquier enemigo que encontrase en el camino, su inteligencia perspicaz, su maravilloso instinto le facilitarían cuanto fuese necesario para lograr el éxito de su empresa.

Con evidente reluctancia, el gran animal se volvió para dejarme, obedeciendo mis órdenes, y antes de que se marchase no pude resistir el deseo de echarle los brazos al cuello en estrecho abrazo. Frotó su hocico contra mi mejilla con caricia final, y un momento después corría por las Cavernas de la Carroña, hacia el mundo exterior.

En mi carta a Carthoris le daba instrucciones explícitas para dar con las Cavernas de la Carroña, insistiendo en la necesidad de entrar en ellas sin intentar, por circunstancia alguna, atravesar la barrera con una flota. Le decía que no tenía la menor idea de lo que habría pasada la octava cueva; pero estaba seguro de que al otro lado de la barrera de hielo se hallaba su madre en poder de Matai Shang y, probablemente, su abuelo y su bisabuelo, si aún vivían.

Además, le aconsejaba que visitase a Kulan Tith y al hijo de Thuvan Dihn para que le proporcionasen guerreros y aparatos a fin de que la expedición fuese lo bastante fuerte para asegurar el éxito inmediato.

»Y —terminaba— si hay tiempo, tráete a Tars Tarkas, porque si vivo hasta que me encuentres, puedo imaginar pocos goces mayores que combatir de nuevo al lado de mi antiguo amigo.

Cuando Woola hubo marchado, Thuvan Dihn y yo, escondidos en la séptima cueva, discutimos y desechamos muchos planes para atravesar la octava cueva. Desde donde estábamos veíamos que disminuía la lucha entre los apt, y que muchos que habían estado comiendo estaban dormidos.

Poco después nos pareció que pronto todas las fieras estarían pacíficamente dormidas, y de aquel modo se nos presentaría una arriesgada oportunidad de atravesar la cueva.

Uno por uno, los animales fueron echándose sobre la hirviente podredumbre que cubría el montón de huesos del suelo de su guarida, hasta que sólo quedó despierto un apt. Aquel inmenso animal vagaba inquieto de un lado para otro, olfateando a sus compañeros y la repugnante basura de la cueva.

De cuando en cuando se detenía para mirar fijamente hacia una y otra salida. Todo su aspecto era del que hace de centinela.

Nos vimos por fin obligados a creer que no se dormiría mientras que los otros ocupantes de la guarida lo hiciesen; así, pues, nos pusimos a discurrir alguna treta con la finalidad de engañarle. Finalmente, indiqué un plan a Thuvan Dihn, que parecía tan bueno como otro cualquiera de los que habíamos discutido, y decidimos ponerlo a prueba. Y a este fin, Thuvan Dihn se colocó junto a la pared, al lado de la entrada de la cueva octava, mientras yo, deliberadamente, me mostré al apt guardián cuando miró hacia nuestro escondite. Después, de un salto, me coloqué en el lado opuesto a la entrada, pegándome a la pared.

Sin hacer el menor ruido, la fiera se dirigió rápidamente hacia la séptima cueva para ver al intruso que tan temerariamente, había penetrado en los recintos de su morada.

Mientras metía la cabeza a través de la estrecha abertura que unía las dos cuevas, a cada lado esperaba una larga espada, y antes de que pudiese emitir un solo rugido, su cabeza cayó a nuestros pies.

Dirigimos una rápida mirada a la cueva octava: no se había movido ni un solo apt. Gateando por encima del cuerpo de la inmensa fiera, que bloqueaba la entrada, Thuvan Dihn y yo, cautelosamente, entramos en la prohibida y peligrosa guarida.

Como caracoles retomamos nuestra silenciosa y peligrosa ruta, entre los inmensos cuerpos yacentes. El único sonido que dominaba el de nuestra respiración era el chapoteo de nuestros pies al levantarlos del pantano de carne corrompida a través de la cual nos deslizábamos.

A mitad de la cueva, una de las inmensas fieras que tenía delante se movió intranquila en el momento mismo en que mi pie se levantaba sobre su cabeza, por encima de la cual tenía yo que pasar.

Esperé reteniendo la respiración, balanceándome sobre un pie, porque no me atrevía a mover ni un músculo. Con la mano derecha empuñaba mi bien afilada espada, cuya punta apenas se apartaba una pulgada de la espesa piel bajo la cual latía el salvaje corazón de la fiera.

Finalmente, el apt se tranquilizó, suspirando como si terminase una pesadilla, y reanudó su respiración regular de sueño profundo. Coloqué el pie más allá de su cabeza, y un instante después había pasado sobre ella.

Thuvan Dihn me seguía, y poco tardamos en hallarnos en la otra puerta sin haber sido vistos ni oídos.

Las Cavernas de la Carroña consisten en una serie de veintisiete cámaras unidas entre sí, que parecen haber sido perforadas por una corriente de agua en lejanos tiempos, cuando un poderoso río halló su camino al Sur a través de aquella única brecha en la barrera de roca y hielo que limita las tierras del Polo.

Thuvan Dihn y yo atravesamos las restantes diecinueve cavernas sin aventura ni accidente alguno.

Después supimos que sólo un día al mes se encontraba a todos los apt reunidos en una sola cueva.

En los demás vagaban solos o en parejas por ellas, de modo que hubiese sido prácticamente imposible que dos hombres pudiesen atravesar las veintisiete cuevas sin encontrar, por lo menos, un apt en casi todas.

Una vez al mes duermen un día entero, y tuvimos la buena suerte de llegar casualmente en esta ocasión.

Al transponer la última cueva salimos a una desolada comarca de nieve y hielo, pero encontramos una pista clara que se dirigía al Norte. El camino estaba lleno de acantilados como el sur de la barrera, de modo que sólo podíamos ver a corta distancia.

Después de un par de horas pasamos un inmenso peñasco y llegamos a un declive muy pendiente que conducía a un valle.

En línea recta, ante nosotros, vimos a media docena de hombres fieros, individuos

con oscuras barbas y piel del color de un limón maduro.

—Los hombres amarillos de Barsoom —exclamó Thuvan Dihn, como si, aun ahora que los veía, apenas pudiese creer que la misma raza que esperábamos hallar escondida en aquella remota e inaccesible comarca existiese realmente.

Nos retiramos detrás de una roca para observarlos: estaban agrupados al pie de otro inmenso peñasco y nos volvían la espalda.

Uno de ellos se asomaba por el borde de la masa granítica, como si observase a alguien que viniese en dirección opuesta.

Poco después, el objeto de su escrutinio apareció a mis ojos y vi que era otro hombre amarillo. Todos iban vestidos con magníficas pieles; los seis con la piel rayada de negro y amarillo del orluk, y el que se acercaba solo estaba resplandeciente con la pura piel blanca de un apt.

Los hombres amarillos iban armados con dos espadas, y una corta jabalina les pendía de la espalda, mientras que de sus brazos izquierdos colgaban unos escudos que parecían dos tazas grandes, los lados cóncavos de los cuales estaban hacia fuera: hacia el antagonista. Parecían mezquinos y fútiles suplementos de seguridad contra un espadachín cualquiera; pero más tarde había yo de ver cuál era su objeto y con qué maravillosa destreza los hombres amarillos los manejan.

Una de las espadas, que cada uno de los guerreros llevaba, me llamó inmediatamente la atención. La llamo una espada, pero en realidad, era una hoja afilada con un gancho en el extremo. La otra espada era aproximadamente del mismo largo que la mía. Era recta y de dos filos. Además de estas dos armas, cada hombre llevaba en su correa un puñal.

Al acercarse el de las pieles blancas, los seis empuñaron sus espadas con más firmeza: el arma con el gancho en la mano izquierda, la espada recta en la derecha, mientras que sobre la muñeca izquierda el pequeño escudo se sostenía rígido sobre un brazalete de metal.

Al llegar el solitario guerrero frente a los otros seis, éstos se precipitaron sobre él dando gritos endemoniados, que se parecían mucho al salvaje grito guerrero de los bandidos del Sudoeste.

Instantáneamente el atacado desenvainó sus dos espadas, y al caer sobre él los seis, fui testigo de la lucha más bonita que puede verse.

Con sus agudos ganchos, los combatientes intentaron apoderarse del adversario; pero tan rápido como el relámpago, el escudo, en forma de taza, saltaba ante el arma y el gancho se hundía en su hueco.

Una vez, el guerrero solitario sorprendió a un enemigo por el lado del gancho y, atrayéndole hacia sí, le hundió la espada en el pecho.

Pero la lucha era demasiado desigual, y aunque el que combatía solo era con mucho el mejor y más valiente de todos ellos, comprendí que sólo era cuestión de

tiempo el que los otros cinco encontrasen una abertura a través de su maravillosa defensa y diesen con él en tierra.

Ahora bien: mis simpatías han estado siempre con el más débil, y aunque nada sabía de la causa del conflicto, no podía permanecer ocioso y ver a un valiente arrollado por un número superior. Doy por descontado que no me molesté mucho en buscar un pretexto, porque me gusta demasiado un buen combate para necesitar ninguna otra razón para tomar parte en cuantos se presenten. Así, pues, antes de que Thuvan Dihn pudiese darse cuenta de lo que yo hacía, me vio al lado del hombre amarillo vestido de blanco luchando como un loco con sus cinco adversarios.

CAPÍTULO IX



Con los hombres amarillos



Thuvan Dihn no tardó en unirse a mí y, aunque encontramos que las armas con ganchos eran cosa extraña y salvaje, entre nosotros tres pronto despachamos a los cinco guerreros de barba negra que nos hacían frente.

Cuando terminó la batalla, nuestro nuevo conocido se volvió a mí y, quitándose el escudo de la muñeca, me lo tendió. No sabía el significado de su acción, pero juzgué que era un modo de expresarme su gratitud.

Después supe que simbolizaba el ofrecimiento de la vida de un hombre, en retorno de algún gran favor recibido, y mi acción de rehusarlo, que fue lo que inmediatamente hice, era lo que debía hacer.

—Pues entonces acepta de Talu, príncipe de Marentina —dijo el hombre amarillo—, esta prueba de mi gratitud —y sacando de debajo de sus amplias mangas un brazalete, me lo colocó en el brazo.

Después repitió la misma ceremonia con Thuvan Dihn.

Luego nos preguntó nuestros nombres y de qué tierra éramos. Parecía conocer perfectamente la geografía del mundo exterior, y cuando dije que era de Helium, arqueó las cejas.

—¡Ah! —dijo—. ¿Buscáis a vuestro gobernante y los que le acompañan?

—¿Los conocéis? —pregunté.

—Sólo sé que fueron capturados por mi tío Salensus Oll, jeddak de los jeddaks, gobernante de Okar, tierra de los hombres amarillos de Barsoom. En cuanto a su suerte, nada sé, porque estoy reñido con mi tío, que quería destruir mi poder en el Principado de Marentina. Esos de quienes me habéis acabado de salvar son guerreros que ha enviado para asesinar me, porque sabe que a veces vengo solo a cazar el apt sagrado que Salensus Oll tanto venera. Es, en parte, porque odio su religión por lo que Salensus me odia; pero, sobre todo, teme mi creciente poder y el gran partido que se ha levantado por todo Okar y que se alegraría de verme gobernar a Okar y jeddak de jeddaks en su lugar. Es un tirano cruel a quien todos aborrecen, y a no ser por el gran temor que le tienen podrían en una noche formar un ejército que borraría a los pocos que le son leales. Los míos son todos fieles, y el pequeño valle de Marentina hace un año que no paga tributo a la Corte de Salensus Oll. Ni puede tampoco obligarnos a ello, porque doce hombres son suficientes para defender el estrecho

camino de Marentina contra un millón. Pero ahora, a vuestros asuntos. ¿Cómo puedo ayudaros? Mi palacio está desde hoy a vuestra disposición si queréis honrarme viniendo a Marentina.

—Cuando cumplamos nuestra misión aceptaremos con gusto vuestra invitación —repliqué—; pero ahora podéis ayudarnos dirigiéndonos a la Corte de Salensus Oll e indicándonos algún medio para lograr que nos admitan en la ciudad y en el palacio o cualquier otro sitio donde estén nuestros amigos.

Talu contempló tristemente nuestros rostros afeitados, la piel roja de Thuvan Dihn y la mía blanca.

—Tenéis que venir primero a Marentina —dijo—, porque tenéis que cambiar mucho de aspecto antes de poder esperar entrar en alguna ciudad de Okar. Vuestros rostros deben parecer amarillos y tener barbas negras, y vuestros trajes y correaes muy distintos. En mi palacio hay quien puede haceros parecer tan verdaderos hombres amarillos como Salensus Oll mismo.

Su consejo parecía acertado, y como, por lo visto, no había otro medio de lograr entrada en Kadraba, la capital de Okar, nos dirigimos con Talu, príncipe de Marentina, a su pequeño reino, rodeado de montañas.

El camino era de lo peor que había yo recorrido en mi vida, y no me extraña que en esta tierra, en que no hay ni thoats ni aeronaves, no tema Marentina una invasión; pero por fin llegamos a nuestro destino, que distinguí por primera vez desde una pequeña colina a media milla de la ciudad. Escondida en un valle profundo, aparecía una ciudad netamente marciana; cada calle, plaza o espacio abierto, estaba cubierto de cristales. Se hallaba rodeada de nieve y hielo; pero no lo había sobre la redonda y abovedada cubierta de cristales que la envolvía por completo.

Después vi cómo esta gente combate los rigores del Ártico y viven lujosa y cómodamente en medio de perpetuos hielos. Sus ciudades son verdaderos invernaderos, y cuando penetré en aquella, mi respeto y admiración por la ciencia e ingeniería de aquella enterrada ciudad no tuvieron límites.

En cuanto entramos en la ciudad, Talu se quitó su traje de piel, lo mismo que nosotros, y vi que se diferenciaba poco del de las razas rojas de Barsoom. Exceptuando sus correaes de piel, cuajados de piedras y metales preciosos, él estaba desnudo; no se podía con comodidad llevar traje alguno en aquella atmósfera tan templada y húmeda. Durante tres días permanecimos de huéspedes del príncipe Talu, y durante aquel tiempo nos colmó de atenciones. Nos enseñó todo lo que había de interesante en su gran ciudad.

La atmósfera marentina sostendrá la vida de un modo indefinido en las ciudades del Polo Norte, después que toda vida en la balanza del agonizante Marte haya sido extinguida por la falta de aire, si la gran planta central deja de nuevo de funcionar, como lo hizo en aquella memorable ocasión que me ofreció la oportunidad de

devolver la vida y la felicidad al extraño mundo que ya había aprendido a amar tanto.

Nos enseñó el sistema de calefacción que almacena los rayos del sol en grandes recipientes debajo de la ciudad, y ¡cuán poco se necesita para mantener el perpetuo calor de verano del hermoso jardín encerrado dentro de aquel paraíso ártico!

Grandes avenidas de césped, sembradas con simientes de la vegetación ocre de los fondos de los mares muertos, conducen el silencioso tráfico de ligeras y elegantes aeronaves de tierra, que son el único medio de transporte usado al norte de la gigantesca barrera de hielo.

Las anchas alas de aquellos aparato únicos son bolsas de goma llenas con el octavo rayo barsoomiano o rayo de propulsión, el notable descubrimiento de los marcianos, que ha hecho posibles las grandes flotas de poderosos aeronaves que hacen omnipotente al hombre rojo del mundo exterior. Es este rayo el que propaga la luz inherente o reflejada del planeta en el espacio, la cual, cuando está confinada, da a los aparatos marcianos su elegante ligereza.

Los aparatos de tierra de Marentina contienen suficiente luz en sus ruedas, parecidas a las de los automóviles, para dar a los coches tracción, a fines de conducción, y aunque las ruedas traseras están unidas al motor y ayudan en el arrastre a éste, la mayor parte del trabajo lo hace un pequeño propulsor que hay en la popa.

No conozco sensación más agradable que la de ir en uno de estos lujosos coches que se deslizan, ligeros y aiosos como plumas, a lo largo de las suaves avenidas de Marentina. Se mueven en absoluto silencio entre los bordes de rojo césped, debajo de árboles que forman arcos vistosos con la maravillosa efloriscencia que señala tantas de las variedades altamente cultivadas de la vegetación barsoomiana.

Al final del tercer día, el barbero de la Corte (no puedo encontrar otra equivalencia de la Tierra para describirlo) nos había transformado de tal modo a Thuvan Dihn y a mí, que nuestras mismas esposas no nos hubiesen conocido. Nuestra piel tenía el mismo color de limón que la suya, y las grandes barbas y bigotes negros habían sido hábilmente pegados en nuestros rostros afeitados. Los correaes de los guerreros de Okar facilitaban el engaño, y para abrigarnos cuando estuviésemos fuera de las ciudades invernadero, los dos teníamos trajes de orluk, rayados en amarillo y negro.

Talu nos dio minuciosas instrucciones para la jornada a Kadraba, capital de la nación Okar, que es el nombre de la raza de los hombres amarillos. Este buen amigo hasta nos acompañó parte del camino, y después, prometiendo ayudarnos en cuanto pudiese, se despidió de nosotros.

Al marchar deslizó en mi dedo un anillo curiosamente labrado con una piedra negra mate, que más parecía un pedacito de carbón que la preciosa piedra barsoomiana que realmente era.

—Sólo otras tres han sido separadas de la piedra mate —me dijo—, que está en

mi poder. Esas tres las llevan nobles de mi entera confianza, todos los cuales han sido enviados en misiones secretas a la Corte de Salensus Oll. Si os encontráis a cincuenta metros de cualquiera de ellos, experimentaréis en el dedo donde lleváis el anillo una rápida y punzante sensación. El que lleva la compañera experimentará la misma sensación, que es causada por la acción eléctrica que tiene lugar en el momento que estas dos piedras, cortadas de la misma madre, se encuentran en el radio de poder mutuo. Por ella sabréis qué hay un amigo cerca, con el que podéis contar en tiempo de peligro. Si otro de los que llevan puesta una de estas piedras os pidiese ayuda, no se la neguéis, y si os encontráis en peligro de muerte, traga antes el anillo que dejarlo caer en manos enemigas. Guárdalo como la propia vida, John Carter, porque algún día puede tener más importancia para vos que la vida misma.

Con este último consejo, nuestro buen amigo se volvió a Marentina, y nosotros nos dirigimos hacia la ciudad de Kadabra y la Corte de Salensus Oll, jeddak de jeddaks.

Aquella misma tarde distinguimos las murallas y la ciudad, cubierta de cristales, de Kadabra. Está situada en una hondonada cerca del Polo, rodeada por colinas rocosas cubiertas de nieve. Desde el desfiladero, a través del cual entramos en el valle, tuvimos una espléndida visión de aquella gran ciudad del Norte. Sus cúpulas de cristal relucían a la luz del sol, que brillaba sobre la muralla cubierta de nieve que rodea los cien kilómetros de su circunferencia.

A intervalos regulares, grandes verjas dan entrada a la ciudad, y a la distancia donde nos hallábamos podíamos ver que estaban todas cerradas, y siguiendo la indicación de Talu dejamos para el día siguiente el intentar entrar en la ciudad.

Como nos había dicho, encontramos bastantes cuevas en las colinas que nos rodeaban, y en una de ella nos metimos para pasar la noche. Nuestras calientes pieles de orluk nos conservaron completamente confortables, y sólo nos despertamos después de un sueño reparador, al amanecer del día siguiente.

Ya estaba la ciudad en movimiento, y por varias de las puertas vimos salir grupos de hombres amarillos. Siguiendo fielmente los menores detalles de las instrucciones dadas por nuestro buen amigo de Marentina, permanecemos varias horas escondidos, hasta que un grupo de unos seis guerreros pasó a lo largo del camino más abajo de nuestro escondite, dirigiéndose a las colinas por el desfiladero que habíamos recorrido la noche antes.

Después de haberles dado tiempo de alejarse, Thuvan Dihn y yo salimos afuera y los seguimos, alcanzándoles cuando estaban internados en las montañas.

Cuando estuvimos casi a su lado, llamé al jefe, y todo el grupo se detuvo y se volvió a mirarnos. El momento crítico había llegado. Si podíamos engañar a aquellos hombres, el resto sería comparativamente fácil.

—¡Kaor! —exclamé al acercarme a ellos.

—¡Kaor! —me contestó el jefe.

—Venimos de Illall —proseguí, dando el nombre de la ciudad más remota de Okar, que casi no tiene relación alguna con Kadabra—. Llegamos ayer, y esta mañana el capitán de la guardia nos ha dicho que ibais a cazar orluks, que es un deporte que no lo encontramos en nuestra propia localidad. Nos hemos apresurado a seguirlos para que nos permitáis acompañaros.

Engañamos completamente al oficial, y amablemente nos permitió unirnos a ellos. La casual conjetura de que iban a cazar orluks resultó exacta, y Talu había dicho que había diez probabilidades contra una de que tal sería el objeto de cualquier partida que saliese de Kadabra por el desfiladero, a través del cual habíamos penetrado en el valle, puesto que aquel camino era el que conducía directamente a las vastas llanuras frecuentadas por aquellas elefantinas fieras.

En cuanto a la caza se refiere, el día resultó un fracaso, porque no vimos un solo orluk; pero esto fue una suerte para nosotros, puesto que los hombres amarillos estaban tan desconsolados por su desgracia que no quisieron entrar en la ciudad por la misma puerta que habían salido por la mañana, pues, por lo visto, se habían alabado mucho ante el capitán de guardia respecto a su habilidad en aquel peligroso deporte.

Nosotros, por tanto, nos aproximamos a Kadabra por un sitio distante varios kilómetros del que habían dejado por la mañana, y nos hallamos libres del peligro de tener que contestar a embarazosas preguntas y dar explicaciones respecto al capitán, que habíamos dicho era el que nos había indicado aquella partida de caza.

Estábamos muy cerca de la ciudad, cuando me llamó la atención una elevada y negra flecha, cuyo extremo se elevaba a varios cientos de metros en el aire, desde lo que parecía ser un revuelto montón de maderas, ahora parcialmente cubierto de nieve.

No me atreví a hacer pregunta alguna, por temor de despertar sospechas, al ignorar algo que todo hombre amarillo debiera saber; pero antes de llegar a la entrada de la ciudad iba a saber el objeto de aquella sombría flecha y lo que significaba aquel cúmulo de destrozos que había a sus pies.

Habíamos llegado casi a la puerta, cuando uno de los guerreros llamó a sus camaradas, señalando al mismo tiempo hacia el distante horizonte del Sur. Siguiendo la dirección que indicaba, mis ojos distinguieron un enorme avión que se acercaba rápidamente y ya volaba por encima de las crestas de los montes que nos rodeaban.

—Otros locos que quieren resolver los misterios del prohibido Norte— dijo el oficial a media voz—. ¿Cesará alguna vez su fatal curiosidad?

—Esperemos que no —contestó uno de los guerreros— porque entonces, ¿de dónde íbamos a sacar los esclavos y el deporte?

—Es verdad; pero qué estúpidos son al seguir viniendo a una región de donde ninguno de ellos vuelve nunca.

—Detengámonos y veamos el fin de éstos —sugirió uno de los hombres.

El oficial miró hacia la ciudad.

—El vigía lo ha visto —dijo—; nos quedaremos, porque puede que nos necesiten.

Miré hacia la ciudad y vi varios cientos de guerreros que salían de ella. Andaban lentamente, como si no hubiese motivo para apresurarse; y así era, como pronto iba a saber.

Después volví de nuevo los ojos hacia el avión que se dirigía rápidamente hacia la ciudad, y cuando se hubo acercado bastante, me sorprendió ver que sus propulsores no se movían.

Se dirigía en línea recta a la sombría flecha. Al fin vi moverse los grandes timones, intentando darle la vuelta, a pesar de lo cual seguía acercándose como si le atrajese algún poder irresistible y poderoso.

Sobre su cubierta reinaba una intensa emoción; los hombres corrían de un lado para otro cargando los cañones y preparándose para soltar el pequeño aparato en que sólo cabe un hombre, una flota de los cuales forma parte del equipo de toda nave de guerra marciana.

El aparato se acercaba cada vez más a la sombría flecha.

Al minuto siguiente de chocar con ella vi la conocida señal que hacen los aparatos menores, formando un gran rebaño desde la cubierta del aparato madre.

Instantáneamente, cien pequeños aparatos alzaron el vuelo como una nube de enormes insectos; pero apenas se elevaron por el aire, la proa de cada uno se giró hacia la flecha, y ellos también se precipitaron a terrible velocidad hacia el ahora, al parecer, inevitable final que amenazaba al gran buque.

La colisión tuvo lugar un momento después. Los hombres fueron precipitados en todas direcciones, desde la cubierta de la aeronave, mientras ésta se inclinaba, precipitándose en el montón de escombros de la base de la flecha.

Con él cayó un chaparrón de pequeños aparatos, porque cada uno de ellos había dado con violencia en la sólida flecha.

Noté que los aparatos caían rozando con el lado de la flecha, y que su caída no era tan rápida como era de esperar, y entonces, de repente, el secreto de aquélla se me hizo patente, y con él una explicación de la causa que impedía que ningún aparato que traspasaba la barrera de hielo volviese nunca.

La flecha era un poderoso imán, y cuando un aparato llegaba al radio de su poderosa atracción, por el acero de aluminio que forma parte con tanta abundancia en todas las construcciones barsoomianas, ningún poder humano podía impedir un fin como el que acabábamos de presenciar.

Después supe que la flecha descansaba directamente sobre el polo magnético de Marte; pero ignoro si esto aumenta su incalculable poder de atracción. Soy un guerrero y no un hombre de ciencia.

Aquí, por fin, teníamos la explicación de la larga ausencia de Tardos Mors y Mors

Kajak. Estos valientes e intrépidos guerreros se habían arriesgado en los misterios y peligros del helado Norte para buscar a Carthoris, cuya larga ausencia había inclinado de pena la cabeza de su hermosa madre, Dejah Thoris, la princesa de Helium.

En cuanto la última aeronave descansó en la base de la flecha, los guerreros amarillos de negras barbas cayeron sobre ellos, haciendo prisioneros a aquellos que no estaban heridos, y de cuando en cuando acabando de un sablazo con los heridos que parecían dispuestos a protestar contra sus insultos y amenazas.

Unos cuantos de los hombres rojos que no estaban heridos lucharon valientemente con sus crueles enemigos; pero la mayor parte parecían dominados por el horror de la catástrofe ocurrida, y así, no hicieron más que someterse a las horrendas cadenas con las cuales los sujetaban los hombres amarillos.

Cuando el último prisionero fue esposado, volvieron los guerreros a la ciudad, frente a cuya puerta encontramos un rebaño de fieros apes, con collares de oro, cada uno de los cuales era conducido por dos guerreros que los sujetaban con fuertes cadenas del mismo metal que sus collares.

Más allá de la puerta, los sirvientes soltaron a todo el terrible rebaño, y mientras se dirigían dando saltos hacia la terrible y sombría flecha no necesité preguntar cuál era su misión. Si no hubiese habido dentro de la ciudad de Kadabra seres que necesitaban aún más de socorro que los pobres desgraciados muertos y agonizantes allí en el hielo, sobre los curvados y destrozados restos de mil aparatos, no hubiese resistido a mi deseo de apresurarme a luchar con aquellos horribles animales que habían sido enviados para destrozarnos y devorarnos. Tal como estaban las cosas, sólo podía seguir a los guerreros amarillos y dar gracias por la oportunidad que nos había dado a Thuvan Dihn y a mí tan fácil acceso en la capital de Salensus Oll.

Una vez dentro de la muralla, no tuvimos dificultad alguna en eludir a nuestros amigos de la mañana, y poco después nos encontrábamos en una posada marciana.

CAPÍTULO X



En cautiverio



Según he podido observar, las posadas de Barsoom varían poco. No hay en ellas intimidad más que para los matrimonios. Los hombres solos son conducidos a una gran habitación, cuyo suelo es, generalmente, de mármol blanco o de grueso cristal, que se conserva escrupulosamente limpio. Hay allí varias plataformas pequeñas y ligeramente elevadas para colocar las mantas de piel y seda de los huéspedes, y si no las tienen propias, por una pequeña cantidad se las facilita la casa limpias y en buen estado. Una vez que estos objetos han sido colocados en la plataforma, su dueño es considerado como huésped de la casa, y la plataforma le pertenece hasta que se marcha. Nadie toca los objetos de su propiedad, pues en Marte no existen ladrones.

A quien hay que temer es a los asesinos; los hosteleros tienen guardias armados que se pasean día y noche, constantemente, por los dormitorios. El número de los guardias y lo vistoso de sus arreos, generalmente, denotan la calidad e importancia del hotel.

No se sirven en ellos comidas, pero generalmente hay cerca alguna casa de comidas. Salas de baños comunican con los dormitorios, y a todos los huéspedes se les exige que se bañen diariamente o se marchen del hotel.

Generalmente, en el segundo o tercer piso, se encuentra un gran dormitorio para mujeres solas, muy parecido a los de los hombres. Los guardias que guardan a las mujeres permanecen en los corredores mientras que varias esclavas se pasean entre las durmientes, dispuestas a avisar a los guardias si su presencia fuese necesaria.

Me sorprendió ver que todos los guardias, en el hotel donde nos hospedamos, eran hombres rojos, y al interrogarlos me enteré de que eran esclavos comprados por los dueños de los hoteles al Gobierno.

El guardia que estaba junto a mi plataforma había sido comandante de navío de una gran nación marciana; pero el Destino había conducido su navío a través de la barrera de hielo, dentro del radio de poder de la flecha magnética, y llevaba ya muchos tristes años esclavo de los hombres amarillos.

Me dijo que príncipes, jeds y hasta jeddaks del mundo exterior, eran servidores de la raza amarilla; pero cuando le pregunté si había oído hablar de Mors Kajak o Tardos Mors, movió la cabeza diciendo que nunca había oído que estuviesen presos allí, aunque conocía bien su fama en el mundo exterior.

Tampoco había oído nada de la llegada del padre de los Therns y del dador negro del Primer Nacido; pero se apresuró a explicarme que sabía poco de lo que ocurría dentro de palacio. Yo comprendía que le extrañaba mucho que un hombre amarillo preguntase tantas cosas acerca de ciertos prisioneros rojos de fuera de la barrera de hielo, y que al mismo tiempo ignorase las costumbres y condiciones de su propia raza. En efecto: había olvidado por completo mi disfraz al ver un hombre rojo paseándose ante mí; pero la creciente expresión de sorpresa de su rostro me advirtió a tiempo, porque no era mi intención revelar mi identidad a nadie, a no ser que algún bien pudiera provenir de ello, y no veía cómo aquel infeliz pudiera servirme de algo todavía, aunque preveía que más tarde, con el tiempo, podría servirle yo a él y a todos los demás prisioneros que obedecen a sus severos amos en Kadabra.

Thuvan Dihn y yo discutimos aquella noche nuestros planes sentados sobre nuestras mantas, en medio de cientos de hombres amarillos que compartían nuestra habitación. Hablábamos en voz baja; pero como esto lo manda la cortesía en un dormitorio, no despertamos sospechas.

Por fin, comprendiendo que todo eran inútiles conjeturas, hasta que tuviésemos oportunidad de explorar la ciudad y tratar de poner en ejecución el plan que nos había indicado Talu, dándonos mutuamente las buenas noches, nos dormimos.

A la mañana siguiente, después de desayunar, salimos a ver Kadabra, y como la generosidad del príncipe de Marentina nos tenía bien provistos de los fondos corrientes en Okar, compramos un hermoso vehículo de tierra. Habiendo aprendido a manejarlos en Marentina, pasamos un día encantador a la par que útil, explorando la ciudad, y ya adelantada la tarde, a la hora que Talu nos había dicho que encontraríamos a los oficiales del Gobierno en sus oficinas, nos detuvimos ante un magnífico edificio situado en la plaza, frente a los jardines que rodean el Palacio Real.

Atrevidamente pasamos por delante de los guardias de la puerta para encontrarnos con un esclavo rojo que nos preguntó qué deseábamos.

—Di a Sorav, tu amo, que dos guerreros de Illall desean servir en la guardia de Palacio —dije.

Sorav, según nos había dicho Talu, era el que mandaba las fuerzas de Palacio, y como los hombres de las ciudades más alejadas de Okar, y especialmente Illall, era menos probable que estuviesen contaminados con los gérmenes de intriga que durante largos años habían infectado la Corte de Salensus Oll, estaba seguro de que seríamos bien recibidos y no nos haría muchas preguntas.

Nos había dado un ligero baño de información general que creía necesaria para poder engañar a Sorav, después de lo cual, de nuevo tendríamos que ser examinados ante Salensus Oll para que pudiera aprobar nuestra habilidad y aptitud física como guerreros.

La pequeña experiencia que habíamos tenido con el extraño sable torcido del hombre amarillo y su escudo, semejante a una copa, parecía hacer probable que ninguno de los dos pasase la prueba final; pero podía darse la casualidad de que estuviésemos albergados en el palacio de Salensus Oll durante varios días después de haber sido aceptados por Sorav antes de que el jeddak de jeddaks encontrase tiempo de examinarnos.

Después de esperar varios minutos en una antecámara fuimos introducidos al despacho particular de Sorav, donde este oficial, de barba negra y feroz aspecto, nos recibió cortésmente. Nos preguntó nuestros nombres y posición en nuestra ciudad, y habiendo recibido contestaciones que por lo visto le satisficieron, nos hizo algunas preguntas que Talu había previsto y para las cuales nos había preparado.

La entrevista no podía haber durado más de diez minutos, cuando Sorav llamó a un ayudante, a quien dio instrucciones de examinarnos detenidamente y después conducirnos al alojamiento en Palacio destinado para los aspirantes a la guardia de Palacio.

El ayudante nos llevó primero a su despacho, donde nos midió, pesó y retrató simultáneamente con una máquina ingeniosamente diseñada al efecto, cinco copias, siendo instantáneamente reproducidas en cinco diferentes oficinas del Gobierno, dos de las cuales quedan colocadas en otras ciudades distantes varios kilómetros.

Después nos condujo por los terrenos de Palacio al principal cuerpo de guardia, entregándonos al oficial.

Este individuo nos interrogó de nuevo brevemente, y por fin despachó a un soldado para que nos condujese a nuestro alojamiento. Éste estaba situado en el piso segundo del mismo Palacio, en una torre medio separada de la parte de atrás del edificio.

Cuando preguntamos a nuestro guía por qué estábamos alojados tan lejos del cuerpo de guardia, replicó que la costumbre inveterada de los que componían la guardia de promover riñas con los aspirantes para probar su valor había dado por resultado tantas muertes, que fue difícil, mientras prevaleció esta costumbre, tener la guardia completa. Por tanto, Salensus Oll había destinado aquel alojamiento para los aspirantes, y allí se les encerraba cuidadosamente para que no corriesen peligro de ser atacados por los que formaban la guardia.

Esta desagradable información puso repentinamente fin a nuestros bien trazados planes, porque significaba que éramos, en realidad, prisioneros en el palacio de Salensus Oll hasta que juzgase oportuno hacernos el examen final de eficiencia.

Como en ello teníamos puestas nuestras esperanzas para nuestras investigaciones respecto a Dejah Thoris y Thuvia de Ptarth, fue grande nuestro desconsuelo al oír el ruido de la llave dando la vuelta en la cerradura al salir nuestro guía, dejándonos en las habitaciones que habíamos de ocupar.

Con rostro afligido me volví a Thuvan Dihn. Mi compañero se limitó a mover tristemente la cabeza, dirigiéndose a una de las ventanas del extremo opuesto de la habitación.

Apenas había mirado por ella, me llamó, sorprendido y emocionado. Inmediatamente me hallé a su lado.

—¡Mira! —dijo Thuvan Dihn, señalando hacia el patio que había debajo.

Mis ojos, siguiendo la dirección que me indicaba, vieron a dos mujeres que se paseaban en un jardín cerrado.

Enseguida las reconocí: eran Dejah Thoris y Thuvia de Ptarth.

Allí estaban las que yo había seguido de un Polo al otro a través del mundo entero. Sólo diez metros de distancia y unas barras de metal nos separaban.

Dando un grito, les llamé la atención, y al mirarme Dejah Thoris, le hice la señal de amor que los hombres de Barsoom hacen a sus mujeres.

A mi gran asombro y horror, irguió la cabeza y, mientras sus delicadas facciones expresaban grandísimo desprecio, me volvió la espalda. Mi cuerpo está cubierto de cicatrices recibidas en cientos de combates; pero jamás en mi larga vida me ha hecho sufrir herida alguna angustia semejante, porque aquella vez el acero de la mirada de una mujer me había traspasado el corazón.

Dando un gemido, me volví y escondí el rostro entre las manos. Oí a Thuvan Dihn llamar a gritos a Thuvia; pero un momento después de su exclamación de sorpresa me demostró que él también había sido despreciado por su propia hija.

—No quieren ni siquiera escucharnos —exclamó—. Se han tapado los oídos con las manos y se han ido al extremo opuesto del jardín. ¿Has visto nunca cosa semejante, John Carter? Las dos deben de estar embrujadas.

Al poco rato reuní valor suficiente para volver a la ventana, porque, aunque me despreciase, la amaba y no podía separar mis ojos de su rostro encantador; pero en cuanto Dejah Thoris me vio, volvió de nuevo la cabeza.

No sabía a qué atribuir su extraño comportamiento, y que Thuvia también se hubiese vuelto contra su padre parecía increíble. ¿Podía ser que mi incomparable princesa aún se aferrase a la odiosa fe de la cual yo había libertado a su patria? ¿Podía ser que me mirase con repulsión y desprecio porque había profanado los templos y las personas de los Sagrados Therns?

No a otra cosa podía yo atribuir su extraño comportamiento; sin embargo, parecía de todo punto imposible que fuese así, porque el amor de Dejah Thoris por John Carter había sido amor grande y verdadero y se había elevado muy por encima de distinciones de razas, creencias ni religión.

Al contemplar tristemente la parte de atrás de su altiva y real cabeza vi entrar un hombre por el extremo opuesto del jardín. Al penetrar en él deslizó algo en la mano del guardia amarillo que había en la verja, y la distancia no era lo bastante grande

para impedirme ver que era dinero.

Inmediatamente comprendí que el recién llegado había sobornado al guardia para que le dejase entrar en el jardín. Después se volvió en dirección de las dos mujeres, y vi que no era otro que Thurid, el dátor negro del Primer Nacido.

Se acercó mucho a ellas antes de pronunciar palabra, y después, al volverse al sonido de su voz, vi a Dejah Thoris que retrocedía al verle.

Su rostro expresaba odiosa burla al acercarse a ella y hablarle en voz baja. No pude oír sus palabras; pero la contestación de Dejah Thoris llegó claramente a mis oídos:

—La nieta de Tardos Mors puede siempre morir; pero nunca podría vivir al precio que decís.

Después vi al negro bribón echarse a sus pies, arrastrándose materialmente por el suelo, suplicándole. Sólo llegaban a mis oídos algunas de sus palabras, porque, aunque era evidente que se hallaba presa de violenta pasión, también lo era que no se atrevía a levantar la voz, temiendo delatarse.

—Quiero salvarte de Matai Shang —le oí decir—. Ya sabes la suerte que te espera si llegas a caer en sus manos. ¿No me prefieres a él?

—No escogería a ninguno —replicó Dejah Thoris— aunque estuviese libre, y bien sabéis que no lo estoy.

—¡Eres libre! —exclamó—. John Carter, príncipe de Helium, ha muerto.

—Estoy mejor enterada; pero, aunque así fuera y me viese obligada a escoger otro esposo, sería un hombre planta o un gran mono blanco antes que Matai Shang o tú, perro negro —contestó, lanzándole una mirada de desprecio.

De repente aquel animal perdió todo dominio de sí mismo y, soltando una obscena maldición, se precipitó sobre la delicada mujer, agarrando su tierna garganta con mano poderosa.

Thuvia, gritando, se apresuró a auxiliar a su compañera y, al mismo tiempo, yo también, loco de furor, perdiendo la cabeza arranqué las barras de mi ventana como si hubiesen sido de alambre.

Precipitándome por la abertura llegué al jardín, sólo a cien metros de donde el negro estaba ahogando a mi Dejah Thoris, y dando un gran salto caí sobre él. No pronuncié palabra mientras arranqué sus asquerosos dedos de aquella hermosa garganta, ni hice el menor sonido al precipitarle a veinte pasos de mí.

Espumando de rabia, Thurid se puso en pie y se lanzó sobre mí como un toro furioso.

—Hombre amarillo —gritaba—, no sabes sobre quién has puesto tus manos viles; pero, antes de que haya terminado contigo, sabrás lo que significa ultrajar la persona del Primer Nacido.

Después cayó sobre mí, queriendo ahogarme, y lo mismo que hice aquel día en el

patio del templo de Issus, hice allí en el jardín del palacio de Salensus Oll. Me metí por debajo de sus brazos extendidos, y mientras caía sobre mí le di un terrible puñetazo en las mandíbulas.

Lo mismo que hizo en aquella ocasión hizo ahora. Dio vueltas como una peonza, las piernas le flaquearon y cayó hecho un guiñapo a mis pies.

Entonces resonó una voz a mi espalda. Era la voz profunda y autoritaria que denota al gobernante, y cuando me volví a confrontar la esplendente figura de un hombre amarillo de estatura gigantesca, no tuve que preguntar su nombre para saber que era Salensus Oll.

A su derecha estaba Matai Shang, y detrás de ellos unos veinte guerreros.

—¿Quién eres —exclamó—, y qué significa esta intrusión dentro de los recintos del jardín de las mujeres? No te recuerdo. ¿Cómo has venido hasta aquí?

A no ser por sus últimas palabras, hubiese olvidado por completo mi disfraz y le hubiese dicho claramente que era John Carter, príncipe de Helium; pero su pregunta me recordó a mí mismo. Señalé las separadas barras de la ventana, y dije:

—Soy aspirante a formar parte de la guardia de Palacio, y desde aquella ventana de la torre, donde estaba encerrado esperando el examen final de aptitud, vi a este animal atacar a esta mujer. No podía permanecer inmóvil presenciándolo dentro de Palacio y creer que era digno de servir y guardar vuestra real persona.

Era evidente que mis palabras habían impresionado al gobernante de Okar, y cuando se volvió a Dejah Thoris y Thuvia de Ptarth y las dos hubieron corroborado mis manifestaciones las cosas empezaron a ponerse mal para Thurid.

En los malévolos ojos de Matai Shang descubrí un feo relámpago mientras Dejah Thoris relataba lo que había pasado entre Thurid y ella, y cuando llegó a la parte que trataba de mi intervención con el dátor del Primer Nacido, su gratitud era aparente, aunque por su mirada comprendía que algo la confundía de un modo extraño.

No me extrañaba su actitud para conmigo delante de otros; pero que me hubiese negado mientras Thuvia y ella estaban solas en el jardín, aún me dolía mucho.

Mientras proseguía el examen, dirigí una mirada a Thurid y le sorprendí mirándome pensativo, con los ojos abiertos de par en par: después, de repente, soltó una ruidosa carcajada en mis narices.

Un momento después, Salensus Oll se volvió hacia el negro.

—¿Qué tienes que alegar como explicación de estas acusaciones? —preguntó con voz terrible y profunda—. ¿Te atreves a aspirar a la escogida del padre de los therns a la que es digna hasta de ser esposa del jeddak de los jeddaks?

Diciendo esto, el tirano de barba negra se volvió y echó una rápida y codiciosa mirada a Dejah Thoris, como si con sus palabras un nuevo pensamiento y un nuevo deseo hubiese nacido en su mente y en su corazón. Thurid había estado a punto de contestar, y con burlona mueca me señalaba con dedo acusador cuando las palabras

de Salensus Oll y la expresión de su rostro le hicieron enmudecer.

Sus ojos lanzaron una maliciosa mirada, y supe por la expresión de su rostro, que sus primeras palabras no eran las que había pensado pronunciar.

—¡Oh el más poderoso de los jeddaks —dijo—, el hombre y la mujer no dicen la verdad! Este individuo entró en el jardín para ayudarla a escaparse; yo estaba del otro lado fuera y oí su conversación, y cuando entré la mujer empezó a gritar y el hombre saltó sobre mí, queriendo matarme. ¿Qué sabéis de este hombre? Es un extraño para vos, y me atrevo a decir que hallaréis en él un enemigo y un espía. Que le pongan a prueba, Salensus Oll, más bien que a vuestro amigo y huésped, Thurid, dátor del Primer Nacido.

Salensus Oll parecía aturdido. Se volvió de nuevo a mirar a Dejah Thoris, y después Thurid, acercándose mucho, le dijo algo al oído, ignoro lo que fue.

Enseguida el gobernante amarillo se volvió a uno de sus oficiales.

—Cuida de que este hombre sea debidamente encerrado hasta que tengamos tiempo de profundizar este asunto —ordenó—, y como las barras no parecen suficientes para sujetarle, que le pongan cadenas.

Después se volvió y salió del jardín, llevándose a Dejah Thoris, poniendo la mano sobre su hombro. Thurid y Matai Shang salieron también, y al llegar a la verja el negro se volvió, y de nuevo, mirándome, soltó una ruidosa carcajada.

¿Qué podía significar aquel repentino cambio hacia mí? ¿Podría sospechar mi verdadera identidad? Eso debía de ser, y lo que me había delatado había sido la finta y el golpe que había dado con él en tierra por segunda vez.

Según los soldados me arrastraban, mi corazón estaba muy triste y amargado, porque ahora a los dos enemigos implacables que tanto tiempo habían perseguido a Dejah Thoris se añadía otro más poderoso aún. Hubiese sido tonto si no me hubiera dado cuenta del súbito amor que repentinamente había inspirado Dejah Thoris al terrible Salensus Oll, jeddak de jeddaks, gobernante de Okar.

CAPÍTULO XI



El Pozo de la Abundancia



No estuve mucho en la cárcel de Salensus Oll. Durante el poco tiempo que allí permanecí sujeto con cadenas de oro, a menudo pensé en la suerte de Thuvan Dihn, jeddak de Ptarth.

Mi valiente compañero me había seguido al jardín cuando atacé a Thurid, y al irse Salensus Oll con Dejah Thoris y los que le acompañaban, dejando a Thuvia de Ptarth en el jardín, también él se había quedado con su hija, sin que por lo visto llamase la atención su presencia, no diferenciándose en nada de los demás hombres amarillos.

Le había visto por última vez esperando que los otros guerreros que debían escoltarme cerrasen la verja tras nosotros para poderse quedar solo con Thuvia. ¿Sería posible que hubiese escapado? Lo dudaba y, sin embargo, con todo mi corazón deseaba que fuese verdad.

Al tercer día de mi encarcelamiento vinieron unos cuantos guerreros para llevarme a la sala de audiencia, donde Salensus Oll en persona iba a examinarme. Gran número de nobles se hallaban en la sala, y entre ellos vi a Thurid, pero no a Matai Shang.

Dejah Thoris, tan radiantemente hermosa como siempre, estaba sentada en un pequeño trono al lado de Salensus Oll. La triste desesperación que expresaba su querido rostro me laceró profundamente el corazón.

Su posición al lado del jeddak de jeddaks auguraba mal para ella y para mí, y en el momento que la vi allí nació en mi mente la firme intención de no salir vivo de aquella cámara si tenía que dejarla en las garras de aquel poderoso tirano.

Había matado mejores hombres que Salensus Oll y los había matado con mis desnudas manos, y ahora me juré a mí mismo que lo mataría si era aquél el único medio de salvar a la princesa de Helium.

Yo no daba la menor importancia a mi muerte probablemente casi instantánea, y lo único que sentía era no poder seguir luchando por salvar a Dejah Thoris: sólo por esta razón hubiese escogido otro medio, porque, aunque lograra matar a Salensus Oll, no devolvería a mi amada esposa a su patria. Determiné esperar hasta el final del juicio para averiguar cuanto pudiese de las intenciones del gobernante de Okar y después obrar en conformidad con ellas.

Apenas me presenté ante él, Salensus Oll mandó también llamar a Thurid.

—Dátor Thurid —dijo—, me has pedido una cosa muy extraña; pero, aceptando a tus deseos y tu promesa de que resultará en bien de mis intereses, me he decidido a ello. Me dices que cierto anuncio será el medio de desenmascarar al prisionero y al mismo tiempo de realizar mi mayor deseo.

Thurid movió afirmativamente la cabeza.

—Entonces lo haré presente aquí, delante de mis nobles —continuó Salensus Oll—. Durante un año ninguna reina se ha sentado en el trono a mi lado, y ahora me place tomar por esposa la que es reputada por la más bella mujer de todo Barsoom, hecho éste que nadie puede negar. Nobles de Okar, desenvainad vuestros aceros y rendid homenaje a Dejah Thoris, princesa de Helium y futura reina de Okar, porque en el término de los diez días decretados será la esposa de Salensus Oll.

Mientras los nobles desnudaban sus aceros y los levantaban en alto, según la antigua costumbre de Okar cuando un jeddak anuncia su enlace, Dejah Thoris se puso en pie y, levantando una mano, les gritó que desistiesen de ello.

—No puedo ser esposa de Salensus Oll, porque ya soy esposa y madre. John Carter, príncipe de Helium, vive aún. Sé que es verdad porque he oído a Matai Shang decirle a su hija Phaidor que le había visto en Kaor, en la Corte de Kulan Tith, jeddak. Un jeddak no se casa con una mujer casada, ni Salensus Oll querrá violar los lazos del matrimonio. Salensus Oll se volvió a Thurid con torva mirada:

—¿Era ésta la sorpresa que me tenías preparada? —exclamó—. Me aseguraste que no había obstáculo alguno entre esta mujer y yo, y ahora encuentro que existe el único obstáculo insuperable. ¿Qué significa esto, hombre? ¿Qué tienes que alegar?

—Y si entregase a John Carter en tus manos, Salensus Oll, ¿no te parecería que habría cumplido con creces la promesa hecha? —contestó Thurid.

—No hables como un necio —exclamó furioso el jeddak—; no soy un niño para jugar así conmigo.

—Hablo sólo como hombre que sabe lo que se dice —replicó Thurid—. Sabe que puedo cumplir cuanto ofrezco.

—Entonces entrégame a John Carter en el término de diez días, o sufre tú mismo la muerte que le daría si lo tuviese en mi poder —rugió el jeddak de jeddaks, frunciendo el ceño.

—No necesitas esperar diez días —replicó Thurid; y después, volviéndose repentinamente hacia mí, me señaló con el dedo, diciendo:

—¡Ahí está John Carter, príncipe de Helium!

—¡Necio! —gritó Salensus Oll—. ¡Necio! John Carter es blanco. Este hombre es tan amarillo como yo. El rostro de John Carter está afeitado. Matai Shang me lo ha descrito. Este prisionero tiene una barba y un bigote tan grandes y tan negros como cualquiera de Okar. ¡Pronto, guardias! ¡Al pozo con el negro loco que quiere perder

la vida por una estúpida broma a costa de vuestro jefe!

—¡Deteneos! —exclamó Thurid, dando un salto hacia adelante; y antes de que yo pudiese adivinar su intención había agarrado mi barba, arrancándola de mi rostro con el bigote y la peluca que estaban unidos a ella y dejando descubierta mi piel tostada y mi cabello negro, cortado a punta de tijera.

Instantáneamente reinó el mayor desorden en la sala de audiencia de Salensus Oll. Algunos guerreros se apresuraron a desnudar sus aceros, imaginando que yo pensaba asesinar al jeddak de jeddaks, mientras otros, por curiosidad de ver a aquel cuyo nombre era conocido de Polo a Polo, se agolparon tras sus compañeros.

Al revelarse mi identidad vi a Dejah Thoris ponerse de nuevo en pie, expresando su rostro gran asombro, y luego se abrió paso a través de los guerreros y nobles antes de que nadie pudiera impedirselo. Un momento después estaba ante mí con los brazos extendidos y los ojos rebosando amor.

—¡John Carter! ¡John Carter! —exclamó mientras la estrechaba contra mi pecho, y entonces, de repente, comprendí por qué me había despreciado en el jardín, debajo de la torre.

¡Qué necio había sido! ¡Esperé que penetrase el maravilloso disfraz que me había facilitado el barbero de Marentina! No me había conocido, y eso había sido todo, y cuando vio el signo de amor de un extranjero se ofendió e indignó, como era justo. En verdad que había sido muy necio.

—¡Y eras tú —exclamó— quien me hablaba desde la torre! ¿Cómo podía yo soñar que mi amado virginiano se ocultaba detrás de aquella fiera barba y piel amarilla?

Acostumbraba llamarme su virginiano como palabra de cariño, porque sabía que me gustaba oír el hermoso nombre que sus amados labios santificaban y hacían mil veces más hermoso, y mientras la oía de nuevo, después de aquellos largos años, mis ojos se enturbiaban con lágrimas y mi voz se ahogaba de emoción.

Pero sólo un instante pudo estrechar entre mis brazos su querido cuerpo antes de que Salensus Oll, temblando de rabia y celos, se acercase a nosotros.

—Coged al hombre —gritó a sus guerreros; y cien rudas manos nos separaron.

Bien estuvo para los nobles de la Corte de Okar que John Carter hubiese sido desarmado. Así y todo, lo menos doce de ellos sintieron la fuerza de mis cerrados puños, y había logrado subir la mitad de las gradas que conducían al trono antes de que Salensus Oll hubiese logrado llevarse a Dejah Thoris y pudiera detenerme.

Después caí luchando debajo de varios guerreros, y antes de que quedase desvanecido a fuerza de golpes oí de labios de Dejah Thoris lo que me consoló de todos mis sufrimientos.

Estando al lado del gran tirano, que la tenía agarrada por un brazo, señaló al sitio donde yo combatía solo contra tantos.

—¿Crees, Salensus Oll, que la esposa de un hombre semejante —exclamó— deshonraría nunca su memoria, aunque hubiese muerto mil veces, casándose con un mortal inferior? ¿Existe en el mundo otro igual a John Carter, príncipe de Helium? ¿Existe otro hombre que pueda abrirse camino en todas direcciones en un planeta batallador, haciendo frente a las fieras y a las hordas salvajes, por amor a una mujer? Yo, Dejah Thoris, princesa de Helium, soy suya. Luchó por mí y me ganó. Si eres un valiente, honrarás su valor y no le matarás. Hazle esclavo si quieres, Salensus Oll; pero perdónale la vida. Yo preferiría ser esclava con él a reina de Okar.

—Ni esclavas ni reinas dictan sus voluntades a Salensus Oll —replicó el jeddak de jeddaks—. John Carter morirá de muerte natural en el Pozo de la Abundancia, y el día que muera, Dejah Thoris será mi reina.

No oí la contestación de Dejah Thoris, porque un golpe en la cabeza me privó de conocimiento y cuando lo recobré sólo quedaban en la sala de audiencia los guerreros que me custodiaban. Al abrir los ojos me amenazaron con las puntas de sus sables, ordenándome que me levantara.

Me llevaron, a través de largos corredores, a un patio situado hacia el centro del palacio. En el medio del patio había un profundo pozo, cerca del borde del cual había otros guerreros esperándome. Uno de ellos llevaba en la mano una larga cuerda que empezó a preparar cuando vio que me acercaba.

Habíamos llegado a unos veinticinco metros de aquellos hombres, cuando sentí, de repente, una extraña sensación punzante en uno de mis dedos.

Durante un momento me encontré aturdido por la extraña sensación, y después recordé lo que en la violencia de mi aventura había olvidado por completo: el anillo regalado por el príncipe Talu de Marentina; instantáneamente miré hacia el grupo al cual nos acercábamos, y al mismo tiempo levanté la mano izquierda a mi frente para que la sortija pudiese ser vista por el que la buscara. Simultáneamente, uno de los guerreros que esperaban levantó ostensiblemente su mano izquierda para alisarse el cabello, y en uno de sus dedos vi el duplicado de mi propio anillo.

Una rápida mirada de reconocimiento se cruzó entre nosotros, después de lo cual aparté los ojos del guerrero y no volví a mirarle por temor a despertar las sospechas de los okarianos.

Cuando llegamos al borde del pozo vi que era muy profundo, y enseguida me di cuenta de que pronto juzgaría cuán lejos se extendía por debajo del patio, porque el que tenía la cuerda la ató alrededor de mi cuerpo, de modo que pudiese soltarse desde arriba en cuanto quisiese, y después, al agarrarla todos los guerreros, me empujaron hacia adelante y caí en el abierto abismo.

Tras del primer empujón llegué al extremo de la cuerda que habían soltado para dejarme caer dentro del pozo; me bajaron rápida, pero suavemente. En el momento de soltarme, mientras dos o tres hombres ayudaban a atar la cuerda, uno de ellos puso su

boca en contacto con mi mejilla, y en el breve intervalo, antes de ser lanzado en el espantoso agujero, murmuró a mi oído esta sola palabra:

—¡Valor!

El pozo que mi imaginación me había pintado sin fondo resultó no tener más de cien metros de profundidad; pero como sus paredes estaban pulidas, igualmente podía haber tenido mil metros, porque no podía nunca esperar escaparme sin auxilio de fuera.

Durante un día me dejaron a oscuras, y después, completamente de repente, una brillante luz iluminó mi extraña celda. Me hallaba ya bastante hambriento y sediento, no habiendo comido ni bebido nada durante el día anterior a mi aprisionamiento.

Con gran asombro, hallé que las paredes del pozo, que había creído lisas, estaban llenas de estantes, sobre los cuales había las viandas y los refrescos más deliciosos que podían hallarse en Okar. Con una exclamación de placer me precipite a tomar algún alimento; pero antes de lograrlo, la luz se apagó y, aunque anduve palpando, mis manos no encontraban más que las duras y lisas paredes que había tocado al examinar por primera vez mi prisión.

Inmediatamente las angustias del hambre y la sed empezaron a asaltarme. Lo que antes sólo había sido un ligero deseo de comer y beber era ahora una verdadera ansia, todo a causa de la tentadora visión del alimento casi al alcance de mi mano.

Una vez más la oscuridad y el silencio me envolvieron: un silencio sólo interrumpido por una risa burlona.

Durante otro día nada ocurrió para romper la monotonía de mi prisión o aliviar los sufrimientos que me producían el hambre y la sed. Lentamente las angustias se hicieron menos vivas, según el sufrimiento ahogaba la actividad de ciertos nervios, y entonces la luz aparecía de nuevo, y ante mí se presentaban nuevos y tentadores platos, grandes botellas de agua clara y frascos de frescos vinos, cubiertos por el frío sudor de la condensación. De nuevo, con la hambrienta locura de una fiera, salté para coger aquellos manjares tentadores; pero, igual que anteriormente, la luz se apagaba y yo me encontraba detenido por la dura pared.

Después la risa burlona estalló por segunda vez ¡El Pozo de la Abundancia!

¡Oh, qué mente tan cruel debió de discurrir aquella tortura endemoniada! Día tras día se repitió aquel tormento, hasta que estuve a punto de volverme loco, y después, lo mismo que había hecho en los pozos de los warhoons, dominé de nuevo, con firmeza, mi instinto, obligándole a seguir los cauces de la razón.

Sólo por la fuerza de voluntad conservé el dominio de mí cada vez más débilmente, y logré tan gran éxito, que la siguiente vez que apareció la luz permanecí tranquilamente sentado y miré con indiferencia al fresco y tentador alimento que se hallaba casi a mi alcance. Me alegré de haberlo hecho así, porque me ofreció la oportunidad de resolver el aparente misterio de aquellos banquetes fantasmagóricos.

Como no me esforcé en coger la comida, los atormentadores dejaron encendida la luz con la esperanza de que al fin no podría dominarme más y les daría la deliciosa emoción que mis anteriores y fútiles esfuerzos les había proporcionado.

Y mientras, sentado aún, escrutaba los cargados estantes, vi cómo se hacía aquello, tan sencillo que no comprendía cómo no se me había ocurrido antes. El muro de mi prisión era de cristal sumamente transparente; detrás del cristal estaban las viandas tentadoras. Después de cerca de una hora se apagó la luz; pero esta vez no hubo risa burlona, por lo menos de parte de mis atormentadores; mas yo, para estar al quite con ellos, solté una suave carcajada que nadie podría confundir con la de un loco.

Pasaron nueve días, y me hallaba debilitado por el hambre y la sed; pero ya no sufría, ya había pasado el sufrimiento. Después, a través de la oscuridad, un paquetito cayó en el suelo a mis pies.

Lo busqué con indiferencia, creyendo que sería alguna nueva invención de mis carceleros para aumentar mis tormentos. Por fin lo encontré: era un paquetito envuelto en papel y al extremo había una cuerda fuerte. Al abrirlo, unos cuantos comprimidos cayeron al suelo. Los recogí y, tocándolos y oliéndolos, descubrí que eran unas tabletas de alimento concentrado, de uso común en muchas partes de Barsoom. «¡Veneno!», pensé.

Bien: ¿y qué? ¿Por qué no terminar de una vez mi miserable existencia en lugar de arrastrarme unos tristes días más en aquel oscuro pozo? Lentamente llevé una de las pastillas a mis labios.

«¡Adiós, mi Dejah Thoris! —suspiré—. He vivido y luchado por ti, y ahora mi más ardiente deseo se va a realizar, porque moriré por ti.» Y, metiendo la pastilla en la boca, la tragué.

Una por una, las comí todas, y nunca me supo nada mejor que aquellos trocitos de alimento, dentro de los cuales debía de ocultarse la muerte, probablemente una muerte horrible y espantosa.

Mientras estaba tranquilamente sentado en el suelo de mi prisión, mis dedos, accidentalmente, entraron en contacto con el trocito de papel en que habían envuelto los comprimidos, y mientras jugueteaba con él, mi mente vagaba en el pasado para revivir durante breves momentos, antes de morir, algunas de las muchas horas felices de una larga y dichosa existencia; me di cuenta de unas extrañas protuberancias sobre la suave superficie del apergaminado papel de mis manos.

Durante algún tiempo no tuvieron significado alguno para mí. Yo pensaba sencilla y tranquilamente cómo se hallarían allí; pero, al fin, parecieron tomar forma, y entonces me di cuenta que no había más que una sola línea, como de escritura.

Ahora, ya más interesado, mis dedos las recorrieron una y otra vez. Había cuatro distintas y separadas combinaciones de líneas levantadas. ¿Podría ser que fuesen

cuatro palabras y que tuviesen por objeto transmitirme algún mensaje?

Cuanto más pensaba en ello, más me excitaba, hasta que mis dedos corrieron locamente hacia atrás y hacia adelante sobre aquellas enloquecedoras colinas y valles del trocito de papel.

Pero no podía sacar nada en limpio y, por fin, decidí que mi misma prisa me impedía resolver el misterio. Después, lo tomé con más calma. Una y otra vez, mi dedo índice trazó la primera de las cuatro combinaciones.

La escritura marciana es algo difícil de explicar a un hombre de la Tierra; es algo entre taquigrafía y dibujo, y es un idioma completamente distinto al idioma hablado de Marte.

En Barsoom sólo hay un idioma hablado. Hoy lo hablan todas las razas y naciones lo mismo que al comenzar la vida humana sobre Barsoom. Ha crecido con la ilustración del planeta y sus descubrimientos científicos; pero es tan ingenioso, que las palabras nuevas, para expresar nuevos pensamientos o describir nuevas condiciones o descubrimientos, se forman por sí mismas; ninguna otra palabra podría explicar aquello que una nueva palabra requiere para otra que la palabra que naturalmente la llena; y así, por muy alejadas que estén dos naciones o razas, sus idiomas hablados son idénticos. No así, sin embargo, sus idiomas escritos. No hay dos naciones que tengan el mismo idioma escrito, y a menudo, ciudades de una misma nación tienen un idioma escrito que se diferencia mucho de los de las otras.

Debido a esto, los signos sobre el papel, si en realidad eran palabras, me eludieron durante algún tiempo; pero, al fin, averigüé la primera.

Era «valor» y estaba escrita con letras de Marentina. ¡Valor!

Era ésta la palabra que el guerrero amarillo había murmurado a mi oído cuando estaba al borde del Pozo de la Abundancia.

El mensaje debía de ser suyo, y sabía que era un amigo. Con renovada esperanza empleé toda mi energía en descifrar el mensaje y, por fin, el éxito coronó mis esfuerzos. Había leído las cuatro siguientes palabras: «¡Valor! ¡Sigue la cuerda!».

CAPÍTULO XII



¡Sigue la cuerda!



¿Qué significaría aquello? «¡Sigue la cuerda!» ¿Qué cuerda?

De repente recordé el cordel atado al paquete cuando cayó a mi lado y, después de palpar con la mano, lo encontré. Colgaba desde arriba, y cuando tiré de él, descubrí que estaba rígidamente asegurado, probablemente a la boca del pozo.

Al examinarlo, encontré que el cordel, aunque delgado, podía muy bien sostener el peso de varios hombres. Después hice otro descubrimiento: había un segundo mensaje anudado en la cuerda a la altura de mi cabeza. Éste pude descifrarlo con más facilidad, ahora que tenía la clave:

«Llévate la cuerda. Pasados los nudos hay peligro.»

Esto era todo. Era evidente que lo habían escrito de prisa, después de pensarlo mucho.

No me detuve en releerlo, aunque no estaba demasiado seguro del significado de la última advertencia: «Pasados los nudos, hay peligro.» Y, sin embargo, estaba seguro de que allí, ante mí, estaba el medio de escapar, y que cuanto antes lo aprovechase, más probabilidades tenía de lograr la libertad.

Por lo menos, no podría estar peor que en el Pozo de la Abundancia.

Tenía que saber, sin embargo, antes de salir de aquel maldito agujero, que podía haberme hallado mucho peor si me hubiese visto obligado a permanecer en él dos minutos más.

Ese tiempo me había llevado ascender unos cincuenta metros, cuando un ruido que provenía de arriba llamó mi atención. Con gran sentimiento vi que levantaban la losa que cubría el pozo, y a la luz que entraba del patio vi a varios guerreros amarillos.

¿Sería posible que a costa de tanto trabajo me estuviese metiendo en un nuevo lío? ¿Era el mensaje, después de todo, falso? Y justamente cuando mi esperanza y valor decaían, vi dos cosas.

Fue una, el cuerpo de un enorme apt, que forcejeaba y gruñía mientras le bajaban por la boca del pozo donde yo estaba, y fue la otra una abertura mayor que el cuerpo de un hombre, a la cual conducía mi cuerda.

Justamente cuando trepaba en el oscuro agujero pasó el apt, extendiendo sus poderosas patas para cogermé, gruñendo y rugiendo de un modo terrible. Ahora veía

claramente el fin que Salensus Oll me tenía destinado. Después de atormentarme con el hambre, había ordenado que bajasen la fiera a mi prisión para terminar la obra que la diabólica imaginación del jeddak había concebido.

Y después, otra verdad se presentó a mi mente. Yo había vivido nueve de los diez días que tenían que pasar antes de que Salensus Oll pudiese hacer a Dejah Thoris su reina. El fin del apt era lograr mi muerte antes del décimo día.

Estuve a punto de soltar una carcajada al pensar cómo el medio adoptado por Salensus Oll para lograr su fin iba a ayudarme a recobrar la libertad, porque cuando descubriesen que el apt estaba completamente solo en el Pozo de la Abundancia, no podrían saber que no me había devorado; así, pues, no sospechando mi fuga, no me buscarían.

Enrollando la cuerda que hasta allí me había conducido, busqué el otro extremo, encontrando que seguía precediéndome. Aquél era, pues, el significado de las palabras «¡Sigue la cuerda!»

El túnel por el cual me arrastraba era bajo y oscuro. Lo había seguido durante varios cientos de yardas, cuando sentí un nudo entre mis dedos. «Después del nudo hay peligro.»

Proseguí entonces con la mayor cautela, y un momento después una rápida revuelta del túnel me condujo a una abertura que daba a una gran habitación, brillantemente alumbrada.

La dirección del túnel que había recorrido se inclinaba ligeramente hacia arriba, lo que me hizo juzgar que la cámara que ahora se presentaba a mi vista debía de estar en el primer piso del palacio o directamente debajo del primer piso.

Sobre la pared que me hacía frente había gran cantidad de extraños instrumentos y aparatos, y en el centro de la habitación, una gran mesa, a la cual estaban sentados dos hombres en profunda conversación.

El que me quedaba de frente era un hombre amarillo, pequeño, lleno de arrugas, con grandes ojos que mostraban lo blanco alrededor de toda la circunferencia del iris.

Su compañero era un hombre negro, y no necesité verle el rostro para saber que era Thurid, porque no había otro del Primer Nacido en el norte de la barrera de hielo.

Thurid hablaba cuando yo llegué bastante cerca para oírlos.

—Solan —decía—, no hay peligro alguno, y la recompensa es grande. Sabes bien cuánto odias a Salensus Oll y que nada te daría mayor placer que contrariarle en alguno de sus planes. No hay nada que hoy desee más que casarse con la hermosa princesa de Helium; pero yo también la quiero, y con tu ayuda podré alcanzarla. No tienes más que salir un instante de esta habitación cuando yo te haga la señal. Yo haré lo demás, y después, cuando yo me vaya, puedes venir y poner la gran palanca otra vez en su sitio, y todo quedará igual que antes. Sólo necesito una hora para ponerme a salvo del poder diabólico que tú dominas en esta escondida habitación, debajo del

palacio de tu amo. Mira qué fácil sería.

Y diciendo estas palabras se levantó el negro dátor y, cruzando la habitación, puso la mano sobre una gran palanca pulimentada que sobresalía bastante de la pared opuesta.

—¡No, no! —exclamó el hombrecillo, saltando tras él, dando un alarido—. ¡Ésa no; ésa no! Ésa domina los tanques de los rayos del sol, y si tirases de ella demasiado, todo Kadabra quedaría consumida por el calor antes de que pudiese colocarla en su sitio. ¡Ven, ven! No sabes con qué fuerzas estás jugando. Ésta es la palanca que buscáis. Observa bien el símbolo grabado en el blanco sobre la superficie de ébano.

Thurid se acercó y examinó el mango de la palanca.

—¡Ah! Un imán —dijo—. Lo recordaré. Puesto que así está convenido, la cogeré —continuó.

El anciano titubeó. Sus nada hermosas facciones expresaron tanta avaricia como temor.

—Dobla la suma —dijo—. Aun así, será demasiado pequeña para el servicio que te hago, pues arriesgo mi vida hasta recibéndote aquí, dentro del recinto prohibido de mi estación. Si Salensus Oll se enterase de ello, me mandaría echar a los apts antes de que terminase el día.

—No se atrevería a hacerlo, y bien lo sabes tú, Sotan —contradijo el negro—. Tienes un poder demasiado grande sobre la vida y muerte de la nación de Kadabra para que Salensus Oll se atreva nunca a amenazarte de muerte. Antes de que sus emisarios pudiesen poner las manos sobre ti, podrías coger esta misma palanca de la cual me has apartado y borrar para siempre la ciudad entera.

—Y yo con ella —dijo Solan, estremeciéndose.

—Pero si de todos modos tendrías que morir, tendrías el valor de hacerlo —replicó Thurid.

—Sí —murmuró Solan—. Muchas veces he pensado en eso mismo. Bien vale, Primer Nacido, tu roja princesa el precio que pido por mi servicio, o te pasarás sin ella y la verás mañana en los brazos de Salensus Oll.

—Toma lo que pides, hombre amarillo —replicó Thurid, soltando una maldición—. La mitad, ahora, y el resto, cuando hayas cumplido tu palabra.

Diciendo estas palabras, el dátor tiró sobre la mesa una bolsa llena de monedas.

Solan la cogió, y con temblorosos dedos contó su contenido. Sus ojos extraviados expresaron gran avaricia, y su descuidada barba y bigote se agitaron con los músculos de su boca y barbilla. Era evidente, porque Thurid había adivinado con perspicacia el punto flaco del hombre; hasta los movimientos de los dedos, que asemejaban garras, denotaban el ansia del avariento.

Habiendo comprobado que la cantidad era la estipulada, Solan metió de nuevo el dinero en la bolsa.

—¿Ahora —dijo— estás seguro de que sabes el camino que tienes que seguir? Tenéis que recorrerlo de prisa para llegar a la cueva, y de allí ponerte fuera del alcance del Gran Poder, en el término de una hora, porque no me atrevo a darte más tiempo.

—Deja que te lo repita —dijo Thurid—, para que te convenzas de que me lo sé de memoria.

—Prosigue —replicó Solan.

—A través de esa puerta —empezó Thurid, señalando una que había en el extremo de la habitación— sigo por un corredor, dejando a mi derecha tres corredores divergentes, hasta donde convergen otros tres; allí, de nuevo cojo el de la derecha acercándome mucho a la pared izquierda para evitar el pozo. Al extremo de este corredor encontraré una escalera de caracol, que debo bajar en lugar de subir; después de esto, el camino es por un solo corredor y no ofrece duda alguna.

—Exacto, dátor —contestó Solan—. Y ahora ya habéis tentado demasiado al Destino permaneciendo tanto tiempo aquí.

—Esta noche o mañana puedes esperar la señal —dijo Thurid levantándose para marcharse.

—Esta noche o mañana —repitió Solan. Mientras la puerta se cerraba tras su visitante, el anciano continuó murmurando al volverse hacia la mesa, donde de nuevo vació el contenido de la bolsa, pasando los dedos por el montón de reluciente metal, haciendo montoncitos, con las monedas, contando, recontando y acariciando su riqueza, mientras seguía murmurando en voz baja. Poco después, sus dedos se inmovilizaron; sus ojos parecieron salirse de las órbitas, mientras se fijaban en la puerta por donde había desaparecido Thurid. El murmullo se cambió en lamento para terminar en un feo gruñido. Después el hombre se apartó de la mesa, amenazando la puerta con su puño cerrado y levantando la voz, y entonces pude oír distintamente, en medio de tal confusión, las siguientes palabras:

«¡Idiota! ¿Piensas que por tu felicidad iba Solan a perder la vida? Si te escapases, Salensus Oll sabría que sólo por mi medio podías haberlo logrado. Entonces mandaría a buscarme. ¿Qué quieres que hiciese entonces? ¿Reducir la ciudad, y yo con ella, a cenizas? No, idiota; hay un medio mejor, un medio mejor para que Solan se quede con el dinero y se vengue de Salensus Oll.»

Prorrumpió en desagradable y cascada risa, y prosiguió: «¡Pobre idiota! Puedes tirar de la gran palanca que te dará la libertad del aire de Okar, y después, seguro en tu fatuidad, proseguir con tu roja princesa a la libertad de la muerte. Cuando en tu huida hayas pasado de esta habitación, ¿qué es lo que podrá impedir a Solan colocar de nuevo la palanca como estaba antes de que tu mano vil la tocase? Nada; y luego el guardián del Norte te reclamará a ti y a tu mujer, y cuando Salensus Oll vea vuestros cadáveres, no se imaginará nunca que la mano de Solan tuvo nada que ver en ello.»

Después, su voz de nuevo se hizo un murmullo que no me era posible entender; pero había oído lo bastante para poder adivinar mucho más, y di gracias a la bondadosa Providencia, que me había conducido allí en momentos de tal importancia para Dejah Thoris y para mí mismo.

Pero ahora, ¿cómo pasar por delante del hombre? El cordel, casi invisible en el suelo, se extendía a través de la habitación hasta una puerta del extremo opuesto.

No había otro camino que yo conociese, ni podía permitirme ignorar el consejo de «¡Sigue la cuerda!» Tenía que atravesar aquel cuarto; pero cómo iba a hacerlo sin que me viese el hombre que lo ocupaba, no podía comprenderlo.

Claro está que podía haber saltado sobre él y con mis desnudas manos haberle callado para siempre; pero había oído bastante para convencerme de que mientras viviese, el conocimiento que yo había adquirido podría servirme en lo por venir, mientras que si lo mataba y otro fuese colocado en su lugar, Thurid no se presentaría con Dejah Thoris, como, por lo visto, era su intención.

Mientras permanecía en la oscura sombra del extremo del túnel, atormentando mi cerebro para discurrir un plan factible, observaba como un gato los menores movimientos del anciano; cogió la bolsa de dinero y cruzó a uno de los extremos de la habitación, en donde, arrodillándose, empezó a buscar no sabía qué en un entrepaño de la pared.

Instantáneamente adiviné que allí estaba el escondite en el cual guardaba su dinero, y mientras permanecía allí inclinado, dándome la espalda, entré en la habitación de puntillas y, con el mayor sigilo, traté de llegar al extremo opuesto antes de que hubiese terminado y hubiese vuelto de nuevo al centro de la habitación.

Treinta pasos escasos tenía que dar y, sin embargo, a mi imaginación sobreexcitada se le antojaba que la pared estaba treinta millas; pero, por fin, llegué a ella sin haber apartado mi vista ni un solo momento de la cabeza del avaro.

No se volvió hasta que mi mano estuvo en el botón de la puerta por la que debía pasar, y entonces se volvió en dirección contraria, mientras que yo la cerraba suavemente tras de mí.

Durante un instante me detuve con el oído pegado a la puerta para averiguar si se había dado cuenta de algo; pero como ningún ruido sospechoso llegaba a mis oídos, me dirigí por el nuevo corredor, siguiendo la cuerda, que iba enrollando y guardando según avanzaba.

Pero poco después llegué al final de ella, en un punto donde se reunían cinco corredores. ¿Qué iba a hacer? ¿Hacia dónde debía dirigirme? No lo sabía.

Un cuidadoso examen del extremo de la cuerda me reveló que había sido cortada con un instrumento afilado. Este hecho y las palabras que me habían advertido de que el peligro estaba detrás «de los nudos», me convenció de que la cuerda había sido cortada después de que mi amigo la había colocado para guiarme, porque yo no había

pasado más que un nudo, cuando era evidente que había habido, por lo menos, dos en toda la extensión de la cuerda.

Me hallaba ahora en gran aprieto, porque ni sabía qué camino seguir ni cuándo hallaría el peligro anunciado; pero no podía hacer otra cosa que seguir por uno de los corredores, porque nada sacaba quedándome donde estaba.

Así, pues, escogí el corredor central y me interné en sus tenebrosas profundidades con una oración en mis labios.

El piso del túnel se elevaba rápidamente según avanzaba, y un momento después terminó abruptamente ante una pesada puerta.

Nada podía oír al otro lado, y con mi habitual precipitación la abrí para entrar en un cuarto lleno de guerreros amarillos. El primero que me vio abrió los ojos de par en par, lleno de asombro, y al mismo tiempo sentí en mi dedo la sensación punzante que me advertía la presencia de un amigo del anillo.

Otros diez guerreros me vieron y, de común acuerdo, cayeron sobre mí, porque todos ellos eran de la guardia de palacio, hombres que me conocían bien.

El primero en poner sobre mí su mano fue el que llevaba el anillo compañero al mío, y al acercármeme murmuró:

—¡Entrégate a mí!

Después, con voz fuerte, gritó:

—Eres mi prisionero, hombre blanco.

Y me amenazó con su acero. Así, pues, John Carter, príncipe de Helium, humildemente se entregó a un solo antagonista. Los otros nos rodearon, haciéndome mil preguntas, pero yo no quise contestarles y, finalmente, mi apresador anunció que me llevaría de nuevo a mi celda.

Un oficial dio orden a varios guerreros de que le acompañasen, y un momento después desandábamos el camino que yo había acabado de recorrer.

Mi amigo iba muy cerca de mí, preguntándome muchas tonterías del país que acababa de abandonar, hasta que, por fin, sus compañeros no se ocuparon más de él ni de lo que decía.

Gradualmente, mientras hablaba, iba bajando la voz hasta poder hacerlo conmigo en voz baja sin llamar la atención. Su treta fue hábil y demostró que Talu no se había engañado al juzgar la disposición del hombre para cumplir la peligrosa misión que le había encomendado.

Cuando se hubo asegurado de que los otros guerreros no le escuchaban, me preguntó por qué no había seguido la cuerda, y cuando le dije que terminaba en los cinco corredores, dijo que debió de cortarla alguien que necesitase un trozo de cuerda, porque estaba seguro de que «el estúpido Kadabriano nunca hubiese adivinado su intento».

Antes de llegar al sitio donde los cinco corredores divergían, mi amigo

marentiano había logrado quedarse conmigo a retaguardia de la pequeña columna, y cuando llegamos a vista de los distintos caminos, me dijo al oído:

—Corre al primero de la derecha. Conduce a la torre vigía del muro Sur. Yo dirigiré la persecución por el otro corredor.

Y, diciendo esto, me dio un gran empujón hacia la oscura boca del túnel, prorrumpiendo al mismo tiempo en gritos de alarma y dolor, mientras se tiraba al suelo simulando que yo le había derribado de un golpe.

Tras de mí resonaba el eco de los gritos de los otros guerreros, que se fueron desvaneciendo según el espía de Talu los llevaba por el otro corredor en imaginaria persecución.

Al correr por mi vida a través de las oscuras galerías subterráneas del palacio de Salensus Oll, debía ciertamente presentar un notable aspecto si alguien hubiera podido verme; porque, aunque la muerte me rodeaba, mi rostro sonreía al pensar en el ingenio del desconocido héroe de Marentina, a quien debía la vida.

Así son los hombres de mi amado Helium, y cuando encuentro otro semejante, sea cual fuere su raza o color, mi corazón va hacia él, como iba hacia mi nuevo amigo, que había arriesgado su vida por mí, sencillamente porque llevaba el anillo compañero al que su gobernante le había pasado al dedo.

El pasadizo por donde yo corría iba casi en línea recta durante una distancia considerable, terminando al pie de una escalera de caracol, por la cual subí para salir poco después a una habitación circular del primer piso de la torre.

En aquella habitación, varios esclavos rojos se ocupaban en pulimentar o arreglar las armas de los hombres amarillos.

Las paredes estaban cubiertas de armas de todas clases.

Era, por lo visto, una armería. Sólo tres guerreros vigilaban a los obreros.

Mis ojos abarcaron la escena de una mirada. ¡Allí había armas en abundancia! ¡Allí había fornidos guerreros rojos para esgrimirlas!

¡Y allí estaba John Carter, príncipe de Helium, que necesitaba tanto armas como guerreros!

Al entrar en la habitación, esclavos y guerreros me vieron enseguida. Cerca de la entrada donde me hallaba había una porción de sables rectos, y al empuñar uno de ellos mis ojos cayeron sobre dos de los prisioneros que trabajaban juntos.

Un guerrero se dirigió a mí.

—¿Quién sois? ¿Qué hacéis aquí?

—Vengo a buscar a Tardos Mors, jeddak de Helium, y a su hijo, Mors Kajak — exclamé, señalando a los dos primeros rojos, que se habían puesto en pie de un salto, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa experimentada al reconocermes.

»¡Levantaos, hombres rojos! Antes de morir dejemos un memorial en el palacio del tirano de Okar, que permanecerá para siempre en los anales de Kadabra para

honor y gloria de Helium.

Porque había visto que todos los prisioneros que allí había eran hombres de la armada de Tardos Mors.

Entonces el primer guerrero cayó sobre mí y comenzó la lucha; pero apenas la había comenzado vi con gran horror que los esclavos rojos estaban encadenados al suelo.

CAPÍTULO XIII



Los guerreros no se preocuparon en absoluto de sus custodiados, porque los hombres rojos no podían separarse más de dos metros de las grandes anillas a las cuales estaban sujetos, aunque cada uno había empuñado el arma que tenía entre las manos cuando yo entré en la habitación y se hallaban dispuestos a ayudarme si les fuese posible.

Los hombres amarillos me dedicaban toda su atención, y no tardaron mucho en descubrir que los tres no eran demasiado para defender la armería contra John Carter ¡Ojalá aquel día hubiera tenido mi larga espada! Pero, así y todo, di cuenta satisfactoria de mí con el acero del hombre amarillo, al cual no estaba habituado.

Al principio me costó mucho evitar las traidoras espadas de gancho; pero después de unos minutos había logrado arrancar otra segunda espada de la pared, sirviéndome de ella para parar los ganchos de mis antagonistas, sintiéndome más igualmente equipado.

Los tres guerreros cayeron sobre mí enseguida, y a no ser por una afortunada circunstancia, mi fin no hubiese tardado en llegar. El guerrero que tenía más cerca me atacó traidoramente de lado con su gancho después de que entre los tres me habían obligado a retroceder hasta la pared; pero esquivé el golpe y, levantando el brazo, hice que su arma, rozándome la cadera, se quedase enganchada en un armero de lanzas.

Antes de que pudiese desenredarla le había yo atravesado de parte a parte, y después, volviendo a la táctica que me ha salvado en cientos de aventuras, me precipité sobre los otros dos guerreros, obligándoles a retroceder con un verdadero torrente de cortes y envites, hasta que logré inspirarles un saludable temor a la muerte.

Entonces uno de ellos empezó a gritar pidiendo socorro; pero era demasiado tarde.

Eran ya como masa en mis manos y les obligué a retroceder en la armería, hasta llevarlos a donde quise, al alcance de los aceros de los esclavos encadenados. En un instante cayeron los guerreros al suelo muertos; pero sus gritos no habían sido del todo inútiles, porque se oían otros gritos y las pisadas de muchos hombres que corrían y el ruido de armas y las órdenes de los oficiales.

—¡La puerta! ¡Pronto, John Carter, echa la barra a la puerta! —gritó Tardos Mors. Ya se veía a la guardia cargando a través del patio descubierta, que se percibía por la puerta.

Unos segundos bastarían para que llegasen a la torre. Un solo salto me llevó al ancho portal. Dando un fuerte porrazo la cerré de golpe.

—¡La barra! —gritó Tardos Mors. Traté de deslizar el inmenso cerrojo en su sitio; pero no lograba mi intento.

—¡Levántalo un poco para soltar el gancho! —gritó uno de los hombres rojos.

Oía a los hombres amarillos saltar las losas delante de la puerta. Levanté la barra y la eché hacia la derecha justamente en el momento en que el guerrero más adelantado se echaba sobre la puerta. La barra no cedió: había llegado a tiempo, pero sólo por la fracción de un segundo.

Dediqué entonces mi atención a los prisioneros. Primero me dirigí a Tardos Mors, preguntando dónde estaban las llaves para soltar sus hierros.

—El oficial de guardia las tiene —replicó el jeddak de Helium—, y está entre los que quieren entrar. Tendrás que forzarlos.

La mayor parte de los prisioneros estaban ya batiendo sus cadenas con las armas que tenían en la mano.

Los hombres amarillos golpeaban la puerta con hachas y lanzas.

Volví a ocuparme de los hierros que sujetaban a Tardos Mors. Una y otra vez di con fuerza en el metal con mi afilada espada; pero aún más rápidamente caía el torrente de golpes sobre la puerta.

Por fin, la anilla se partió bajo mis esfuerzos, y un momento después Tardos Mors se hallaba libre, aunque algunos centímetros de cadena arrastraban de su tobillo.

Una astilla de madera que cayó de la puerta nos anunció la ventaja que lograban nuestros enemigos sobre nosotros.

Las fuertes hojas temblaban bajo el terrible ataque de los furiosos hombres amarillos.

Entre los porrazos que daban a la puerta y el golpear de los hombres rojos en sus cadenas, el estruendo en la armería era espantoso. Tan pronto como Tardos Mors se halló libre, se dedicó a ayudar a otro prisionero, mientras yo me puse a soltar a Mors Kajak.

Teníamos que darnos mucha prisa si habíamos de cortar todas las cadenas antes de que cediese la puerta. Cayó luego un entrepaño, y Mors Kajak salto a la brecha para defender la entrada hasta que tuviésemos tiempo de libertar a los demás.

Con lanzas arrancadas de la pared hizo destrozos entre los que más se adelantaban de los okarianos, mientras luchábamos con el insensato metal que aprisionaba a nuestros compañeros.

Por fin, todos los esclavos, menos uno, quedaron libres, y la puerta cayó con

estrépito ante un ariete apresuradamente levantado y la horda amarilla cargó sobre nosotros.

—¡Al piso de arriba! —gritó el hombre rojo que aun estaba encadenado al suelo—. ¡Al piso de arriba! Allí podréis defender la torre contra todo Kadabra. No os detengáis por mi causa, pues yo no podía ambicionar muerte mejor que morir sirviendo a Tardos Mors y al príncipe de Helium.

Pero antes hubiera yo sacrificado la vida de todos nosotros que abandonar a un solo hombre rojo, mucho menos al héroe de corazón de banth que nos suplicaba que le dejásemos.

—Cortad sus cadenas —grité a otros dos— mientras los demás contenemos al enemigo.

Éramos ya diez para luchar con la guardia okariana, y puedo asegurar que en la antigua torre nunca se libró batalla más encarnizada que la que tuvo lugar aquel día dentro de sus sombrías paredes.

La primera ola de guerreros amarillos que se precipitó, retrocedió ante las cortantes hojas de diez veteranos de Helium. Una docena de cadáveres de okarianos bloqueaban la entrada, pero sobre la horrible barrera, más de veinte de sus compañeros se precipitaban lanzando su ronco y horrible grito de guerra.

Nos encontrábamos sobre el sangriento montón de manos a boca, apuñalando sin sitio para cortar, atacando cuando podíamos empujar un enemigo con todo el brazo, y mezcladas con el grito salvaje de los okarianos, se elevaban las gloriosas palabras: «¡Por Helium! ¡Por Helium!» que durante innumerables siglos, han espoleado a los más valientes entre los valientes a aquellos actos de valor que han extendido la fama de los héroes de Helium por el mundo entero.

Ya habían caído las cadenas del último de los hombres rojos y éramos trece para hacer frente a cada nuevo ataque de los soldados de Salensus Oll. Apenas alguno de nosotros no sangraría de numerosas heridas, pero ninguno había caído.

Veíamos entrar en el patio cientos y cientos de guerreros, y a lo largo del corredor inferior, desde el cual yo había penetrado en la armería, oíamos el ruido de armas y los gritos de los hombres.

Dentro de breves momentos nos veríamos atacados por dos sitios, y a pesar de nuestras proezas, no podríamos esperar resistir las desiguales fuerzas que de aquel modo dividirían nuestra atención y nuestro pequeño número.

—¡Al piso de arriba! —gritó Tardos Mors, y un momento después retrocedimos hacia la escalera que allí conducía.

Sostuvimos otra sangrienta batalla con los hombres amarillos que cargaron en la armería, según retrocedimos de la puerta. Allí cayó nuestro primer hombre, un noble camarada que mal podíamos perder, pero por fin todos llegaron a la escalera menos yo, que permanecí conteniendo a los okarianos, mientras los demás se ponían a salvo.

En la boca de la estrecha espiral, sólo un guerrero a la vez podía atacarme, de modo que no tuve gran dificultad en detenerlos durante el breve tiempo que fue necesario. Después, retrocediendo lentamente ante ellos, comencé el ascenso de la escalera de caracol. Todo el largo trecho hasta arriba de la torre, los guerreros me atacaron muy de cerca. Cuando uno caía ante mi acero, otro saltaba por encima del caído para ocupar su lugar, y de este modo, ganando con grandes esfuerzos cada palmo de terreno, llegué por fin, a la espaciosa torre vigía, de paredes de cristal, de Kadabra.

Allí mis compañeros estaban reunidos y dispuestos a reemplazarme, y para descansar un momento me hice a un lado, mientras repelían al enemigo.

Desde mi elevada posición se podía ver a muchas millas de distancia, en todas direcciones. Hacia el Sur se extendía la quebrada planicie de hielo hasta el borde de la poderosa barrera. Hacia el Este y el Oeste y confusamente hacia el Norte, distinguía otras ciudades okarianas, mientras que, en primer término, pasadas las murallas de Kadabra, la sombría flecha se elevaba tétricamente.

Dirigí una mirada a las calles de la ciudad de Kadabra, en las que un repentino tumulto se elevaba, y allí vi una reñida lucha, y fuera de las murallas de la ciudad, vi hombres armados que marchaban en grandes columnas hacia la puerta más cercana.

Ansiosamente me apreté contra la pared de cristal del observatorio, atreviéndome apenas a dar crédito a testimonios de mis propios ojos, pero por fin no pude dudar más, y con un grito de alegría, que resonó extrañamente en medio de las maldiciones y lamentos de los que peleaban a la entrada de la habitación, llamé a Tardos Mors.

Cuando se acercó a mí, le señalé las calles de Kadabra y las columnas que avanzaban a lo lejos, sobre las que flotaban valientemente, en el aire ártico, las banderas y pendones de Helium.

Un instante después, cada hombre rojo, dentro de la elevada cámara, había visto la inspiradora visión y había exhalado grito tal de agradecimiento, como de seguro nunca había resonado en aquel antiguo edificio de piedra.

Pero aún teníamos que luchar, porque aunque nuestras tropas habían entrado en Kadabra, la ciudad se hallaba muy lejos de capitular; ni siquiera había sido asaltado el Palacio real. Cada uno, a su vez, defendíamos la escalera, mientras los otros festejaban sus ojos con la visión de nuestros valientes compatriotas luchando muchos metros por debajo de nosotros.

¡Ahora han asaltado la verja de palacio! ¡Grandes arietes se precipitan contra su formidable superficie! ¡Ahora son rechazados por una mortífera lluvia de flechas lanzadas desde lo alto de la muralla!

De nuevo cargan los nuestros; pero la salida de una gran fuerza de okarianos de la avenida inmediata aplasta la cabeza de la columna, y los hombres de Helium caen luchando contra fuerzas superiores.

Las verjas del palacio se abren, y fuerzas de la propia guardia del jeddak salen para exterminar los destrozados regimientos. Durante un momento parece que nada podrá impedir la derrota, y después veo una noble figura sobre un poderoso thout, no el pequeño thout del hombre rojo, sino uno de sus inmensos primos de los fondos de los mares muertos.

El guerrero se abre paso hasta el frente, y tras él se rehacen los desorganizados guerreros de Helium. Al levantar altivamente la cabeza en son de desafío a los hombres que cubren los muros del palacio, veo su rostro y mi corazón se dilata de orgullo y alegría, mientras los rojos guerreros se precipitan tras su jefe y recobran el terreno que habían perdido; el rostro del jinete del poderoso thout es el de mi hijo, Carthoris de Helium.

A su lado lucha el inmenso perro de guerra marciano; no necesité una segunda mirada para saber que era Woola, mi fiel Woola, quien había cumplido tan perfectamente su ardua misión trayendo las legiones auxiliaoras en el momento oportuno. ¿En el momento oportuno? ¡Quién podría asegurar que no habían llegado demasiado tarde para salvar, aunque seguramente sí para vengar!

¡Y qué lección no daría aquel ejército vencedor a los odiosos okarianos! Suspiré pensando que era posible que yo no viviese lo suficiente para presenciarlo.

De nuevo me volví hacia las ventanas. Los hombres rojos no habían forzado aún la muralla exterior del palacio, pero luchaban valerosamente contra lo mejor de Okar, valientes guerreros que disputaban el terreno palmo a palmo.

Llamó mi atención un nuevo elemento fuera de los muros del palacio, un gran cuerpo de ejército de jinetes que dominaban por su gran estatura a los hombres rojos.

Eran los enormes aliados verdes de Helium, las hordas salvajes de los fondos de los mares muertos del lejano Sur.

En tétrico y horrible silencio se apresuraban hacia la verja las acolchadas pezuñas de sus terribles monturas no haciendo ruido alguno. Cargaron sobre la ciudad sentenciada, y mientras evolucionaban a través de la ancha plaza, delante del palacio del jeddak de jeddaks, vi a su cabeza la gigantesca figura de su poderoso jefe, Tars Tarkas, jeddak de Thark.

Mi deseo quedaba satisfecho, puesto que veía a mi amigo batallando de nuevo, y aunque no a su lado, yo también estaba luchando por la misma causa allí, en la elevada torre de Okar.

No parecía que nuestros enemigos habían de cejar en sus tercios ataques, porque seguían llegando, aunque el camino que a nuestra cámara conducía a menudo llegaba a estar tapiado con los cadáveres de sus muertos.

A veces se detenían lo suficiente para arrastrar los cadáveres que les cerraban el paso, y después nuevos guerreros se lanzaban al asalto, encontrando ellos también la muerte.

Estaba de turno en la defensa de nuestro asilo, cuando Mors Kajak, que había estado observando la lucha en las calles, me llamó de repente muy emocionado. Observé una nota de temor en su voz, que me llevó a su lado en el instante en que pude encontrar quien me reemplazase, y al llegar junto a él, señaló a través el desierto de nieve y hielo hacia el horizonte Sur.

—¡Qué dolor! —exclamó—. Verme en la obligación de presenciar cómo les traiciona el Destino cruel sin poder ayudarles ni advertirles; pero ya es inútil todo.

Al mirar en la dirección que me señalaba comprendí la causa de su perturbación. Una poderosa flota se aproximaba majestuosamente hacia Kadabra, viniendo en dirección de la barrera de hielo. Se acercaban con velocidad que aumentaba rápidamente.

—La tétrica flecha que llaman la Guardiania del Norte los atrae —dijo tristemente Mors Kajak—, lo mismo que atrajo a Tardos Mors y su gran flota; mira dónde yace rota y destrozada como sombría y terrible prueba de la poderosa fuerza de destrucción que nada puede resistir.

Yo también la vi; pero algo más vi que Mors Kajak no veía; en mi mente veía una cámara subterránea cuyos muros estaban guarnecidos de extraños instrumentos e inventos.

En el centro de la cámara había una larga mesa, y ante ella estaba sentado un anciano de ojos saltones contando su dinero; pero más claramente aún veía en la pared una gran palanca, con un pequeño imán incrustado dentro de la superficie de su mango negro.

Después dirigí una mirada a la flota que se acercaba rápidamente. Dentro de cinco minutos aquella poderosa armada de los cielos sería un inútil residuo doblado, que yacería al pie de la «flecha», fuera de las murallas de la ciudad, y las hordas amarillas saldrían para precipitarse sobre los pocos sobrevivientes que caerían ciegamente en el montón de restos; después vendrían los apesadumbrados. Me estremecí al pensarlo, porque podía imaginarme muy a lo vivo la horrible escena.

Siempre he sido pronto en decidir y obrar. El impulso que me mueve y la obra parecen simultáneos, porque si mi mente lleva a cabo la tediosa formalidad del razonamiento, debe de ser un acto inconsciente del cual no me doy cuenta. Como según los psicólogos los inconscientes no razonan, un examen demasiado severo de mi actividad mental podría resultar poco halagüeño; pero sea como fuere, siempre he logrado el éxito, mientras el pensador seguía aún en su eterna tarea de comparar los diversos juicios.

Y ahora la celeridad de acción era primordial para el éxito de lo que había decidido.

Empuñando mi acero con más fuerza, grité al hombre rojo que defendía la escalera que se apartase.

—¡Paso al príncipe de Helium! —exclamé; y antes de que el asombrado hombre amarillo, que por su desgracia se hallaba en el extremo de la línea de combate, en aquel particular momento, pudiese darse cuenta de lo que ocurría, le había decapitado, y me precipitaba como un toro furioso sobre los que estaban detrás.

—¡Paso al príncipe de Helium! —gritaba al cortarme el camino a través de los asombrados guerreros de Salensus Oll.

Tajando a diestra y siniestra, me abrí paso hasta el final de la escalera, llena de cadáveres, y ya cuando me hallaba al final de ella, los de abajo, creyendo que bajaba un ejército, volvieron la espalda y huyeron.

La armería, en el piso de abajo, estaba desierta al entrar yo; el último de los okarianos había escapado al patio, así es que nadie me vio continuar por la escalera de caracol hasta el corredor de abajo.

Por él corrí con toda la rapidez que me permitían mis piernas hacia los cinco rincones, y allí me metí en el pasillo que conducía a la estación del viejo avaro.

Sin tomarme la molestia de llamar, hice irrupción en la sala. Allí estaba el anciano junto a la mesa, pero al verme se puso en pie de un salto y desenvainó la espada.

Sin casi mirarle me precipité hacia la gran palanca; pero, por grande que fuese mi rapidez, el nervioso viejo llegó antes de que yo.

Cómo lo hizo no lo sabré nunca, ni parece creíble que ningún ser nacido de Marte pueda igualar la maravillosa celeridad de mis músculos terrenos.

Se volvió sobre mí como un tigre, y prontamente comprendí por qué Sotan había sido escogido para aquel importante cargo. Nunca en mi vida había visto tan maravillosa esgrima ni una agilidad tan espeluznante como la desplegada por aquel venerable saco de huesos. Estaba en cuarenta partes al mismo tiempo, y antes de haberme podido apenas dar cuenta del peligro que corría, era probable que me convirtiese en mono y en mono difunto.

Es sorprendente cómo en situaciones nuevas e inesperadas se sacan habilidades no sospechadas para hacerles frente.

Aquel día, en el cuarto subterráneo, debajo del palacio de Salensus Oll, aprendí lo que significa el arte de la esgrima y a qué altura de dominio de la espada podía yo llegar cuando tenía que habérmelas con un mago del acero como Solan.

Durante un rato tuvo a bien acosarme, pero enseguida las posibilidades que debieron estar latentes en mí durante toda mi vida, salieron a la superficie y luché como nunca había soñado que pudiera luchar un ser humano.

Que aquel duelo verdaderamente regio tuviera lugar en las oscuridades de un sótano, sin un solo testigo que pudiera apreciarlo, me ha parecido siempre una calamidad mundial, por lo menos desde el punto de vista barsoomiano, donde la lucha sangrienta es de primordial importancia para individuos, naciones y razas.

Yo luchaba por llegar a la palanca; Solan, para impedírmelo; y aunque no

estábamos más que a tres metros de ella, durante los primeros cinco minutos de lucha ni yo podía avanzar una pulgada ni él obligarme a retroceder un ápice.

Sabía yo que si había de llegar a tiempo de salvar la flota, tenía que hacerlo en los dos siguientes segundos; así pues, ensayé mis viejas tácticas de ataque, pero lo mismo podía haber atacado una pared de ladrillo, por cuanto a Solan se refería.

En efecto, llegué a meterme en la punta de su espada, y fue todo cuanto logré por mis esfuerzos; pero el derecho estaba de mi parte, y yo creo que con este convencimiento un hombre lucha con más confianza que cuando sabe que lo hace por una mala causa.

A mí, por lo menos, no me faltaba confianza, y cuando de nuevo me precipité sobre Solan, fue echándome hacia un lado, confiando implícitamente en que se volvería para hacer frente a mi nueva línea de ataque y, en efecto, se volvió, de modo que combatíamos ya con nuestros lados hacia la ansiada meta, la gran palanca que estaba a mi derecha al alcance de la mano.

Descubrir mi pecho durante un instante era buscar muerte segura, pero no veía otro medio que arriesgarlo, si había de salvar aquella armada amiga, y así, descubriéndome ante un feo envite, alargué mi acero, haciéndola oscilar con fuerza.

Tan sorprendido y horrorizado quedó Solan, que olvidó su ataque, y volviéndose hacia la palanca dio un grito, grito que fue el último que lanzó, porque, antes de que su mano pudiera tocar la palanca, la punta de mi acero le había atravesado el corazón.

CAPÍTULO XIV



El curso de la batalla



Pero el último grito de Solan había producido efecto, porque un momento después unos doce guerreros hicieron irrupción en la cámara, aunque no antes de que yo hubiese doblado y demolido de tal modo la gran palanca, que quedase inútil para volver la elevada corriente en el poderoso imán de destrucción que controlaba.

La repentina llegada de los guerreros había dado por resultado obligarme a buscar refugio en el primer pasillo que encontré y que resultó ser, con gran contrariedad mía, no el que conocía, sino otro a su izquierda.

Debieron los guerreros de adivinar u oír por dónde me escapaba, porque apenas había recorrido una pequeña distancia, sentí que me perseguían. No tenía intención de detenerme a combatir con aquellos hombres, habiendo combates bastantes en otros sitios de la ciudad de Kadabra, combates más útiles para mí y los míos que el quitar inútilmente varias vidas en un subterráneo del palacio.

Pero los guerreros me apretaban, y como ignoraba por completo dónde estaba, pronto comprendí que me alcanzarían, a no ser que encontrase sitio donde esconderme hasta que hubieran pasado, lo que me daría la oportunidad de volver por el camino por el cual había venido y llegar a la torre, o encontrar medios de salir a las calles de la ciudad.

El pasillo se elevaba rápidamente según se alejaba de la habitación de la palanca, y ahora seguía a nivel y bien alumbrado, extendiéndose ante mí hasta perderse de vista. En cuanto mis perseguidores llegasen a aquella parte recta me verían claramente, sin que pudiera escapar inadvertidamente del corredor.

Poco después vi una serie de puertas que se abrían a ambos lados del corredor y, como todas parecían iguales, probé la primera que encontré. Daba a una pequeña habitación, lujosamente amueblada, y que, evidentemente, era una antecámara de alguna dependencia o sala de audiencia del palacio.

En el extremo había una puerta cubierta con pesada cortina, del otro lado de la cual se oía un murmullo de voces. Inmediatamente atravesé la pequeña habitación y, separando las cortinas, miré hacia la otra mayor.

A mi vista aparecieron unos cincuenta cortesanos, lujosamente ataviados, en pie ante el trono de Salensus Oll. El jeddak de jeddaks les decía:

—La hora señalada ha llegado, y aunque los enemigos de Okar estén dentro de su

recinto, nadie puede oponerse a la voluntad de Salensus Oll. La gran ceremonia tendrá que ser omitida para que ni un solo hombre abandone su puesto en las defensas, exceptuando los cincuenta nobles que la costumbre exige sean los testigos de la consagración de una nueva reina en Okar. Dentro de un momento quedará todo terminado y podremos volver a la lucha mientras que la que aún es princesa de Helium contemplará, desde la torre de la reina, el aniquilamiento de sus antiguos compatriotas y será testigo de la grandeza del que ya será su esposo.

Después, volviéndose a un cortesano, dio algunas órdenes en voz baja. El cortesano se apresuró a abrir una pequeña puerta, situada en un extremo de la habitación, diciendo:

—¡Paso a Dejah Thoris, futura reina de Okar!

Inmediatamente aparecieron dos guerreros arrastrando hacia el altar a la nada gustosa novia. Sus manos estaban aún esposadas, detrás de la espalda, evidentemente para impedir el suicidio.

Su cabello en desorden y su respiración anhelosa demostraban que, aunque cargada de cadenas, había luchado.

Al verla, Salensus Oll se levantó y desenvainó su espada, y los aceros de los cincuenta nobles presentes se elevaron formando un arco, bajo el cual la desgraciada y hermosa princesa fue arrastrada hacia su sino fatal. Una funesta sonrisa se dibujó en mis labios al pensar en el rudo despertar que aguardaba al gobernante de Okar, y mis temblorosos dedos acariciaron el puño de mi sangrienta espada.

Mientras observaba la comitiva, que se dirigía lentamente hacia el trono — comitiva que consistía tan sólo en dos puñados de sacerdotes, que seguían a Dejah Thoris y los dos guerreros—, tuve la rápida visión de un rostro negro que aparecía por detrás de las cortinas que cubrían la pared ante la cual se elevaba el estrado sobre el que se hallaba Salensus Oll.

Ahora los guerreros obligaban a la princesa de Helium a subir las gradas hasta llegar al lado del tirano de Okar, y yo no tenía ojos ni pensamiento para nada más que ella.

Un sacerdote abrió un libro y, levantando la mano empezó a leer en él. Salensus Oll tendió la mano a su futura esposa.

Había pensado aguardar que se presentase alguna circunstancia que me ofreciese razonable esperanza de éxito, porque aunque se llevase a cabo la ceremonia no podía ser válido el matrimonio mientras yo viviese.

Lo que más me preocupaba, por supuesto, era salvar a Dejah Thoris; deseaba sacarla del palacio de Salensus Oll si fuese posible; pero que esto tuviera lugar antes o después del falso matrimonio, era de importancia secundaria.

Sin embargo, cuando vi la mano vil de Salensus Oll tenderse para coger a mi amada princesa, no pude contenerme más y, antes de que los nobles de Okar se diesen

cuenta de lo que ocurría, había atravesado su débil fila y me hallaba en el estrado junto a Dejah Thoris y Salensus Oll.

Con la hoja de mi espada bajé su mano corrompida, y agarrando a Dejah Thoris por la cintura la coloqué sobre mis hombros, mientras que, volviéndome de espaldas al cortinaje del estrado, hice frente al tirano del Norte y a todos sus nobles guerreros.

El jeddak de jeddaks era un hombre enorme —un hombre ordinario y brutal—, que parecía dominarme por su estatura, sus fieras patillas y bigote negro, erizados por la ira, y se comprende fácilmente que un combatiente menos aguerrido que yo temblase ante él.

Lanzando un rugido se precipitó sobre mí con su desnudo acero; pero si Salensus Oll era buen o mal esgrimidor nunca lo llegué a saber, porque con Dejah Thoris a cuestas ya no era yo un ser humano, era sobrehumano, y nadie hubiera podido resistirme en aquel momento.

Con un solo y ahogado grito: «¡Por la princesa de Helium!», hundí mi acero en el podrido corazón del podrido gobernante y, ante los pálidos y descompuestos rostros de sus nobles, Salensus Oll rodó con horrible mueca de muerte al pie de las gradas, debajo de su trono matrimonial.

Durante un momento reinó imponente silencio en la cámara nupcial. Después, los cincuenta nobles se precipitaron sobre mí. Luchamos con furia; pero la ventaja era mía, porque estaba sobre el estrado y los dominaba y, además, luchaba por la más gloriosa mujer de una gloriosa raza, por un gran amor y por la madre de mi hijo.

Y a mi espalda, en la argentina cadencia de aquella voz querida, se elevaba el valiente canto guerrero de Helium, que las mujeres de esta nación cantan mientras sus hombres marchan hacia la victoria.

Esto sólo hubiese bastado para darme la victoria, aun con mayores desventajas, y verdaderamente creo que aquel día hubiese aniquilado a todos aquellos guerreros amarillos en la cámara nupcial del palacio de Kadabra aunque nadie hubiese venido en mi ayuda.

Rápida y furiosa era la lucha conforme los nobles de Salensus Oll se precipitaban una y otra vez ante un acero empuñado por mano que parecía haber ganado nueva magia de su reciente lucha con el astuto Solan.

Dos guerreros me apretaban tanto que no podía volverme, cuando sentí un movimiento detrás de mí y noté que el canto guerrero dejaba de oírse. ¿Se preparaba Dejah Thoris a luchar a mi lado?

Heroica descendiente de una raza heroica, no hubiese sido extraño que cogiese una espada y combatiese a mi lado, porque, aunque las mujeres de Marte no se entrenan en el arte de la guerra, tienen espíritu guerrero, y se sabe que en innumerables ocasiones han empuñado las armas.

Pero no fue así, y de ello me alegré, porque hubiese doblado mi tarea el tener que

protegerla antes de haber logrado ponerla a salvo. «Debía de estar meditando alguna astuta estrategia», pensé; y así, pues, seguí luchando seguro en la creencia de que mi amada princesa estaba detrás de mí.

Media hora, por lo menos, debió de durar la lucha contra los nobles de Okar antes de que ni uno solo lograra poner el pie en el estrado donde me hallaba; y después, de repente, todos los que quedaban se formaron debajo de mí para un último y desesperado ataque; pero mientras avanzaban, la puerta al extremo de la habitación se abrió y un mensajero con ojos espantados entró en la habitación gritando:

—¡El jeddak de jeddaks! ¿Dónde está el jeddak de jeddaks? La ciudad ha caído ante las hordas de la otra gran parte de la barrera, y en este momento la gran verja del palacio misma ha sido forzada y los guerreros del Sur se precipitan en sus sagrados recintos. ¿Dónde está Salensus Oll? Sólo él puede hacer revivir el valor de nuestros guerreros. Sólo él puede salvar el día para Okar. ¿Dónde está Salensus Oll?

Los nobles se retiraron, dejando al descubierto el cadáver de su gobernante, y uno de ellos lo señaló con el dedo.

El mensajero retrocedió horrorizado, como si hubiese recibido un golpe.

—¡Entonces, huid, nobles de Okar —gritó—, porque nada puede ya salvaros! Escuchad: ¡ya vienen!

Mientras hablaba se oían desde fuera sordos rugidos de hombres furiosos y ruido de armas.

Sin siquiera mirarme a mí, que había presenciado toda la trágica escena, los nobles se volvieron y huyeron.

Casi inmediatamente aparecieron otros guerreros amarillos en la puerta por donde acababa de entrar el mensajero.

Se replegaban hacia la cámara, resistiendo tercamente el ataque de un puñado de hombres rojos que les obligó lenta, pero inevitablemente, a retroceder.

Por encima de las cabezas de los contendientes veía, desde mi elevado puesto sobre el estrado el rostro de mi antiguo amigo Kantos Kan, mandando la pequeña tropa que había logrado penetrar hasta el corazón mismo del palacio de Salensus Oll.

Enseguida comprendí que, atacando a los okarianos por detrás, podría desorganizar su retirada tan rápidamente que su resistencia fuese corta, y con esta idea me arrojé del estrado, dando sin volver la cabeza, una corta explicación a Dejah Thoris.

Conmigo entre ella y sus enemigos, y con Kantos Kan y sus guerreros ocupando la habitación, no podía correr peligro alguno al quedarse junto al trono.

Quería que los hombres de Helium me viesen y observasen que su amada princesa estaba también allí, porque el saberlo les animaría a mayores hazañas aún que las que habían realizado hasta entonces, que grandes, por cierto, debían de ser las que les habían dado acceso en el casi inexpugnable palacio del tirano del Norte.

Al atravesar la cámara para atacar a los kadabrianos por detrás se abrió una pequeña puerta a mi izquierda, y con gran sorpresa mía aparecieron Matai Shang, padre de Therns, y Phaidor, su hija. Dirigieron una rápida mirada alrededor de la habitación. Sus ojos, dilatados de horror, descansaron un momento en el cadáver de Salensus Oll, en la sangre que teñía el suelo, en los cuerpos de los nobles que cubrían el espacio delante del trono, en mí y en los guerreros que luchaban en la otra puerta.

No intentaron penetrar en la cámara; pero desde donde estaban registraron con la vista todos los rincones y, después, cuando lo hubieron recorrido todo con la mirada, el rostro de Matai Shang expresó fiera rabia, mientras que una maliciosa y fría sonrisa entreabría los labios de Phaidor.

Enseguida desaparecieron, pero no antes de que la mujer me lanzase una burlona carcajada.

No comprendí entonces el significado de la rabia de Matai Shang ni de la satisfacción de Phaidor, pero sabía que no auguraban nada bueno.

Un momento después estaba a las espaldas de los hombres amarillos y, al verme los hombres rojos de Helium detrás de sus antagonistas, un gran grito resonó por el corredor, ahogando durante un momento el rumor de la batalla.

—¡Por el príncipe de Helium! —gritaban—. ¡Por el príncipe de Helium!

Y cayeron de nuevo sobre los guerreros del Norte, semejantes a banths hambrientos que caen sobre su presa.

Los hombres amarillos, cogidos entre dos enemigos, lucharon con la desesperación que nace a menudo de la pérdida de toda esperanza. Lucharon como hubiera yo luchado en su lugar, con la firme determinación de llevarme al otro mundo el mayor número de enemigos que pudiera.

Fue un combate glorioso, pero el fin parecía inevitable cuando poco después, por el corredor, detrás de los hombres rojos, apareció un gran cuerpo de refuerzo de guerreros amarillos.

Entonces se volvieron las tornas y fueron los hombres de Helium los que parecían condenados a ser triturados entre dos piedras de molino. Todos ellos se vieron obligados a volverse para hacer frente a aquel nuevo asalto de una fuerza muy superior, de modo que a mí me dejaron los hombres amarillos que habían estado en la sala del trono.

Y, por cierto que me dieron mucho que hacer; tanto, que empecé a dudar de si me sería posible llegar a terminar con ellos. Lentamente me obligaron a retroceder dentro de la habitación, y cuando entraron detrás de mí, uno de ellos cerró la puerta y echó el cerrojo, obstruyendo el camino a los hombres de Kantos Kan.

Fue un débil golpe, porque me dejaba a la merced de doce hombres dentro de una habitación donde nadie podía socorrerme y privaba a los hombres rojos del corredor de todo medio de escape si sus nuevos antagonistas les apretaban demasiado.

Pero yo me había visto en casos más apurados y sabía que Kantos Kan se había abierto camino en cientos de ocasiones más peligrosas que aquella en que se hallaba. Así, pues, sin desanimarme, me entregué por completo a lo más urgente.

Mi pensamiento constantemente se volvía a Dejah Thoris y suspiraba por el momento en que, terminada la lucha, podría estrecharla entre mis brazos y oír de nuevo las palabras de amor de que me veía privado hacía tantos años.

Durante la lucha en la cámara no había podido dirigirle ni una sola mirada, mientras se hallaba detrás de mí, junto al trono del difunto gobernante. Me extrañaba que no siguiese animándose con los compases del canto guerrero de Helium; pero sólo necesitaba saber que estaba luchando por ella para esforzarme cuanto podía.

Sería cansado relatar los detalles de la sangrienta lucha y de cómo combatimos desde la puerta atravesando toda la sala hasta llegar al pie del trono, antes de que mi último antagonista cayese con el corazón atravesado por mi acero. Y entonces, con los brazos abiertos y con un arranque de alegría, volví para estrechar a mi princesa y coger de sus labios la recompensa que me pagaría con creces las sangrientas luchas que de polo a polo había sostenido por ella.

El alegre grito se heló en mis labios; mis brazos cayeron sin fuerza a un lado, como quien vacila bajo el peso de una herida mortal, y subí dando traspiés las gradas del trono. Dejah Thoris había desaparecido.

CAPÍTULO XV



Recompensas



Al darme cuenta de que Dejah Thoris no se hallaba en la sala, recordé el rostro negro que había visto asomado tras las cortinas del trono de Salensus Oll en el momento en que tan inesperadamente había llegado a presenciar la escena que allí tenía lugar.

¿Por qué la visión de aquel malévolo rostro no me había movido a mayor cautela? ¿Por qué había permitido el rápido desarrollo de nuevas situaciones que borrasen el recuerdo de aquella evidente amenaza de peligro? Pero, desgraciadamente, los vanos arrepentimientos no podían reparar la calamidad acaecida. Una vez más Dejah Thoris había caído en las garras de aquel demonio, Thurid, dátor negro del Primer Nacido. De nuevo todos mis arduos trabajos habían resultado inútiles. Ahora comprendía la causa de la rabia que tan claramente expresaba el rostro de Matai Shang y el cruel placer de Phaidor.

Sabían o habían adivinado la verdad, y el hekkador de los Sagrados Therns, que evidentemente había ido con la esperanza de poner obstáculo a las esperanzas de Salensus Oll, en su meditada perfidia contra el sumo sacerdote que codiciaba a Dejah Thoris para sí, se dio cuenta de que Thurid había robado su premio debajo de sus mismas narices.

El placer de Phaidor era debido a haberse dado cuenta de lo que aquel cruel golpe significaría para mí, lo mismo que a una parcial satisfacción de su odio celoso hacia la princesa de Helium.

Mi primer pensamiento fue registrar el cortinaje del trono, porque allí había visto a Thurid. Con un solo tirón arranqué la preciosa tela de su sitio y ante mí quedó descubierta una puertecilla situada tras el estrado.

No dudé de que fuese por allí por donde Thurid se habría escapado, pero aunque hubiese tenido alguna duda, bien pronto se hubiera ésta disipado al percibir una pequeña joya caída en el corredor.

Al recogerla noté que llevaba las armas de la princesa de Helium, y apretándola contra mis labios emprendí loca carrera por el corredor que bajaba suavemente hacia las galerías inferiores del palacio.

Al poco tiempo llegué a la habitación en la cual anteriormente mandaba Solan. Su cadáver estaba aún donde lo había dejado. No había señal alguna de que nadie

hubiese pasado por el cuarto desde que yo lo dejé; pero sabía que dos personas habían estado allí: Thurid, el negro dátor, y Dejah Thoris.

Durante un momento me detuve sin saber cuál de las diferentes salidas me conduciría por el buen camino. Traté de recordar las señas que había oído a Thurid repetir a Solan, y por fin, lentamente, como a través de una espesa neblina, me vino el recuerdo de las palabras del Primer Nacido.

«Se sigue el corredor, pasando tres pasillos divergentes a la derecha; después, por el cuarto corredor de la derecha hasta donde se reúnen tres corredores; aquí se sigue de nuevo a la derecha, muy cerca de la pared, para evitar el pozo. Al final de este corredor se llega a una escalera de caracol que hay que bajar; después de esto el camino es por un pasillo recto.»

Y recordé la puerta que había señalado al hablar. No tardé mucho en emprender aquel desconocido camino sin cautela alguna, aunque sabía que podrían esperarme graves peligros en él. Parte del camino estaba oscuro como el pecado, pero casi todo el resto estaba claro. El trozo donde debía ir pegado a la pared izquierda, para evitar el pozo, era el más oscuro de todos, y me hallaba casi al borde del abismo antes de darme cuenta de que estaba cerca del sitio peligroso.

Un estrecho borde, de un pie escaso de ancho, era lo único que habían dejado para transitar por aquella espantosa cavidad a los no iniciados, dentro de la cual los ignorantes debían necesariamente caer al primer paso. Pero, por fin, lo dejé atrás, y una débil claridad me facilitó el resto del camino hasta que, al final del último corredor, me encontré de repente ante el reflejo de la luz del día sobre un campo de nieve y hielo.

Vestido para la templada atmósfera de la estufa de Kadabra, el cambio repentino a la frigidez ártica no tenía nada de agradable; pero lo peor era que sabía que no podría soportar el terrible frío, casi en cueros como estaba, y que perecería probablemente antes de alcanzar a Thurid y Dejah Thoris.

Parecía un cruel destino el verme bloqueado así por la Naturaleza, armada con todas las artes y astucias del hombre contra él, y al tropezar de nuevo en el templado túnel, me hallaba más descorazonado que nunca.

No había ciertamente desistido de mi persecución, porque si era necesario les seguiría aunque me costase la vida; pero si existía otro camino más seguro, valía bien la pena intentar descubrirlo para poder llegar al lado de Dejah Thoris en condición de poderla defender.

Apenas había entrado de nuevo en el túnel, tropecé con un pedazo de piel que parecía sujeto al suelo, cerca de la pared. En la oscuridad no podía ver lo que lo sujetaba, pero palpando con las manos descubrí que estaba cogido debajo de una puerta.

Abriéndola me encontré en el umbral de una pequeña habitación, las paredes de la

cual estaban llenas de ganchos, de los que colgaban trajes completos para la intemperie, de los usados por los hombres amarillos.

Situado como estaba a la boca de un túnel que venía del palacio, no cabía duda de que era un cuarto tocador, usado por los nobles al entrar y salir de la ciudad estufa, y que Thurid, teniendo conocimiento de él, se había detenido allí para equiparse él y Dejah Thoris, antes de aventurarse en el cortante frío del mundo ártico. En su precipitación había dejado caer varias prendas en el suelo, y la piel delatora tirada en el corredor había sido el medio de guiarme al sitio mismo que él hubiese menos deseado que yo conociese.

No necesité más que unos segundos para ponerme las prendas necesarias de piel de orluk y las pesadas botas forradas que constituyen parte tan esencial de la vestimenta del que quiere luchar con éxito con las heladas pistas y los heladores vientos del frío Norte.

De nuevo salí del túnel para encontrar las recientes huellas de Thurid y Dejah Thoris en la nieve que acababa de caer. Ahora, por fin, mi tarea era fácil, porque aunque la marcha fuese en extremo penosa, ya no me hallaba molesto por dudas respecto a la dirección que debía seguir o acosado por la oscuridad y los peligros ocultos.

A través de un paso cubierto de nieve, el camino conducía hacia la cumbre de pequeñas colinas. Pasadas éstas, se hundía de nuevo en otro paso, sólo para elevarse un cuarto de milla más allá, hacia el desfiladero que bordeaba el flanco de una colina rocosa.

Podía ver, por las pisadas de los que me habían precedido, que Dejah Thoris continuamente se echaba hacia atrás y que el hombre negro se había visto obligado a arrastrarla. Durante otros trechos sólo se veían las huellas de Thurid, profundas y muy próximas en la espesa nieve, y estas señales me probaban que entonces se había visto obligado a llevarla encima, y podía fácilmente imaginarme que Dejah Thoris había luchado fieramente con él a cada paso del camino.

Al dar la vuelta al promontorio que sobresalía de la colina vi lo que aceleró mis pulsaciones e hizo latir apresuradamente mi corazón, porque dentro de una pequeña bahía, entre las crestas de dos colinas, había cuatro personas delante de la boca de una gran cueva, y a su lado, sobre la nieve resplandeciente, descansaba un aparato que evidentemente acababan de sacar de su escondite.

Las cuatro personas eran: Dejah Thoris, Phaidor, Thurid y Matai Shang. Los dos hombres discutían acaloradamente: el padre de los Therns, amenazador; burlón el negro, mientras continuaban el trabajo que tenían entre manos.

Al deslizarme cautelosamente hacia ellos para acercarme lo más posible antes de ser descubierto, vi que por fin los dos hombres habían llegado a alguna especie de acuerdo, porque, ayudados por Phaidor, empezaron a arrastrar a Dejah Thoris, que se

resistía, a bordo del aparato.

Allí la ataron, y después bajaron de nuevo a tierra para terminar sus preparativos. Phaidor se metió en el pequeño camarote del barco aéreo.

Sólo me separaba de ellos un cuarto de milla cuando Matai Shang me descubrió. Le vi agarrar a Thurid por el hombro, volviéndole hacia mí, y señalarle dónde estaba, porque en cuanto supe que me habían descubierto, dejando de lado todo disimulo, me dirigí, en vertiginosa carrera, directamente hacia el aparato.

Ambos redoblaron sus esfuerzos con el propulsor en el que estaban trabajando, y que por lo visto colocaban de nuevo, después de haberlo quitado para arreglarlo.

Quedó esto terminado antes de que yo hubiese recorrido la mitad de la distancia que me separaba de ellos, y ambos se precipitaron hacia la escalera.

Thurid fue el primero en llegar a ella, y con la agilidad de un mono trepó rápidamente sobre cubierta, y tocando el botón de los tanques de flotación, puso en movimiento el aparato, que empezó a elevarse, aunque no con la velocidad que distingue a todo aparato en buenas condiciones.

Yo estaba aún a unas cien yardas de distancia, cuando los vi ponerse fuera de mi alcance.

Detrás de la ciudad de Kadabra había una gran flota de aparatos poderosos, los aparatos de Helium y Ptarth que se habían salvado de la destrucción aquel día; pero antes de que pudiese llegar a ellos, Thurid escaparía fácilmente.

Mientras corría, vi a Matai Shang trepando por la oscilante escala hacia la cubierta, mientras sobre él se inclinaba el malévolos rostro del Primer Nacido. Una cuerda que colgaba de la proa del aparato reanimó mi esperanza, puesto que si podía agarrarla antes de que se elevase demasiado por encima de mi cabeza, había todavía una probabilidad de llegar al aparato por este medio.

Que había algo estropeado en éste, era evidente, por su falta de estabilidad y, además, porque aunque Thurid por dos veces había querido ponerlo en marcha, seguía casi inmóvil en el aire, moviéndose únicamente a impulsos de una ligera brisa que soplabla del Norte. Matai Shang estaba ahora cerca de la borda, y con su larga mano, semejante a una garra, intentaba coger la barra de metal.

Thurid se inclinó más aún hacia su compañero de conspiración.

De repente, en la mano levantada del negro brilló un puñal, que se acercaba cada vez más al blanco rostro del padre de los Therns. Con un gran grito de terror el sagrado hekkador agarró frenéticamente el brazo amenazador.

Yo estaba ya cerca de la cuerda. El aparato se iba elevando lentamente, alejándose de mí. Entonces tropecé en el camino de hielo, dando con la cabeza sobre una roca; al caerme estaba sólo a un metro de distancia de la cuerda, el extremo de la cual en aquel momento se separaba del suelo. El golpe en la cabeza me produjo la pérdida del sentido.

No pudieron ser más que unos segundos los que estuve aturdido sobre el hielo, mientras lo más precioso para mí se alejaba en las garras de aquel negro demonio, porque, cuando abrí los ojos de nuevo, Thurid y Matai Shang luchaban aún en la escala, y el aparato derivaba sólo unas cien yardas hacia el Sur, pero el extremo de la cuerda estaba ahora a treinta metros sobre el suelo.

Excitado hasta la locura por el cruel infortunio que me había hecho tropezar cuando el éxito estaba al alcance de mi mano, me lancé frenéticamente a través del espacio, y justamente debajo de la cuerda pendiente puse mis músculos terrenos a la prueba suprema.

Con un poderoso salto felino me lancé hacia arriba, hacia aquella delgada cuerda, el único camino que aún me quedaba libre para llegar hasta mi amor, que desaparecía.

A su extremo se aferraron mis dedos. Por mucho que apretaba, sentía la cuerda deslizarse entre ellos. Traté de levantar la otra mano para agarrar también la cuerda con ella; pero el cambio de postura hizo que se deslizase aún más rápidamente entre mis dedos. Lentamente sentí escapar la cuerda atormentadora.

En un momento todo cuanto había ganado se perdería; después mis dedos cogieron un nudo al extremo de la cuerda, y ya no se deslizaron más.

Con una oración de gratitud en los labios, trepé hasta la cubierta del aparato. No podía ver a Thurid ni a Matai Shang ahora; pero oía rumor de altercado, y así conocí que aún luchaban el thern por su vida y el negro por el aumento de flotación que el alivio de peso, aun de un solo cuerpo, daría al aparato.

Si Matai Shang caía antes de que yo llegase sobre cubierta, mi probabilidad de llegar a ella sería ciertamente nula, porque el negro dátor no necesitaba más que cortar la cuerda para verse libre de mí para siempre, pues el aparato flotaba sobre un precipicio, a cuyas profundidades caería mi cuerpo para ser convertido en una informe masa en cuanto Thurid cortase la cuerda.

Por fin agarré la barra del aparato, y en el mismo instante un horrible grito resonó debajo de mí, helándome la sangre en las venas, y volviendo los ojos horrorizados hacia abajo, vi una cosa que caía gritando y retorciéndose en el horrible abismo abierto a nuestros metros.

Era Matai Shang, sagrado hekkador, padre de los therns, que iba a dar cuenta de sus crímenes.

Entonces mi cabeza apareció sobre cubierta y vi a Thurid que, puñal en mano, se dirigió dando un salto hacia mí. Estaba frente al extremo del camarote, mientras yo intentaba trepar por la proa. Sólo unos pasos nos separaban. Ningún poder sobre la tierra podría izarme a la cubierta antes de que el negro furioso estuviese sobre mí.

Mi fin había llegado; lo sabía; pero si hubiese tenido la menor duda, la fea mueca de triunfo del perverso negro me hubiese convencido de ello.

Detrás de Thurid podía ver a mi amada Dejah Thoris, con los ojos horrorizados,

abiertos de par en par, luchando con sus ligaduras. Que se viese obligada a ser testigo de mi terrible muerte, hacía que mi triste suerte me pareciese aún más cruel. Cesé en mis esfuerzos para trepar por la borda, me agarré con fuerza a la barra con la mano izquierda y saqué el puñal.

Moriría como había vivido: luchando. Al llegar Thurid frente a la puerta del camarote, un nuevo personaje apareció en la sombría tragedia que se representaba sobre cubierta del averiado aparato de Matai Shang. Era Phaidor.

Con rostro sofocado, cabello desgredado y ojos que delataban la reciente presencia de lágrimas mortales, por encima de las cuales aquella diosa siempre se había sentido, salto sobre cubierta frente a mí.

Llevaba en la mano un estrecho puñal. Eché una última mirada a mi amada princesa, sonriendo, como deben hacerlo los hombres al morir. Después volví el rostro hacia Phaidor, esperando el golpe.

Nunca vi aquel hermoso rostro más hermoso que en aquel momento. Parecía increíble que una criatura tan bella pudiese albergar dentro de su blanco pecho un corazón tan cruel e implacable; en sus maravillosos ojos brillaba una expresión que nunca había visto en ellos, una dulzura desconocida, unida a una mirada de sufrimiento.

Thurid se hallaba ahora a su lado, empujándola para llegar primero a donde yo estaba, y lo que ocurrió acaeció con tanta rapidez, que todo había terminado antes de darme cuenta de lo que sucedía. La mano izquierda de Phaidor agarró la muñeca del negro; su mano derecha se levantó con el reluciente puñal.

—¡Esto, por Matai Shang! —gritó, enterrando profundamente la hoja en el pecho del dador—. ¡Esto, por el daño que has hecho a Dejah Thoris! —y de nuevo la afilada hoja se hundió en la blanda carne—. ¡Y esto, y esto, y esto —gritó—, por John Carter, príncipe de Helium! —y a cada palabra la afilada punta se hundía de nuevo en el vil corazón del gran bandido.

Después, en un empujón vengativo, tiró el cuerpo del Primer Nacido de la cubierta para caer en espantoso silencio tras el cuerpo de su víctima.

La sorpresa me había paralizado de tal modo, que no intenté llegar sobre cubierta durante la terrorífica escena que acababa de presenciar; pero aún tenía que causarme mayor asombro su siguiente acto, porque Phaidor me tendió la mano y ayudó a subir al aparato, donde estuve mirándola con no disimulada estupefacción.

Una triste sonrisa entreabrió sus labios, no la cruel y altiva sonrisa de la diosa, que yo tan bien conocía.

—¿Piensas, John Carter —dijo—, en qué extraña causa habrá producido este cambio en mí? Te lo diré. Es amor, amor por ti.

Y al verme fruncir el ceño, como censura a sus palabras, levantó la mano en tono de súplica.

—Espera —dijo—. Es un amor distinto al mío, es el amor de tu princesa Dejah Thoris por ti, que me ha enseñado lo que es el verdadero amor, lo que debe ser. ¡Y cuán lejos del amor verdadero era la egoísta y celosa pasión que yo sentía por ti! Ahora soy distinta. Ahora podría amar como Dejah Thoris ama, y así, pues, mi felicidad sólo puede consistir en saber que tú y ella estáis de nuevo reunidos, porque en ella solamente puedes encontrar la verdadera dicha. Pero soy desgraciada a causa del daño de que he sido causa. Tengo muchos pecados que expiar y, aunque sea inmortal, la vida es demasiado corta para reparar. Mas existe otro medio, y si Phaidor, hija del sagrado hekkador de los Sagrados Therns, ha pecado, hoy lo ha reparado en parte, y para que no dudes de la sinceridad de sus protestas y la confesión de su nuevo amor, que también incluye a Dejah Thoris, te probará su sinceridad del único modo que le queda, habiéndote salvado para otra: Phaidor te deja en sus brazos.

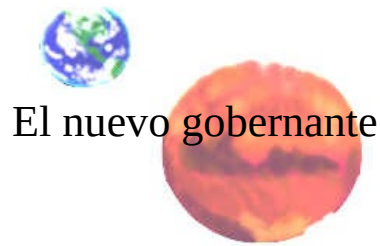
Con estas palabras se volvió y saltó del aparato al abismo.

Con un grito de horror me precipité, intentando en vano salvar la vida que durante dos años tan gustosamente hubiese visto terminar. Yo también llegué tarde.

Con los ojos nublados de lágrimas me volví para no ver el terrible espectáculo a mis pies.

Un momento después había soltado las esposas que sujetaban a Dejah Thoris, y mientras sus queridos brazos rodeaban mi cuello y sus labios perfectos se posaban en los míos, olvidé los horrores que había presenciado y los padecimientos que había sufrido en el encanto de mi recompensa.

CAPÍTULO XVI



El aparato sobre el que nos encontrábamos Dejah Thoris y yo, después de doce largos años de separación, resultó completamente inútil. Los tanques de flotación se salían. La máquina no funcionaba. Nos encontrábamos desamparados en medio del aire, sobre el hielo ártico.

El aparato había pasado del abismo que contenía los cuerpos de Matai Shang, Thurid y Phaidor, y ahora se hallaba sobre una pequeña colina. Abriendo las válvulas de escape de los tanques, le dejé descender lentamente y, al tocar tierra, Dejah Thoris y yo nos apeamos, y de la mano volvimos a atravesar el helado páramo, dirigiéndonos de nuevo a la ciudad de Kadabra.

Recorrimos lentamente el túnel que me había llevado en su auxilio, porque teníamos mucho que decirnos.

Me habló de aquel último terrible momento hacía meses, cuando la puerta de la celda de su prisión del templo del Sol se cerraba lentamente entre nosotros y, de cómo Phaidor se había precipitado sobre ella con el puñal levantado y del grito de Thuvia al darse cuenta de la traidora intención de la diosa themn. Aquel grito repercutió en mis oídos durante todos los largos y cansados meses que pasé en la incertidumbre respecto a la suerte que había deparado a mi princesa, porque yo no sabía que Thuvia le había arrancado el puñal a la hija de Matai Shang antes de que pudiera herir con él ni a Dejah Thoris ni a ella.

Me habló también de la espantosa eternidad de su encarcelamiento, del cruel odio de Phaidor y el tierno cariño de Thuvia, y de cómo, cuando la desesperación llegaba a su colmo, aquellas dos muchachas rojas siempre se habían aferrado a la misma esperanza y creencia de que John Carter encontraría el medio de libertarlas.

Poco después llegamos a la habitación de Solan. Yo había procedido sin precaución alguna, seguro de que la ciudad y el palacio estaban ya en manos de mi amigo.

Así, pues, me precipité en la cámara, y caí en medio de un grupo formado por doce nobles de la corte de Salensus Oll, que la atravesaban para dirigirse al mundo exterior por los corredores que acabábamos de recorrer.

Al vernos se detuvieron, y una funesta sonrisa se dibujó en los labios del que parecía su jefe.

—¡El autor de nuestras desgracias! —exclamó, señalándome—. Tendremos por lo menos la satisfacción de una venganza parcial al dejarnos detrás los cadáveres mutilados de los príncipes de Helium. Cuando los encuentren —prosiguió, señalando con el dedo hacia arriba— se darán cuenta de que la venganza del hombre amarillo le cuesta cara a su enemigo. Prepárate a morir, John Carter; pero, para que tu fin sea más amargo, debes saber que es posible que cambie mi intención de dar una muerte piadosa a tu princesa; es posible que la reserve para ser el juguete de mis nobles.

Yo estaba cerca del muro cubierto de instrumentos; Dejah Thoris, a mi lado. Me miró asombrada, mientras los guerreros avanzaban sobre nosotros con espadas desenvainadas, porque la mía seguía en su vaina a mi lado, y una sonrisa se dibujaba en mis labios.

Los guerreros amarillos también me miraban sorprendidos, y viendo que no hacía movimiento alguno para desenvainar, titubearon, temiendo un lazo; pero su jefe los azuzó. Cuando llegaron casi al alcance de mi espada levanté la mano y la puse sobre la brillante superficie de la gran palanca, y después, sonriendo sombríamente, les miré cara a cara.

Todos a una se detuvieron, lanzándome y lanzándose unos a otros miradas aterrorizadas.

—¡Detente! —gritó el jefe—. ¡Ni sueñas con lo que vas a hacer!

—Tienes razón —repliqué—. John Carter no sueña. Sabe, que si cualquiera de vosotros diese otro paso hacia Dejah Thoris, princesa de Helium, moverá esta palanca, y ella y yo moriremos, pero no moriremos solos.

Los nobles retrocedieron, murmurando entre sí durante unos momentos. Por fin el jefe se volvió hacia mí.

—Sigue tu camino, John Carter —dijo—, y nosotros seguiremos el nuestro.

—Los prisioneros no siguen su camino —repliqué—, y vosotros sois prisioneros, prisioneros del príncipe de Helium.

Antes de que pudiesen contestarme se abrió una puerta en el lado opuesto de la habitación, dando paso a otros veinte guerreros amarillos.

Durante un instante los nobles parecieron tranquilizarse al verlos, y después, cuando reconocieron al jefe del nuevo grupo, sus rostros se demudaron, porque era Talu, el rebelde príncipe de Marentina, y sabían que de él no podían esperar ni ayuda ni piedad.

Talu, con una sola mirada, se hizo cargo de la situación y, sonriendo, exclamó:

—Bien hecho, John Carter. Vuelves contra ellos su propio gran poder. Es una suerte para Okar que te hallases aquí para impedir su huida, porque éstos son los mayores bandidos del norte de la barrera de hielo, y éste —señalando al jefe de la partida— se hubiese hecho a sí mismo jeddak de jeddaks en lugar del difunto Salensus Oll. Entonces hubiésemos tenido un gobernante más villano aún que el

odiado tirano que cayó bajo tu acero.

Los nobles okarianos se entregaron, puesto que si resistían sólo les esperaba la muerte y, escoltados por los guerreros de Talu, nos dirigimos a la gran sala de audiencia que había sido de Salensus Oll. Allí se hallaba un vasto concurso de guerreros.

Hombres rojos de Helium y Ptarth, hombres amarillos del Norte que se mezclaban con los negros del Primer Nacido que habían venido a las órdenes de mi amigo Xodar a ayudar a los que buscaban a mi princesa y a mí. Había salvajes guerreros verdes de los fondos de los mares muertos del Sur, y unos cuantos therns de piel blanca, que, habiendo renegado de su religión, juraron fidelidad a Xodar.

Estaban Tardos Mors y Mors Kajak y Carthoris, mi hijo, alto y poderoso en sus gloriosos arreos guerreros.

Estos tres se precipitaron sobre Dejah Thoris cuando entramos en la sala, y aunque todo en las vidas y educación de los marcianos reales tiende a suprimir las demostraciones vulgares, creí que la sofocarían con sus abrazos.

Y allí estaban Tars Tarkas, jeddak de Thark, y Kantos Kan, mis antiguos amigos, y saltando y tirando de mis arreos en las demostraciones de su gran cariño, estaba mi querido Woola, loco de alegría y felicidad.

Fuertes y prolongados vítores acogieron nuestra entrada; ensordecedor era el ruido de armas, mientras los veteranos de todos los climas marcianos chocaban sus aceros en alto en señal de éxito y victoria; pero, según pasaba entre la muchedumbre de nobles guerreros, jeds y jeddaks que nos aclamaban, mi corazón aún se hallaba muy pesaroso, porque faltaban dos rostros que hubiese dado mucho por ver allí: Thuvan Dihn y Thuvia de Ptarth no estaban en la sala.

Pregunté por ellos a los hombres de las distintas naciones y, por fin, por uno de los prisioneros amarillos de esta guerra supe que habían sido apresados por un oficial del palacio cuando trataban de llegar al Pozo de la Abundancia mientras yo estaba prisionero en él.

No tuve que preguntar lo que allí conducía al valeroso jeddak y a su leal hija. Mi informador dijo que ahora estaban en uno de los muchos calabozos subterráneos del palacio, en donde habían sido encerrados, mientras el tirano del Norte decidía su suerte.

Un momento después partidas exploradoras recorrían el antiguo palacio buscándolos, y mi felicidad fue completa cuando los vi entrar en la sala de audiencia escoltados por una guardia de honor que no cesaba de vitorearlos.

El primer acto de Thuvia fue precipitarse al lado de Dejah Thoris, y no necesité prueba mayor del cariño que las dos se tenían que la sinceridad con que se abrazaron.

El vacío y silencioso trono de Okar dominaba aquella sala llena de gente.

De todas las extrañas escenas que debía de haber presenciado desde aquel

antiquísimo tiempo en que se había visto ocupado por primera vez por un jeddak de jeddaks, ninguna se podía comparar con aquella que entonces contemplaba y, según yo meditaba en el pasado y el futuro de aquella raza de hombres amarillos de negras barbas, tanto tiempo sepultada, pensé que veía para ellos una existencia más brillante y útil entre la gran familia de naciones amigas, que ahora se extendían desde el Polo Sur casi hasta sus mismas puertas.

Veintidós años antes había llegado, pobre extranjero, desnudo, a aquel extraño mundo salvaje. Cada raza y cada nación estaba en continua guerra y lucha contra los hombres de las demás razas y naciones.

Hoy, por el poder de mi espada y la lealtad de los amigos que mi espada me había procurado, los hombres blancos y los negros, los rojos y los amarillos, estaban unidos en paz y buen compañerismo. Todas las naciones de Barsoom no formaban aún una sola; pero un gran impulso había sido dado en este sentido, y si solamente se podía ahora cimentar la fiera raza amarilla en la solidaridad de las demás naciones, creería que había llevado a cabo una gran empresa y pagado a Marte una porción, por lo menos, de la inmensa deuda de gratitud que con él había contraído por haberme dado a Dejah Thoris.

Y mientras meditaba, sólo veía un medio y un hombre que pudiera realizar mis esperanzas.

Como es en mí habitual, obré entonces como obro siempre, sin deliberación ni consejo.

Aquellos a quienes no agraden mis planes y mi modo de ejecutarlos tienen siempre sus aceros a mano para sostener su contraria opinión; pero no parecía haber voto en contra cuando, agarrando por el brazo a Talu, salté al trono que había ocupado Salensus Oll.

—Guerreros de Barsoom —exclamé—. Kadabra ha caído, y con ella el odioso tirano del Norte; pero la integridad de Okar debe ser preservada. Los hombres rojos son gobernados por jeddaks rojos; los guerreros verdes de los antiguos mares no reconocen más que a un gobernante verde; el Primer Nacido del Polo Sur obedece al negro Xodar; ni convendría a los intereses de los hombres amarillos o rojos que un jeddak rojo se sentase sobre el Trono de Okar. Sólo hay un guerrero que pueda asumir debidamente el antiguo y poderoso título de jeddak de jeddaks del Norte. ¡Hombres de Okar, levantad vuestros aceros para saludar a Talu, vuestro nuevo gobernante, el príncipe rebelde de Marentina, con los honores, que se merece!

Y entonces grandes gritos de regocijo se elevaron entre los hombres libres de Marentina y los prisioneros de Kadabra, porque todos creían que los hombres rojos conservarían lo que habían tomado por la fuerza de las armas, habiendo siempre sido ésta la costumbre en Barsoom, y que en adelante serían gobernados por un jeddak extraño.

Los guerreros victoriosos que habían seguido a Carthoris se unieron a la loca demostración de regocijo, y entre la confusión, el tumulto y los vivas, Dejah Thoris y yo salimos al espléndido jardín de los jeddaks, que adorna el patio interior del palacio de Kadabra.

Detrás de nosotros iba Woola, y sobre un banco de madera tallada, de maravillosa hermosura, bajo un dosel de flores moradas, vimos a dos que allí nos habían precedido: Thuvia de Ptarth y Carthoris de Helium.

La bella cabeza del hermoso joven se inclinaba sobre el lindo rostro de su compañera. Miré sonriendo a Dejah Thoris y, estrechándola contra mí, murmuré: «¿Por qué no?».

¿Por qué no, ciertamente? ¿Qué importa la edad en este mundo de perpetua juventud?

Permanecemos en Kadabra como huéspedes de Talu hasta que éste hubo asumido su cargo, y después, en la gran flota que yo había tenido la suerte de preservar de la destrucción, nos dirigimos hacia el Sur, atravesando la barrera de hielo, pero no antes de haber presenciado la total destrucción del sombrío Guardián del Norte, ordenada por el jeddak de jeddaks.

—De ahora en adelante —dijo, cuando ésta quedó terminada—, las flotas de los hombres rojos y negros pueden atravesar la barrera de hielo lo mismo que si fuese su propia tierra. Las Cavernas de la Carroña se limpiarán, para que los hombres verdes puedan tener fácil acceso a la tierra de los hombres amarillos, y la caza del apt sagrado será el deporte de mis nobles hasta que ni uno solo de la especie de tan odioso animal vague por el helado Norte.

Nos despedimos de nuestros amigos amarillos con verdadero sentimiento para dirigirnos a Ptarth. Allí fuimos huéspedes de Thuvan Dihn durante un mes, y pude observar que Carthoris se hubiese quedado allí para siempre de no ser un príncipe de Helium.

Por encima de los poderosos bosques de Kaol permanecemos hasta que el aviso de Kulan Tith nos condujo a su única torre de aterrizaje, donde durante un día y la mitad de una noche los aparatos desembarcaron sus tripulaciones. En la ciudad de Kaol pasamos una semana para cimentar los nuevos lazos formados entre Kaol y Helium, y después, un día que nunca olvidaremos, distinguimos por fin las esbeltas torres de las ciudades gemelas de Helium.

Hacía mucho que todos se preparaban para nuestra llegada. El cielo estaba resplandeciente, y surcaban el espacio aeronaves alegremente adornadas. Todas las azoteas de las dos ciudades se hallaban cubiertas de costosas sedas y tapices. El oro y las piedras preciosas estaban esparcidos por azoteas, calles y plazas, de modo que las dos ciudades parecían llamear con los fuegos que despedían las magníficas piedras y los relucientes metales, que reflejaban la brillante luz del sol, cambiándola en

innumerables y espléndidos matices.

Por fin, después de doce años, la familia real de Helium se reunía en su poderosa ciudad, rodeada por millones de súbditos locos de alegría, que se agolpaban ante las verjas de Palacio.

Mujeres, niños y poderosos guerreros lloraban de gratitud por haberles sido devueltos su amado Tardos Mors y la divina princesa, a quien la nación entera idolatraba. Tampoco escasearon los aplausos a ninguno de los que habíamos tomado parte en la expedición de indescriptible gloria y peligros.

Aquella noche, estando sentado en la azotea de mi palacio con Dejah Thoris y Carthoris, donde hacía mucho tiempo habíamos hecho un precioso jardín para poder los tres encontrar en él tranquilidad y retiro, lejos de la pompa y ceremonias de la Corte, vino un mensajero a decirnos que nos esperaban en el Templo de la Recompensa, «donde esta noche ha de ser juzgado uno», terminaba el mensaje.

Me devané los sesos intentando averiguar qué caso importante estaría pendiente que requiriese la asistencia de las personas reales la noche misma de su vuelta a Helium después de años de ausencia; pero cuando el jeddak llama nadie se detiene.

Cuando nuestra aeronave llegó al desembarcadero del templo vimos innumerables aparatos que iban y venían. Abajo, en las calles, inmensas muchedumbres se dirigían a las grandes verjas del templo.

Poco a poco fui recordando la sentencia suspendida que me esperaba desde que fui juzgado allí mismo, en el templo, por Zat Arras, por el pecado de haber vuelto del valle del Dor y el Mar Perdido de Korus. ¿Sería posible que el severo sentido de justicia que domina a los hombres de Marte les hubiese hecho olvidar el gran beneficio causado por mi herejía? ¿Tan pronto habían olvidado la deuda que conmigo tenían contraída por haberles librado de la esclavitud de su horrible creencia? ¿Podían ignorar el hecho de que a mí y sólo a mí debían la libertad de Carthoris, de Dejah Thoris, Mors Kajak y Tardos Mors?

No podía creerlo y, sin embargo, ¿a qué otro fin podían llamarme al Templo de la Recompensa inmediatamente después de volver Tardos Mors a ocupar su trono?

Mi primera sorpresa al entrar en el templo y acercarme al Trono de la Equidad fue observar los hombres que allí se hallaban como actuando de jueces.

Allí estaban Kulan Tith, jeddak de Kaol, a quien hacía pocos días habíamos dejado en su palacio; allí estaba Thuvan Dihn, jeddak de Ptarth... ¿Cómo había llegado a Helium al mismo tiempo que nosotros? Allí estaban Tars Tarkas jeddak de Thark, y Xodar, jeddak del Primer Nacido; allí estaba Talu, jeddak de jeddaks del Norte, que yo hubiese jurado seguía en su ciudad estufa, rodeada de hielo, al otro lado de la barrera del Norte, y entre ellos se hallaban Tardos Mors y Mors Kajak con suficientes jeds y jeddaks menores hasta llegar a los treinta y uno que deben reunirse para juzgar a un camarada.

Un tribunal realmente regio, en verdad, y tal lo garantizo, como no se había reunido nunca durante toda la antigua historia de Marte.

Cuando entré, el mayor silencio reinó en el gran concurso que formaba el auditorio. Entonces Tardos Mors se levantó.

—John Carter —dijo con su voz profunda y marcial—, ocupa tu lugar sobre el Pedestal de la Verdad, porque vas a ser juzgado por un tribunal justo e imparcial formado por tus compañeros.

Con cabeza erguida y mirada levantada hice lo que me mandaron, y al mirar los rostros de los que un momento antes hubiese jurado que eran mis mejores amigos de Barsoom, no descubrí en ellos la menor expresión de amistad; sólo vi jueces severos e indiferentes que estaban allí para cumplir con su deber.

Un escribiente se levantó y de un gran libro leyó la larga lista de los hechos más notables que yo había creído me honraban, cubriendo un largo período de veintidós años desde que por primera vez había salido del fondo ocre del mar al lado de la incubadora de los tharks. Leyó cuanto yo había hecho dentro del circo de las montañas del Otz, donde los Sagrados Therns y el Primer Nacido habían dominado.

Es costumbre en Barsoom recordar las virtudes al mismo tiempo que los pecados cuando ha de ser juzgado alguien; así pues, no me sorprendió que todo cuanto había en mi favor se leyese ante mis jueces —que lo sabían de memoria— hasta el momento actual. Cuando terminó la lectura, Tardos Mors se levantó.

—¡Jueces los más rectos! —exclamó—. Habéis oído cuanto se sabe de John Carter, príncipe de Helium: lo bueno y lo malo. ¿Cuál es vuestro juicio?

Entonces, Tars Tarkas se levantó lentamente, desplegando toda su enorme estatura hasta dominar cual una estatua de bronce a todos nosotros. Me miró con tristeza..., él, Tars Tarkas, con quien yo había combatido innumerables veces, a quien yo amaba como a un hermano. Me hubiese echado a llorar de no estar tan loco de rabia, que estuve a punto de desenvainar la espada y cargar sobre todos allí mismo.

—Jueces —dijo—, sólo puede haber un veredicto. John Carter no puede seguir siendo príncipe de Helium —se detuvo—; pero, en su lugar, que sea jeddak de jeddaks, el Guerrero de Barsoom.

Mientras los treinta y un jueces se ponían en pie de un salto con los aceros en alto, como unánime aprobación del veredicto, tal tempestad de aplausos y vítores resonó por todo el amplio edificio, que creí que el techo se hundiría con el estruendo.

Entonces, por fin, me di cuenta del tétrico humorismo del método que habían adoptado para conferirme aquel gran honor; pero la idea que cruzo por mi mente de que aquel título fuese solamente una burla quedó prontamente refutada por la sinceridad de las felicitaciones con que me colmaron los jueces primero y los nobles después.

Enseguida, cincuenta de los principales nobles de las más poderosas cortes de

Marte se dirigieron por la ancha nave de la Esperanza, llevando sobre sus hombros una espléndida carroza, y cuando la gente vio quién iba dentro, los vivas que me habían saludado palidecieron y quedaron reducidos a la nada comparados con los que entonces resonaron por el vasto edificio, porque la que llevaban los nobles era Dejah Thoris, amada princesa de Helium.

La condujeron directamente al Trono de la Equidad, y allí, Tardos Mors, ayudándola a bajar, la llevó a mi lado, diciendo:

—Que la mujer más hermosa del mundo comparta el honor de su esposo.

Delante de todos estreché entre mis brazos a mi esposa, imprimiendo un tierno beso en sus labios.

Lista de razas

- **Calot:** Perro salvaje
- **Doat:** Criatura que mide casi tres metros de alzada, con cuatro patas a cada lado y una cola aplastada y gruesa, más ancha en la punta que en su nacimiento. Su boca ancha parte su cabeza desde el hocico hasta el cuello, grueso y largo. Está completamente desprovisto de pelo, y es de color apizarrado oscuro y extremadamente suave y brillante. Su panza es blanca y sus patas pasan del apizarrado de su lomo y ancas a un amarillento fuerte en los pies.
- **Hombres planta:** Raza primigenia nacida del Árbol de la Vida, de cuerpo lampiño de coloración azul, excepto por un ancho cerco blanquecino que rodea su único y saltón ojo. Posee una cola maciza, de unos seis pies de longitud, completamente redonda donde se une al cuerpo, pero terminada formando una hoja plana y afilada que ara en ángulo recto el terreno. De brazos cortos, similares a la trompa de un elefante, y cuerpo humanoide.